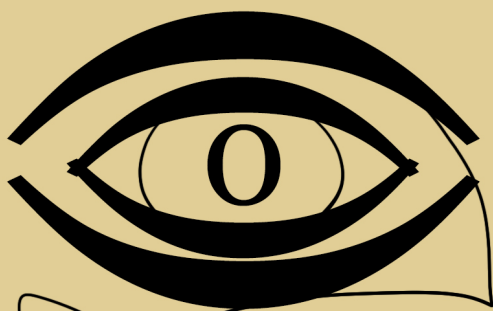


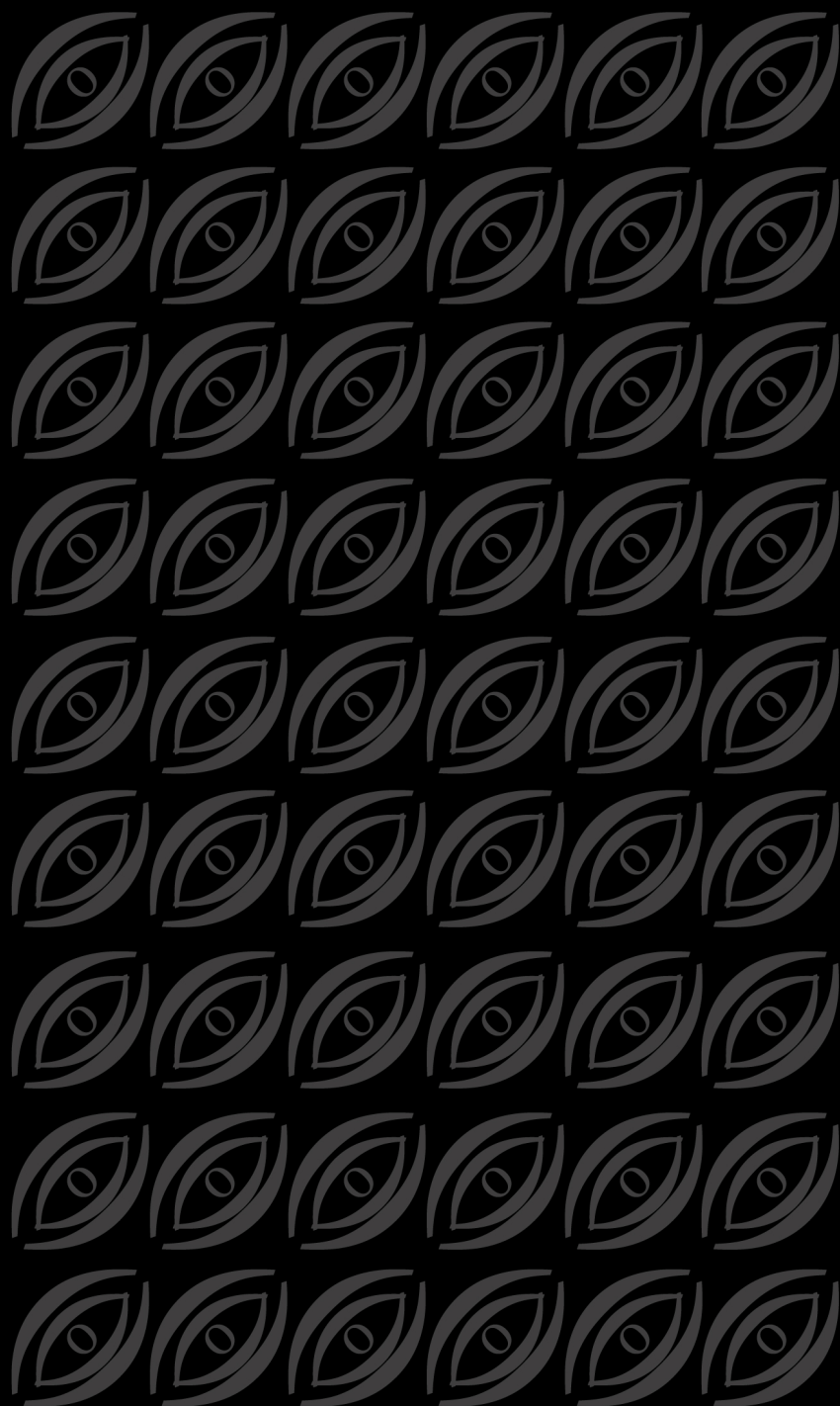
La construcción de una mirada

Escritura Creativa
CAR-183



Docente de la asignatura
Mauricio Murillo Aliaga

colección
.....
[LA ALDEA]
DE LAS LETRAS
.....



UNIVERSIDAD
CATÓLICA
BOLIVIANA
ERIGIDA CANÓNICAMENTE
POR LA SANTA SEDE DESDE 2023

DEPARTAMENTO DE
CVLTVRA



La construcción de una mirada

Escritura Creativa
CAR-183

*Docente de la asignatura:
Mauricio Murillo Aliaga*

Semestre II-2024

Escritura Creativa
CAR-183

Universidad Católica Boliviana “San Pablo”
Departamento de Cultura y Arte

José Fuentes Cano
Rector Nacional

Ximena Peres Arenas
Rectora de sede La Paz

Alejandra Echazú Conitzer
Directora Departamento de Cultura y Arte

Mauricio Murillo Aliaga
Docente de la asignatura

Diseño, diagramación y portada:

Franz Ballesteros Saravia
Gestor de Cultura y Arte
Universidad Católica Boliviana “San Pablo”

Diciembre 2024
La Paz-Bolivia

ÍNDICE

ERA DOMINGO <i>Anette Arismendi Peña</i>	11
EL CHICO QUE ESCRIBÍA CANCIONES A LAS ESTRELLAS <i>Camilo Baldivieso</i>	24
LA FERIA DE LAS SOMBRAS <i>Zoe Barbosa</i>	41
EL TESTIGO <i>Aracely Cussi</i>	53
CIUDAD DESCONOCIDA <i>Sergio Facio Balcázar</i>	62
MACHACANI <i>Nathalia Fernández Zeballos</i>	70
A QUIEN CORRESPONDA <i>Luciano D. Jauregui Oporto</i>	80

RECORDÁNDOME <i>Cristhian Jimenez</i>	80
HILITOS <i>Adriana Mercado Chuquimia</i>	90
ANTOLOGÍA DE HISTORIAS DE DESGRACIA Y BRILLITOS <i>Ana Laura Olmos Del Llano</i>	105
COSAS <i>Santiago Orrico Pammo</i>	117
EL SUEÑO PESADO <i>Maya Isabel Paredes Zenteno</i>	131
DESENCADENAMIENTO <i>Patricia Varas</i>	135
CARTA DE CONFESIÓN <i>Michelle Walther</i>	140

PRESENTACIÓN

El segundo semestre de 2024, el Departamento de Cultura y Arte de sede La Paz de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, inició un proyecto especial: un curso de Escritura Creativa diseñado como un espacio para explorar, descubrir y crear a través de la palabra escrita.

Catorce estudiantes se sumaron a esta aventura, formando un grupo comprometido con el trabajo y las muchas posibilidades que brinda la escritura. El curso funcionó como un taller, un espacio de intercambio y crecimiento donde no solo se analizaron textos literarios, sino que se produjeron, revisaron y compartieron textos propios. El aula se transformó en un territorio de curiosidad, debate y descubrimiento, un lugar donde las ideas individuales y colectivas se entrelazaron para enriquecer las perspectivas de todos.

La escritura creativa no solo desarrolla una voz propia, fomenta también habilidades fundamentales como la creatividad, el pensamiento crítico y la capacidad de narrar y persuadir. Estas competencias son cada vez más valoradas en el mundo contemporáneo, tanto en el ámbito académico como profesional. Durante estos meses, hemos trabajado para que el curso sea un espacio de experimentación y aprendizaje que complemente la formación universitaria tradicional y, a la vez, nutra

a los estudiantes en su camino hacia el descubrimiento de su voz personal.

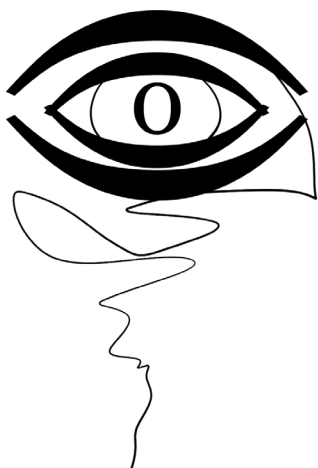
El resultado de esta experiencia es esta antología, una selección de los trabajos finales que los participantes desarrollaron como culminación del programa. Cada texto refleja los intereses, las búsquedas y las sensibilidades de sus autores. En ellos, ya se percibe el germen de escritores en formación, con miradas únicas sobre el mundo y la escritura como herramienta para explorarlo y transformarlo.

Espero que disfruten estas páginas tanto como yo disfruté ser parte de este proceso creativo. Ha sido una experiencia profundamente enriquecedora, tanto para quienes escribieron como para quienes guiamos el proceso.

Mauricio Murillo Aliaga

Docente de la asignatura *Escritura Creativa*

Universidad Católica Boliviana “San Pablo”



ERA DOMINGO

Anette Arismendi Peña

Agacho la cabeza y doy las gracias, arrodillada frente a una mujer que no se parece en nada a ella. Es ciega y la piel le cuelga en los pómulos y hasta en los tobillos, pero no me extraña. Es una Escogida. Ahora que todos los preparativos han finalizado, nos tomamos de las manos entre nosotras, como de costumbre, en lo que llegan los Faros para continuar con el proceso. La habitación está rebosante de Esperas y algunas Portadoras. No hablamos ni nos miramos. Nuestros ojos están cerrados, aguardando el siguiente paso. Ya no falta mucho.

Aún con la cabeza inclinada, abro un ojo de forma disimulada para observar a la Escogida más reciente, ya lista. Han cubierto su cabeza con un velo similar al de las bodas, aunque todavía puedo ver su rostro borroso a través de la tela transparente. También tiene los ojos vendados (pese a que su ceguera ya le impedía ver) por un delicado listón de seda, el mismo que rodea sus muñecas y tobillos. Sentada sobre el edredón de la cama, luce como una muñeca recién empaquetada para ser enviada a su nuevo propietario. “Hasta puede que ya se haya dormido”, se me ocurre. Está tan callada.

Aún con mis ojos cerrados, percibo las pisadas que se acercan desde el amplio pasillo hasta el dormitorio en donde nos encontramos junto a la Escogida. Las tablas del suelo rechinan con cada paso, están ya muy viejas. Finalmente, el ruido se detiene y me doy cuenta de que ya están aquí. Los Faros se mueven en silencio. Me imagino que están moviendo a la Escogida para dirigirla al

templo y así empezar de una vez. Siempre que esto sucede, Esperas y Portadoras nos sentamos alrededor del catre con los ojos cerrados. Como no se nos permite ver a los Faros, me resulta difícil imaginar lo que está ocurriendo. Es por ello que, cuando escucho la voz de uno de ellos, mi corazón da un salto tan fuerte al interior de mi pecho, que incluso me hace tambalear un poco.

—Tú —una voz grave habla al aire, y su fuerza hace que me encoja, temerosa de que me esté hablando a mí. ¿Podría ser que se hayan dado cuenta de que me he perdido un poco al dar mis oraciones la última vez? ¿O será que...?—. Portadora, ven aquí.

(Era domingo.

Saliste de casa pese a que en tu cabeza algo punzaba y sentías que reventaría en cualquier momento. Ibas a dejar a la niña sola, pero se te antojó que podrías necesitar ayuda para cuando volvieras a casa con las bolsas de mercado, así que la llevaste contigo. Ambas atravesaron las calles sin hablar más de lo necesario. “Esa niña es tan inquieta”, pensaste. “Ojalá fuera mejor portada. Me pone nerviosa”.

Llegaste a una pequeña plaza y decidiste descansar unos minutos en una de las bancas, mientras aquella niña se distraía contando las hormigas que salían de entre los arbustos como si su vida dependiera de ello, como si todo fuera tan simple como eso. El sudor corría por tu frente, similar a las lágrimas que habían enmarcado tus mejillas la noche anterior. Intentaste limpiarlo con el dorso de tus manos, pero solo conseguiste embarrarte aún más. Frustrada, cerraste los ojos durante unos segundos en un intento miserable de fingir que nada de esto era real. “Abre ya”, te dijiste

“Despierta ya. La niña. Tienes que cuidar a la niña”. Finalmente, abriste los ojos abruptamente, como si hubieras acabado de tener una pesadilla. Te tomaste unos cuantos segundos, hasta que te acordaste de ella y empezaste a buscarla con la mirada, pero ya no estaba. Te levantaste de la banca y diste vueltas una y otra vez gritando su nombre, ese que le había puesto tu madre porque a ti no se te ocurría nada. Gritaste una y otra vez, raspando tu garganta en el proceso, hasta que la encontraste tras unos árboles, hablando sola, pero te equivocaste. De hecho, sí había alguien más con ella).

Ni siquiera he terminado de preguntarme el motivo, cuando descubro que ya sé la respuesta: el pesado bulto en mi vientre me recuerda para lo que he venido a este mundo. Es tan obvio que me dan ganas de pellizcarme por mi pequeño descuido. Casi puedo oír la tenue risa de Blanca ante mi desconcierto inicial. Poso mis manos sobre mi abultado vientre, solo en caso de que pueda chocar con el marco de alguna puerta, mientras me acerco hacia donde están los Faros. Les sigo el paso, intentando no tropezarme en el camino. A mis espaldas, alcanzo a escuchar cómo las Esperas y Portadoras empiezan a recitar una oración en voz alta, y parte de mí desea quedarse con ellas en lugar de ir al templo con la Escogida, pero de nuevo, recuerdo que ya he escuchado sobre esto antes. Claro, Blanca ya me lo había dicho. Cuando ella era Portadora, los Faros también la llevaron al templo junto a la Escogida para completar el proceso.

—Es que la presencia de una Portadora hace que Dios reciba de mejor manera la ofrenda, ¿no sabías?—.

Me había comentado aquel día. Luego bajó el volumen, y casi en un susurro dijo—: Además, yo la escuché.

—¿Qué cosa? —le pregunté.

—La voz de Dios —al decir esto, me miró a los ojos con una seriedad que era extraña de encontrar en ella—. Claro, no lo vi, pero lo escuché. Lo sentí. Él estaba ahí, en serio.

Y yo no dudé ni un segundo de sus palabras. De pronto, siento cómo me llena una dicha inmensa, tal que empiezo a caminar con más firmeza que antes. Si Blanca dice que Dios está allí, en el templo, y que ahí puedes oír su voz, es porque así es. Ya no puedo esperar para escucharla yo también.

(Del lado opuesto, había otra niña. Era ligeramente más alta y estaba usando un bonito vestido blanco. Ella le mostraba una hoja de papel con una sonrisa en la cara mientras hablaba con entusiasmo acerca de algo que no podías escuchar, así que te acercaste a ellas con algo de precaución. Tan pronto como notó que te aproximabas, la niña de blanco se puso en alerta. Primero, te miró como si tuvieras algo en la cara, pero tras unos pocos segundos, elevó el mentón cuanto le fue posible para intentar igualar tu estatura, aunque fracasó en el intento, pero esto no le impidió extender su pequeña mano hacia ti. La hoja de papel entre sus dedos fue lo que acabó por responder tus dudas y preocupaciones al respecto. “Bueno, con que esto era”, pensaste, un tanto aliviada).

Una vez en el templo, siento las manos de uno de los Faros, toscas y rugosas extendiéndose por mis mejillas y nuca. Mi cuerpo tiembla automáticamente. No lo entiendo, ¿por qué? Ya soy una Portadora, no hay

ningún motivo para que... Entonces sus manos se alejan y me doy cuenta de que solo me ha vendado los ojos, al igual que hicieron con la Escogida. Ahora la seda blanca es lo único que se interpone entre la Escogida y yo. Escucho cómo las pisadas de los Faros se alejan poco a poco hasta perderse entre el silencio sepulcral del templo. Permanezco de pie, en el mismo lugar donde ellos me han colocado, y entonces, siento un repentino jalón en mi cabello. Hago lo posible por resistir las ganas de jadear por el dolor. “Estoy en la casa de Dios”, me contengo. Debo mantener la compostura. Debo mantener la compostura, pero los jalones se hacen cada vez más agresivos, hasta que finalmente siento como la seda blanca de mis ojos cae, se desvanece, y mis ojos chocan de frente con la oscuridad.

(Decidiste que ella no representaba ningún peligro para ti ni para la niña, así que tomaste el panfleto de su mano y lo observaste con fingida atención. La imagen de unos niños pequeños sonriendo y tomándose las manos en medio de un paisajeprimaveral te dio la bienvenida. En la parte inferior, escrito en negrita y mayúsculas, leíste:

“Pero Jesús dijo: Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”.

Mateo 19:14)

¿Este es el templo? ¿Así es como ha sido siempre? No confío en mi propia memoria para comprobarlo. Hay unas cuantas velas encendidas alrededor, pero el ambiente es pesado y no puedo ver dónde termina. Me siento perdida, confundida, no sé a dónde mirar ni qué hacer, y luego oigo una voz. ¿Puede ser la voz de Dios?

(Cuando volteaste la hoja, descubriste que el anverso estaba atiborrado de palabras que te provocaron cansancio de solo verlas. Pero no las necesitaste, frente a ti, la niña de blanco había empezado a soltar un discurso y contuviste las ganas de reír, porque resultaba tan obvio que algún adulto había escrito un guion para que ella solo aprendiera de memoria y pudiera repetirlo como una grabadora, tal y como sucedía en ese instante. Era como escuchar a un adulto hablando a través del cuerpo de una niña. Resultaba un poco divertido escucharla, así que te quedaste, sin interrumpirla. Antes de que te dieras cuenta, había terminado y te miraba con una expresión más relajada: había vuelto a ser niña.)

—He pecado. ¿Ves?

En un acto impulsivo, bajo la mirada y descubro a la Escogida en frente mío, con sus listones rotos y sus ojos blanquecinos al descubierto. Es una mujer vieja, llena de arrugas y manchas en toda la cara. Cubro mis ojos de inmediato, en un intento vano de remediar el daño irremediable que he provocado.

(—¿Usted va a la iglesia? —te preguntó la niña de blanco.

—No. La verdad no.)

—¿Estás mirando? —su voz es ronca—. Mira, niña. ¡Mira! ¿Ves esto? ¿Sabes lo que es?

Entonces veo cómo la Escogida levanta sus palmas frente a mí, y descubro que estas están manchadas de un líquido rojo viscoso, similar a la suciedad que abunda entre las Esperas, y que sale de todas nosotras cuando fallamos en nuestro labor de Portadoras, pero no se supone que una Escogida deba padecer (sangre sangre)

tales abominaciones; por algo son las seleccionadas por Dios, por algo es que... ellas jamás derrochan esa clase de suciedad. Me percaté de que el líquido proviene de unas delgadas aperturas en sus manos, brazos y piernas, derramándose desde estas hasta combinarse con las heridas de abajo. Entonces, la Escogida levanta sus manos empapadas y las coloca sobre mis mejillas, en el mismo sitio que había sido tocado por el Faro hace menos de un minuto, y se queda ahí, mirándome fijamente con sus ojos perdidos.

(—¿Por qué?

—La verdad, no sé.)

—No es posible —digo y luego trato de zafarme del agarre de la Escogida, quien ahora me toma por los hombros y se niega a soltarme—. Eres falsa... nos mentiste, ¡le mentiste a Dios!

—¿No me estás viendo? —dice ella, y yo cierro los ojos una vez más—. Esto es lo que me hicieron, ¿por qué no quieres ver?

Siento como las lágrimas se escapan de entre mis ojos cerrados. Ahora mi garganta arde por los gritos y me cuesta mantenerme de pie. La Escogida sigue apoyándose en mí, mientras balbucea cosas que no logro entender.

—Suéltame. No me toques... ¡Déjame!

(—En nuestra iglesia hay muchos niños y niñas. Por si quiere venir... digo, para que su hija también pueda jugar, solo si usted quiere.)

Entonces un fuerte estruendo retumba entre las penumbras, haciendo que abra los ojos por el asombro. Veo cómo la Escogida cae al suelo como una muñeca de trapo. Detrás de ella, un pequeño hombre con una

túnica blanca eleva un fierro mientras respira de forma acelerada, culmina en un fuerte suspiro, y entonces me ve. Ambos nos damos cuenta de que no llevo los ojos vendados casi al mismo tiempo, y antes de que pueda moverme del camino, él atesta un golpe directo en mi espalda, así que caigo al suelo y me hallo cara a cara con la Escogida, quien bota más del líquido rojo, ahora por la boca y nariz. Sigue balbuceando y no entiendo lo que quiere decir. Cuando desvió la mirada, veo al hombre salir corriendo con mucha prisa, y no lo entiendo. Blanca me había repetido un montón de veces que, durante el proceso, al templo solo pueden entrar Dios, la Escogida, una Portadora y los Faros. ¿De dónde ha salido ese hombre? No puede ser un Faro. Se supone que ellos son como ángeles en la tierra, y solo Dios es capaz de verlos. No hay manera.

(—Suena bien. Gracias.)

Siento una presión en mi mano. Es la Escogida, que me mancha de rojo (sangre, roja sangre), al igual que había hecho antes con mis mejillas. Parece mirarme con sus ojos blanquecinos, y después se queda quieta. Como puedo, me incorporo pese a que el dolor en mi espalda apenas me permite respirar. Hay un pitido en mis oídos que me impide escuchar si es que los Faros están acercándose, pero decido confiar en que no es así. Me levanto y empiezo a caminar lentamente hacia el pasillo, en busca de la habitación donde las Esperas y las otras Portadoras deben estar recitando sus oraciones.

(La semana siguiente luego de aquel encuentro, tomaste tu bolso y a la niña y los llevaste a la iglesia. A la entrada, una muchacha de unos catorce o quince años tal vez, se te acercó para darte la bienvenida.

Su voz era tranquila y sonaba como si estuviera feliz de estar ahí. Entonces ella las dirigió dentro. El lugar estaba repleto de personas eufóricas, algunas derramaban lágrimas de dicha por algo que no entendías todavía, y otros se arrodillaban en el suelo como si no les importara ser pisoteados por quien fuera.

Tomaste la mano de tu niña con más fuerza porque temías que la ola de gente fuera a arrastrarla lejos. Ella apretó tu mano de regreso y eso te fastidió un poquito. Entonces ella se acercó a tu oído y susurró “Mami, ¿ya nos vamos?”. Lo pensaste un poco antes de acercarte de vuelta a susurrarle: “No. Todavía no”.

Por fin logro ver cómo se ve el camino hacia el templo. La pintura de las paredes está resquebrajada, no hay bellos murales como los Faros afirmaban, no hay luces que iluminen el camino, sino que unas tristes velas son todo lo que tengo para no tropezar. Conforme recorro los pasillos, empiezan a aparecer algunos rayones en las paredes, como hechos con tizas y lapices de colores. De pronto, se me ocurre que fui yo quien dejó esos garabatos. Blanca y yo. Resulta tan extraño pensar en ella.

(—Ya no me digas así.

—¿Así cómo?

—Blanca.

—¿Y por qué? Ese es tu nombre ¿no?

—Es el nombre que me dieron mis papás de carne, pero Dios tiene nombres especiales para las que son como nosotras.

—¿De qué estás hablando?

—Ahora mismo tú y yo somos pequeñas y no podemos tener bebés, así que somos Esperas. Pero dentro

de poco vamos a poder, y cuando eso suceda nos convertiremos en Portadoras, ¿entiendes?

—No. Ni un poquito. Tú misma lo has dicho, somos niñas, ¿por qué querrías tener bebés?

—Porque eso es lo que hacen las hijas de Dios, ¿no lo sabías?

—Qué rara eres —hago una pequeña pausa—, Blanca —termino, solo para ver su cara enojada.

—¡Te dije que ya no me llames así!

Mientras más me adentro en los pasillos, es cada vez más evidente que me he desviado del camino. No veo a las Esperas o Portadoras por ninguna parte, en su lugar, acabo por llegar a una pequeña habitación a oscuras. Estoy exhausta, mi espalda palpita ahí donde el hombre me golpeó, y mi corazón parece que va a salirse de mi pecho, así que me siento tentada a quedarme allí aunque sea por unos minutos. Entonces, oigo una delgada voz:

—Roja.

Me volteó inmediatamente, y lo que veo es una criatura de no más de cinco años, vestida de blanco, quien me mira como si fuera un fenómeno. Solo entonces me doy cuenta del desastre que parezco. Mi vestido ahora está manchado por las manos (sangrientas manos) de la Escogida, y mi rostro debe estar en las mismas condiciones. Me preparo para que la pequeña niña empiece a gritar y salga disparada a buscar a los Faros. Sin embargo, ella se queda ahí mismo, no mueve ni un músculo.

La niña y yo nos miramos a los ojos durante un buen tiempo, y me parece que ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vi a un niño. Por mucho que me esfuerzo, no consigo recordar cómo es que eso es

posible. ¿Nunca he visto un niño? Aunque veré uno pronto, porque (la Escogida dijo) estoy embarazada. O sea que nacerá un hijo de mi vientre, y será el primero de muchos, el primero de... el primero.

(En mis brazos, Blanca lloraba desconsoladamente, quizá incluso más que cuando había dado a luz la primera vez. Vi sus ojos desbordados de lágrimas mientras abrazaba mi vientre como si quisiera arrancar a la criatura que crecía dentro con sus propias manos.

—Lo siento, lo siento tanto. Es todo mi culpa... todo por mi maldita culpa. Lo siento tanto...

—No entiendo. —le dije en un susurro, mientras pasaba mis manos por su cabello enredado—. Pensé que iba a alegrarte que me convirtiera en Portadora.

Blanca no me miró, solo lloraba. Ambas sabíamos que era pecado que las Portadoras derramaran lágrimas a menos que fuera en honor a la piedad de Dios, pero preferíno recordárselo en ese momento. Además, me di cuenta de que yo también había estado pecando esos últimos años, ya que a pesar de todo, nunca había sido capaz de dejar de llamarla por su nombre.

—Si jamás te hubiera hablado, si jamás...)

Veo a la pequeña niña, quien ha empezado a jugar con los bordes de su vestido mientras ve las manchas que cubren el mío, y entonces me doy cuenta. Claro, ¿cómo pude haberme olvidado? Y la realidad es que nunca lo hice del todo. Siempre estuve pensando en ella, Blanca, desde el primer día en que nos conocimos, en la plaza, afuera de la iglesia, y luego adentro con el resto de niños y niñas. La primera vez que me ofrecí a salir a la plaza a repartir panfletos junto a ella. ¿Por qué

fue? Creía que mi fe había arrasado como un huracán en mi interior, pero ahora creo que tal vez solo estaba feliz de tener una amiga. La verdad es que no estoy segura.

No éramos más que pecadoras, menos que seres humanos. Dejamos de ir a la escuela, no salimos más a jugar o a rayonear paredes. En su lugar, nos convertimos en esto, en Esperas, luego Portadoras y finalmente Escogidas. Blanca fue escogida. Lo sé, porque yo estuve ahí cuando los Faros se la llevaron envuelta como un regalo hacia el templo, ¿para qué? En aquel momento pensé que habríamos de estar agradecidas por ello, qué dicha. Hemos sido escogidas por Dios. Esto es lo que él quiere para nosotras, ¿no es así?

¿No es así?

—*Roja. No llores, Roja.*

Una diminuta mano sostiene la mía y se mancha de sangre en el proceso. Quiero decirle que se aleje de mí, que me suelte, que me deje en paz, pero la veo. La veo, y sé que es solo una niña. Es Blanca. Es yo. Probablemente ha nacido aquí, o su madre la ha dejado aquí porque no soportaba verla. No lo sé. No sé nada. Ni siquiera tengo un nombre, no recuerdo haber tenido uno jamás; no sé mi edad, no sé una sola cosa acerca de mí misma. Es como si mi mente tuviera una gran mancha que no consigo borrar. No puedo ver a través de ella. Ni siquiera estoy segura de que haya algo detrás de ella.

¿Qué nos pasó? ¿Qué nos han hecho?

(*Era Domingo.*)

Tomaste a la niña del brazo y la arrastraste a través del pasillo de la iglesia con fuerza. Ella chillaba, diciendo que le estabas lastimando el brazo, pero eso no te detuvo. Ya no importaba. Llegaron al templo,

donde viste a otras niñas arrodilladas en el suelo, cabizbajas. Ahí también estaba la niña de blanco. Tan pronto cómo la vio, esa niña tonta se soltó de tu brazo como si no hubiera estado lloriqueando hace un par de segundos, y salió corriendo a su encuentro.

Te reíste de ella por última vez. Antes de marcharte, no pudiste resistir las ganas de darles otra mirada, y las descubriste de pie, tomadas de la mano. Viste sus rostros y las encontraste sonriendo como lo que eran, como niñas. Y supiste que había cosas que solo las niñas pequeñas podían hacer. Una de ellas era sonreír como si el mundo fuera tan simple como eso).

EL CHICO QUE ESCRIBÍA CANCIONES A LAS ESTRELLAS

Camilo Baldivieso

I

Las viejas leyendas contaban que cada 409 años existía la posibilidad de que apareciera un ser con el alma hecha de puras palabras, las cuales tomaban una forma física cada que fueran pronunciadas por su boca. Así es como los abuelos explican que se creó el universo: cada cosa que existe salió de la boca de alguno de esos seres.

Muchos escépticos decían que eran puras tonterías infantiles, y razón no les faltaba. En un mundo donde la gente no para de hablar y, sin embargo, no sucede nada, es difícil creer que algo así fuera verdad.

Por eso, sus padres quedaron atónitos la noche que Raz, a tan solo unos minutos de llegar al mundo, fue capaz de materializar un tibio biberón con leche al simplemente balbucear unas palabras. La noticia de que su hijo había nacido con los legendarios poderes no tardaría en esparcirse por toda la ciudad, y seguramente muy pronto tendrían a miles de personas en su puerta pidiendo que el muchacho les cumpliera sus caprichos.

Con esa idea en la cabeza, los padres de Raz tomaron una importante decisión: nunca permitirían que su hijo hablara en presencia de ninguna persona. Y así, durante sus primeros años de vida, Raz fue educado para nunca decir una sola palabra a nadie, ni siquiera a sus padres. Esta condición, aunque fácil de cumplir

al principio, con el tiempo iría pesándole más al muchacho, quien no entendía por qué era el único que no podía hablar con libertad en cualquier momento.

Más difícil se le hacía comprenderlo cada que veía a los demás, incluso chicos de su edad, compartiendo charlas que llegaban a extenderse por horas. —Lo hacemos por tu bien —le decía su madre. —Si alguien se enterara de tu «peculiar» don, ¡quién sabe lo que te harían! Es mejor que guardes todas tus palabras para ti —.

Lo cierto es que, tanto ella como el padre de Raz, le tenían miedo a su hijo. Para ellos, un par de adultos que vivían presionados por el veloz ritmo del mundo, tratar de entender la habilidad de su hijo era una tarea imposible. Más allá de que las personas se aprovecharan de la habilidad de Raz, había algo más, un detalle que los atemorizaba profundamente. Por ello, prefirieron optar por el camino fácil. Aprovechando el don de la palabra que tenía el chico, le regalaron una pequeña libreta de cubierta negra para que pudiera comunicarse con los demás escribiendo todo aquello que quisiera decir.

Esa libreta se transformó en el mundo entero de Raz, quien sentía cómo las palabras que revoloteaban dentro de él finalmente encontraban una forma de manifestarse. Sin embargo, a medida que iba creciendo y su vida se llenaba de nuevas experiencias, la necesidad de hablar cobraba más fuerza. Las palabras empezaban a empujar violentamente buscando un lugar por el cual salir, lastimándolo.

Todo explotó cuando un par de niños de su escuela empezaron a molestarlo aprovechando que él no podía hablar. Raz había aguantado todo lo que pudo, hasta que ya no pudo más. Los niños encontraron una oportunidad

y le robaron su libreta. Raz los persiguió por los patios y las aulas, entonces vio cómo uno de ellos sacó un encendedor de su bolsillo y amenazó con quemarla.

Raz sintió que miles de punzadas empezaban a clavarle en el pecho y recorrían su garganta hasta la lengua. Entonces, el chico abrió la boca y salieron ráfagas de cuchillos que atravesaron los cuerpos de sus compañeros. Los niños cayeron al suelo y empezaron a retorcerse de dolor mientras la sangre brotaba de múltiples cortes en sus rostros.

Aterrado por la escena, Raz tomó su libreta y salió corriendo del lugar. Las punzadas habían dejado de molestarlo, pero ahora un martilleo le hacía doler la cabeza. En ese momento, entendió por qué sus padres se habían empeñado en evitar que le hablara a cualquier persona: él era peligroso. Cualquier palabra mal dicha, cualquier cosa mala, por pequeña que fuera, podía lastimar a las personas.

Pensando en todo eso, Raz siguió corriendo sin saber a dónde ir. No quería volver a su casa, pues seguramente sus padres ya se habrían enterado de lo sucedido, y muy probablemente lo encerrarían para siempre. Finalmente, Raz llegó a un parque alejado de la ciudad y decidió detenerse. Se tiró al suelo y dejó que el silencio del lugar calmara su cuerpo.

En ese instante, dejó de pensar y se dedicó solamente a observar cómo el viento mecía suavemente las copas de los árboles. Por primera vez, notó que las caóticas palabras en su interior se calmaban. Era como si tomaran una forma diferente, más suave, más libre. Mientras observaba, el chico empezó a escribir con esa suavidad que sentía.

Al escribir, Raz usualmente no podía hacer más que oraciones sueltas. Siempre se limitaba a escribir sobre las cosas que necesitaba en determinado momento, o respuestas a las preguntas que las personas le hacían. Pero la libertad que sintió en aquel momento en el parque hizo que el chico se extendiera y escribiera sobre temas que nunca había tocado: sus emociones, pensamientos sobre la vida, reflexiones acerca de todo lo que había vivido hasta ahora.

Raz anotaba velozmente todo aquello que fluía de su interior. En un momento, todas las dudas, pesares y cosas que lo carcomían por dentro empezaron a salir. ¿Por qué había nacido con esa maldición? ¿Realmente sus padres lo amaban? ¿Qué se sentiría poder hablar tranquilamente con una persona? ¿De qué le servía escribir si a nadie le importaba leerlo? ¿Estaría destinado a sentirse solo el resto de su vida? ¿Cuál era el sentido de su vida?

Y así siguió y siguió escribiendo, cada vez más rápido, más violento, hasta que su bolígrafo terminó destrozando la hoja en la que escribía. El chico comenzó a llorar, eufórico. El papel no era capaz de contener todo aquello que el muchacho no tenía permitido decir. Y tampoco creía que existía un lugar en el mundo que pudiera hacerlo.

Raz dejó la libreta a un lado y decidió mejor seguir observando el paisaje. Se quedó así hasta que cayó la noche. En medio de toda la negrura, Raz no pudo evitar contemplar las estrellas que iluminaban tímidamente el cielo. Entonces, el chico se quedó dormido.

II

A la mañana siguiente, Raz decidió volver a su casa. Tal como lo había imaginado, sus padres lo recibieron con una enorme reprimenda. Luego de castigarlo prácticamente de por vida, le hicieron jurar que nunca más en la vida volvería a hablar, y el chico aceptó, todavía afligido por lo sucedido el día anterior.

Raz se quedó en casa un par de semanas mientras sus padres hablaban con la escuela para arreglar el malentendido. El tiempo parecía no avanzar en esos días. Y las palabras dentro suyo tampoco daban muestras de querer salir. Por un momento, Raz creyó que era libre de su martirio. El silencio que lo rodeaba parecía irreal.

Motivado por esto, Raz decidió volver a clases. Sin embargo, el momento en que cruzó la puerta de su curso, todo el ánimo que cargaba se vino abajo. Los cientos de ojos de sus compañeros puestos en él parecían perforarle la cara. Y mucho más los de aquellos niños con la cara vendada a quienes Raz desfiguró por accidente.

Pero lo peor vendría después, el instante en que el señor Mancilla, profesor de los chicos, llamó al frente a Raz. Luego de hablar con el muchacho acerca de lo sucedido y de contarle el acuerdo al que habían llegado con sus padres, le entregó una especie de bozal metálico. Las risas de sus compañeros le taladraban los oídos a Raz mientras el señor Mancilla batallaba para colocarle el espantoso aparato. Un cálido burbujeo en su estómago le advirtió que las palabras nuevamente empezaban a juntarse en su interior.

Desde aquel día en adelante, el chico tuvo que pasar cada minuto en la escuela con el desgastado metal cubriéndole la boca. Para evitar las miradas burlonas y las preguntas hirientes, Raz pasaba la mayor parte del tiempo en su curso. Como se sentaba al lado de la ventana, aprovechaba de observar todo lo que podía. Recordaba su experiencia en el parque, y deseaba con todas sus ganas volver a vivir aquel momento. Nunca se había sentido tan libre.

Parecía que Raz se acostumbraría a esta nueva vida, aunque él mismo se preguntaba si es que podía llamársele vida a algo así. De todas formas, estar eternamente en silencio no parecía tan malo mientras tuviera esos momentos para observar y liberar su alma escribiendo. Pero el chico se vería obligado a romper su pacto un día en que, al volver del baño, encontró su libreta llena de tajos y con las hojas chamuscadas. Entre las páginas, una nota que decía: «A ver si ahora te atreves a hablar de nuevo, maldito mudo».

Raz sintió cómo una ola de calor empezaba a recorrerle el cuerpo. Esta vez no había hecho nada, había tratado de mantenerse alejado de los demás para no causar más problemas. El golpeteo que se deslizaba por su garganta volvió a aparecer. Al darse cuenta, Raz trató de calmarse. Observó por la ventana, intentó despejar su mente, pero las palabras no querían detenerse.

El chico se aferró a su bozal y lo apretó con ambas manos. Pero de pronto, el calor de su cuerpo se trasladó al metal, haciéndolo hervir hasta derretirse. Y entonces, un estallido de llamas azules salió de su boca, quemando toda el aula.

Unos segundos después de escupir la última flama, Raz volvió en sí y contempló el horror que había causado. El lugar completo ardía junto con las cosas de sus compañeros. Por suerte, el recreo no había terminado, así que no hubo heridos. Aún así, Raz supo ese instante que no podía volver a ese sitio nunca más.

Llegó a su casa temprano, con la esperanza de que sus padres no estuvieran todavía. Pero antes de abrir la puerta, pensó un tanto las cosas. ¿Qué haría una vez que se enteraran que rompió su promesa de no hablar? Pero más importante aún: ¿les importaría siquiera las razones por las que tuvo que hacerlo? No podía comunicarse con sus padres, y no era solo por el hecho de no hablar. Ellos jamás se habían interesado en el bienestar de su hijo.

Más allá de eso, Raz no podía pensar en algo que sus padres pudieran hacer para ayudarlo. Y ¿qué haría si llegaba a explotar con ellos como lo había hecho antes? El peligro estaría presente mientras el chico siguiera cerca, no había forma de que él pudiera vivir en silencio sin dañarse a él mismo, ni a los demás.

En eso, las imágenes del parque, el viento y los árboles volvieron a su mente. Lo que él necesitaba para estar bien era vivir en lugares así, lejos de las personas que nunca se preocuparon por entender el caos que existía dentro suyo.

Convencido por esto, retiró su mano de la puerta de su casa, retrocedió lentamente y emprendió camino alejándose de la ciudad.

III

Raz caminó por la carretera varios días. Su decisión no era para nada fácil; el hambre empezaba a molestarlo y, sin un rumbo, se sentía igual de perdido y atrapado que en la ciudad. Una noche que sintió que ya no podría continuar más, escuchó un sonido extraño. Al levantarse, vio una estela de humo unos pasos más adelante de donde estaba él. Con las pocas fuerzas que le quedaban, decidió avanzar para ver de qué se trataba.

A medida que se acercaba, el ruido se amplificaba. También veía cómo un pálido destello naranja iba pintando más la tierra. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para identificar la fuente de la luz y el sonido, una marea de aromas llenó sus pulmones. Su hambre lo hizo apresurarse para llegar a devorar lo que sea que estuvieran cocinando, pero se detuvo de golpe cuando vio el místico cuadro que se había pintado delante de él:

En una fogata de centelleantes llamas y rodeada de piedras se cocía un gran trozo de carne. Encima, una pequeña olla verde desprendía humo al hervir un brebaje desconocido. E iluminada por el brillante fuego, una chica de pelo castaño y suelto cantaba mientras tocaba una especie de instrumento con curvas y un cuello largo, el cual producía sonidos igual de melodiosos que la voz de la chica.

Raz no entendía muy bien lo que veía. Había escuchado alguna vez que, hace mucho tiempo, existían personas que se dedicaban a crear sonidos agradables que luego compartían con los demás, llamándolos «música». Sin embargo, en su ciudad no existía cosa parecida, ni siquiera estaba permitido cantar.

Inconscientemente, el chico siguió avanzando. La escena lo tenía completamente maravillado, hasta que un retumbar dentro suyo lo sacó del trance. Las palabras parecían haberse reactivado con el sonido, y Raz entró en pánico. Comenzó a retroceder, dispuesto a alejarse, pero en ese momento, la música cesó, y solo escuchó la voz de la chica:

—¡Hey, tú!

Raz se congeló. El tornado de palabras en su interior empezaba a crecer. La chica dejó su instrumento y se levantó hacia él.

—Si estás pensando en que puedes robarme, te aseguro que no sabes con quién te estás metiendo. Vas a salir muy lastimado —levantó los puños, amenazante. Ante el gesto, Raz no pudo hacer más que tirarse al suelo y cubrirse con las manos.

La chica quedó confundida. Bajó las manos y trató de acercarse al muchacho, pero este retrocedió asustado.

—Oye, tranquilo. Mira, no era mi intención asustarte así. Es solo que estos días, las cosas para los músicos se han vuelto complicadas y... —dijo la chica, pero Raz seguía en el piso. La chica se detuvo y se agachó al lado del chico.

—¿Estás bien? ¿Te perdiste o algo? —le preguntó ella. Raz permaneció quieto y en silencio, pese a que las palabras rebotaban bruscamente contra su pecho, buscando salir. La chica perdió la paciencia— ¡¿Es que acaso no sabes hablar?!

Raz sintió cómo nuevamente un calor recorría su cuerpo, subiendo desde su estómago a la garganta. El chico se preparaba para lo peor, pero en vez de salir

fuego o cuchillos, unas densas nubes de tinta brotaron de su boca. El calor siguió subiendo hasta sus ojos, transformándose en pesadas gotas negras que cayeron al suelo.

Al ver esto, la chica se levantó rápidamente. Raz creyó que la había espantado, pero unos segundos después, ella volvió con un cuaderno rojo y un bolígrafo de metal cobrizo. Le entregó ambas cosas al chico, y con un tono melancólico le dijo:

—Tu alma también está hecha de palabras, ¿verdad?

Raz la oyó y levantó la cabeza. Sus ojos de dorada miel dibujaban una mirada comprensiva en la que el chico se quedó navegando unos instantes. Sintió cómo su cuerpo se calmaba, así que aprovechó de abrir el cuaderno y escribir: «Tengo una maldición».

La chica leyó el texto, agarró el bolígrafo y escribió debajo: «Yo también», y le devolvió el cuaderno a Raz para que lo leyera.

El chico contempló la anotación con sorpresa. Inmediatamente, la chica agregó: «Pero no creo que sea una maldición de verdad. Es un don particular que necesita entrenamiento. Ven, yo te muestro». Le tendió la mano a Raz.

— Me llamo Lina, por cierto.

Raz, todavía atontado por la situación, dudó un momento. No comprendía por qué se sentía así de repente. Tampoco podía parar de preguntarse si acaso era verdad lo que Lina le decía. Nunca se perdonaría si llegara a lastimar a una persona que parecía entenderlo.

El chico terminó aceptando la invitación. Acompañó a Lina cerca del fuego. Tras invitarle algo de comida, ella le contó su historia. Venía de una ciudad más alejada,

en la cual se habían asentado músicos de varias partes del país tras la prorrogación de un decreto que prohibía la música y cualquier cosa relacionada a ella. El motivo, ridículo según palabras de la propia Lina, era que la música provocaba que las personas perdieran el tiempo en lugar de trabajar.

Años antes de la prohibición, la gente disfrutaba de la música en todo lugar y a cualquier momento. Pero el mundo fue transformándose y adoptando un ritmo más frenético que no permitía pausas de ningún tipo. Los trabajos se hicieron más demandantes, y empezaron a requerir toda la concentración de las personas. Dentro de este esquema, la libertad de la música representaba una amenaza, por lo que se decidió erradicarla por completo. Aquellos músicos que se negaron a abandonar su vocación fueron ejecutados, y los pocos sobrevivientes viven ocultos.

Lina nació en una familia de guitarristas. En cuanto sus padres se dieron cuenta del don de su hija, quedaron totalmente maravillados, y en lugar de obligarla a ocultarlo, se dieron el tiempo para entenderlo y aprender a controlarlo. Para su suerte, la música pudo servir como catalizador del poder de Lina. Ella aprendió a descargar todas las palabras que se formaban dentro suyo creando canciones y luego cantándolas. De esa manera, Lina dejaba salir las palabras en forma de dulces melodías, agotando su poder para luego poder hablar con normalidad.

El único problema era que, como el resto de los músicos, ella tenía que vivir oculta. Sus padres, aunque comprensivos, tenían mucho cuidado con los movimientos de su hija. No dejaban que salga de la

ciudad. Aunque entendía sus razones, Lina deseaba con todas sus ganas conocer el mundo más allá de las calles que recorría todos los días. Por eso, cada que encontraba una oportunidad, aprovechaba de escapar un momento.

Raz no podía creer nada de lo que acababa de escuchar. Por un lado, se sentía engañado. Tantos años que había vivido en silencio porque sus padres juraban que no había forma alguna de controlar su habilidad. ¿Lo habrán sabido acaso, pero les daba miedo ser descubiertos y ejecutados? Nunca conocería la verdad.

Por otro lado, Raz había encontrado una pequeña esperanza. Si aprendía de Lina, finalmente podría empezar a vivir, a vivir de verdad y sin barreras. Él solo quería ser libre en un mundo donde no hay tiempo para la libertad. La música parecía ser quien podría darle eso.

Raz y Lina «charlaron» un poco más. El chico le contó su experiencia escribiendo en el cuaderno rojo. Ella quedó conmovida con la historia de Raz. Le pidió el cuaderno y después de un rato, empezó a cantar una canción acerca de aquel momento, de lo feliz que estaba por haber conocido a alguien como ella.

Raz la miraba encandilado. A la luz de la fogata, bajo el gigantesco cielo nocturno, había dejado de sentirse solo.

IV

Al día siguiente, Raz volvió junto con Lina a la ciudad de músicos. No era ni remotamente similar a su ciudad. Aquí, la gente paseaba animadamente por las calles, y uno podía escuchar a un artista diferente en cada esquina.

Luego de caminar un rato más, llegaron a la casa de Lina. Raz entró muy nervioso, pero fue bien recibido por los padres de la chica, quien les contó acerca de su historia y de su «peculiar» don. Ambos se conmovieron con la historia de Raz y se ofrecieron a ayudar al chico al igual que lo habían hecho con su hija.

Raz fue aprendiendo sobre la música y a utilizarla para canalizar las palabras que habitaban dentro de él. Y con el apoyo de Lina, el chico aprendió a moldearlas hasta convertirlas en canciones. Al momento que Raz escribía su primera canción, una sensación conocida volvió a invadirlo. De pronto, el chico volvió a aquel lejano parque de su ciudad en el cual había encontrado paz. Escribir canciones le recordaba mucho a la vez en que, rodeado por toda esa quietud, las palabras empezaron a fluir.

Así, Raz empezó a escribir una canción tras otra. La emoción que lo imbuía se plasmaba en el papel, y luego reverberaba en forma de melodías armónicas. Con la música y con Lina, sentía que la vida tenía sentido.

Con el tiempo, Raz fue capaz de las barreras que sus padres le habían puesto. No solo podía hablar como cualquier persona, sino que podía hablar y expresarse con libertad sobre cualquier cosa: sus sentimientos, ideas, pensamientos, las cosas que observaba y su amada Lina. Raz sentía que le debía más que la vida a la persona que

lo ayudó a salvarse. Y qué mejor que escribir canciones acerca de lo mucho que amaba a Lina y lo agradecido que estaba con ella.

Empezó con una, luego dos, tres, hasta que perdió la cuenta. Las palabras dentro suyo no hacían más que revolotear como mariposas cada que pensaba en Lina. A ella le encantaban todas y cada una de sus canciones, e incluso creaba las suyas en respuesta. El amor de los dos músicos vibraba con intensidad en el aire. Su lazo era tan fuerte que nadie esperaba lo que iría a suceder.

Luego de terminar su última canción, Raz fue emocionado a buscar a su amada. Revisó por toda la casa, recorrió la ciudad entera, pero no la encontró. Pasaron los días y no había rastro de Lina, hasta que una tarde, su padre llegó agitado y le dio una terrible noticia a Raz: Lina había sido asesinada. Encontraron su cuerpo sin vida en las afueras de la ciudad.

A Raz se le cayó el mundo. Acompañó al padre hasta el lugar donde encontraron a Lina, y la verdad pegó fuerte en el corazón del chico. Raz se acercó corriendo al cuerpo de la persona que lo había salvado, y no pudo contener el llanto. Una tibia miel se quedó pegada en los labios de Lina luego de que el chico le diera un último beso.

El chico se apartó, pero en ese momento, vio cómo empezó a brotar lentamente una espesa tinta negra de la boca de su amada. Revisó el resto del cuerpo y encontró algo que lo dejó sin aliento: «amor, esperanza, feliz, brillo», y otras varias palabras conocidas para él estaban escritas a lo largo del cuerpo de Lina. Todas las palabras que Raz le había escrito a Lina en sus canciones se habían tatuado con fuerza, atravesando más allá de la piel.

Raz cayó en cuenta de la atrocidad, y su cuerpo entero empezó a arderle. Él, con todo el mar de letras que escribió desenfrenadamente, había llenado el cuerpo de Lina hasta matarla. Y ella, seguramente sabiendo que su muerte era inevitable, decidió por última vez salir de la ciudad y sentir la libertad que tanto le gustaba.

El dolor que Raz sintió fue indescriptible; ni las cuchilladas a sus compañeros, ni el fuego azul que quemó su curso, nada se parecía al intenso ardor que empujaba cada pared de su interior.

Raz creía que expulsaría una bomba atómica de su boca, sin embargo, lo que salió fue mucho peor: un corazón de humo negro.

En ese instante y en aquel lugar, el chico juró nunca volver a escribir nada, ni canciones, ni letras de ningún tipo. Se había quedado completamente seco por dentro.

V

Aún con lo sucedido, el dolor no dejaba de atormentar a Raz. Y pese a su juramento, lo que más quería era escribir algo que pudiera ayudarlo a librarse. Tenía la cabeza tan llena de letras que terminaban escurriéndose por sus ojos. Pero, no tenía lugar donde cupieran tantas líricas desenfrenadas y melodías vibrantes. Así que, ¿para qué siquiera intentar escribir nuevamente?

Días y días pasaron. En la ciudad de los músicos, el chico que tenía el alma hecha de palabras ya no salía a las calles a compartir su música. Los padres de Lina intentaban convencerlo de retomar su arte, pero Raz ya no le encontraba sentido alguno.

Vagaba por la casa de quienes lo habían acogido como una mera sombra. Al pasar al lado del cuarto que alguna vez perteneció a su amada, el chico decidió entrar. Las cosas se habían quedado tal y como Lina las dejó: sus guitarras colgadas y expuestas en su pared, su escritorio lleno de partituras vacías. Pero lo que llamó más la atención de Raz fue el cuaderno rojo que le permitió conectar con Lina aquella noche en la fogata.

Raz agarró el cuaderno temblando. Daría lo que fuera por volver a ese momento. Abrió las páginas, y el corazón le dio un vuelco al ver la frase que haría que su vida de un cambio:

—Tengo una maldición.

—Yo también.

Las lágrimas empezaron a rodar por el rostro del chico. Siguió revisando las páginas, recordando su historia con Lina, todo el progreso que había conseguido gracias a ella. Llegó hasta una hoja en blanco, y estaba a punto de cerrar el cuaderno, cuando notó que en la cara posterior de la hoja se vislumbraban unas delgadas líneas negras.

Raz dio la vuelta a la página, y quedó sorprendido al encontrar un mensaje que Lina le había escrito, probablemente, el último. «Tu alma es sorprendente. Las letras resuenan en ella con mayor fuerza que en nadie que conozca. Gracias por haberme deleitado todo este tiempo con tu gran don. Me alegra haber ayudado a que tu voz pudiera finalmente ser libre, pues está hecha para llenar el mundo de belleza. Yo fui una de las primeras en oírla, pero no quiero ser la última. Tal vez este mundo no es capaz de aguantar el poder de tus palabras, pero si miras más allá, estoy segura de que encontrarás cómo

usarlas mejor. No las guardes nunca más, deja que la música que nos unió siga liberando tu alma».

Al terminar de leer, Raz quedó desolado, pero entendió el mensaje de Lina. Guardar sus palabras nunca había sido una solución. Debía seguir cantando, creando canciones, solo así viviría en paz, sin dañarse a sí mismo ni a los demás.

Esa misma tarde, Raz abandonó la ciudad de los músicos, cargado con el cuaderno rojo y una de las guitarras de Lina. Caminó por la misma carretera que lo trajo hasta ahí, nuevamente sin un rumbo fijo. Llegó al pie de una pequeña montaña casi llegada la noche y decidió subir. Desde la cima, el chico se puso a observar todo lo que lo rodeaba. El mundo era inmenso, sin embargo, no lo suficiente para albergar las palabras que habitaban en su alma.

Pero entonces, Raz levantó la vista. Un cielo negro totalmente despejado, simplemente marcado por pequeños puntos de luz. Recordando el mensaje de Lina, el chico sacó el cuaderno y se puso a escribir una canción. Luego, tomó la guitarra, probó algunos acordes y, finalmente, empezó a cantarle a las estrellas que observaba.

Sus palabras ascendieron como hilos de luz, tejiéndose entre ellas hasta formar constelaciones. Así, noche tras noche, el chico con el alma hecha de palabras escribía canciones para las estrellas, lejanas y brillantes, pero capaces de contener todo aquello que el chico no podía contarle al mundo.

LA FERIA DE LAS SOMBRAS

Zoe Barbosa

Eran ya casi las 11:30 de la noche. La feria estaba por cerrar, pero aún había movimiento dentro de ella. Las carcajadas se alzaban como olas imparables, rodando por el viento hasta envolver todo a su paso. En medio de tanto jolgorio, se encontraba Aryan, caminando a un paso apurado, procurando pasar lo más desapercibido que pudiera hasta llegar a un inusual, pero ordinario espejo que estaba situado en un rincón de la feria.

—Ya casi, Lila —murmuró Aryan—. Pronto estaremos de nuevo unidos.

Mientras observaba su reflejo con detenimiento, comenzó a aparecer el de Lila al lado, podía sentir como los ojos de Lila lo miraba fijamente, era una mirada abrumada. Inmediatamente Aryan comenzó a recordar con mucha tristeza todo lo sucedido.

En esa época fría en el pueblo, la tradicional feria anual estaba por empezar.

—¿Escuchaste los rumores del pueblo? —preguntó Lila a Aryan con mucha curiosidad en sus ojos.

—No —respondió Aryan—. ¿Qué dicen?

—¿Viste el espejo que siempre está en la feria?

—¿El que luce todo andrajoso?

—Ese mismo.

—¿Qué tiene, además de estar horrible —dijo Aryan riéndose con sarcasmo.

—Horrible es lo que ves cuando te acercas.

—Ja ja, muy chistosa, ya dime, qué tiene el espejo.

–Dicen que, cuando el reloj marca las 11:47 pm exactas, la luz de la luna queda en un ángulo perfecto para reflejarse en el espejo, creando una apertura a otra realidad, ¡una mejor, Aryan!

–Hey, Lila, espera, de donde sacaste todo eso.

–Son rumores del pueblo, pero son ciertos, Aryan –exclamó Lila emocionada–. Por favor, vamos, si no funciona, pues nos regresamos a casa y ya, pero si funciona... ¿no quisieras una mejor vida? Una donde podamos sentirnos, no sé, ¿pertenecientes? Una donde no nos sintamos perdidos.

Aryan, conmovido por las palabras de Lilia, decidió llevarla al espejo, estaba decidido a esperar unos minutos con la poca fe de que algo pudiera suceder, aunque estaba seguro de que nada pasaría, entonces, podría probarle que todo era un invento y que la realidad que conocen, es la única que conocerían.

–¿Viste eso? –exclamó Lila sorprendida.

–Sí –respondió Aryan asustado.

Una sombra se aproximó con gran rapidez hacia los dos. Aryan, regido por el miedo, soltó la mano de Lila y corrió a esconderse, dejándola sola y perpleja en medio del espejo. La Sombra, la cual se dirigía a Lila cada vez con más rapidez, cuando llegó hasta ella, la jaló hacia el espejo, ambos desapareciendo dentro de él.

–¡Lila! –exclamó Aryan–. No puede ser, todo es mi culpa.

Aturdido por lo que acababa de suceder, Aryan comenzó a desbordarse de pensamientos, sintiéndose aterrado con la idea de que acababa de perder a su hermana. Todos esos pensamientos concluían en una sola idea: “Debo ir por ella”. Entonces, respiró

profundamente, reunió fuerzas y, sin pensarlo más, persiguió a la sombra, atravesando el espejo.

Una vez dentro comenzó a repasar cada rincón con los ojos, dándose cuenta que todo era y estaba exactamente igual que en la feria, solo que tenía unos tintes oscuros y agitados. Escuchó niños jugando y riendo sin parar.

A lo lejos, vio una cabaña, que era lo único diferente en este otro mundo. Sin dudarlo, fue corriendo hacia la cabaña. Cuando abrió la puerta, lo primero que encontró fue el cuerpo de Lila botado en el suelo, detrás de ella estaba La Sombra. Aryan corrió hacia Lila para ver cómo estaba.

–Ella está bien, vive, si es lo que te preguntas –dijo la Sombra.

–Qué es este lugar –preguntó Aryan.

–Es lo que llamamos la feria de las sombras, el lugar de la eterna diversión.

–¿Entonces es cierto? ¿De verdad existe? –preguntó Aryan alegrándose–. Eso quiere decir que sí podremos tener una mejor realidad, que podremos sentirnos en casa, por primera vez. ¡Lila, despierta! Tienes que ver esto.

Una vez Lila logró despertar, muy extrañada se preguntó que qué era lo que estaba pasando, a lo que Aryan le explicó que todos los rumores eran ciertos, que podían cambiar su destino. Entonces, la Sombra, muy amable, se ofreció a brindarles un recorrido por toda la feria, para que, de esa manera, pudieran contemplar la nueva vida que podrían tener.

–Todo es mejor aquí, no tienen otra preocupación más que divertirse y pasarla bien –les dijo la Sombra

llenándolos de ilusiones y esperanzas—. Todos son felices y los niños perdidos se sienten a salvo y en casa.

—¿Perdidos? —preguntó Aryan.

—Sí, niños que en el otro mundo se sentían abandonados, desolados, olvidados. Son esos niños los que le dan vida a este mundo.

—¿Y dónde están esos niños? —preguntó Lila.

—Por todas partes, querida —respondió la Sombra.

Aryan comenzó a buscar a los supuestos niños felices y sin preocupaciones en las atracciones de la feria, dejando a Lila sola con la Sombra. Al acercarse más a los juegos notó que quienes estaban adentro de estos no eran niños, en realidad eran sombras. Aryan, de inmediato, se dio cuenta de las intenciones de la Sombra, pero sabía que ella no debía notarlo, intuyó que podría llegar a ser muy peligroso, pues una sensación de miedo recorrió todo su cuerpo. Entonces, con mucha cautela, se acercó a Lila, diciéndole que por fin habían encontrado un hogar y en medio de un abrazo, le murmuró que debían salir de ahí lo más pronto posible. Lila, sin entender nada, cuestionó a su hermano exclamando que no quería irse, que de hecho lo que quería era subirse a uno de los juegos, como inicio de su nueva vida soñada. La Sombra, muy sospechosa de Aryan, afirmó los deseos de Lila y cuestionó la decisión de Aryan de querer marcharse, intentando convencerlo y preguntándole qué es lo que no le había gustado.

—¿Acaso dije o hice algo que te molesto, querido Aryan? —preguntó con una ironía apenas disimulada.

—¡No! Cómo crees, para nada —respondió Aryan con una risa nerviosa.

—Entonces no entiendo tu cambio tan brusco, si

hace menos de 2 minutos estabas feliz de haber encontrado un... hogar...Aryan.

–No, sí. Lo que sucede es que, en lugar de niños, vi a sus sombras y...

–Ah, era eso. Permíteme explicarte. El ingreso a cualquier feria tiene un costo ¿verdad? Pues esta no es la excepción, querido Aryan. Toda magia tiene un precio, este es tu sombra.

–No entiendo, cómo que mi sombra –preguntó Aryan muy extrañado.

–Creí que eras más listo, muchacho. El ingreso a la feria es tu sombra.

–Quieres decir que ¿no llevo mi sombra conmigo? Pero en ningún momento acepté eso. Al ingresar a una feria, yo pago a voluntad, no soy obligado a hacerlo.

–Al momento de tu ingreso, inmediatamente tu sombra se desprendió de ti. Tu ingreso voluntario por el espejo es consentimiento suficiente.

–Y qué me dices de Lila, ella no ingresó voluntariamente por el espejo, tú la empujaste

–Ella anhelaba entrar desde hace mucho, así que aún cuenta como ingreso voluntario.

–Bueno, entonces, así como ingresamos de manera “voluntaria”, nos vamos de la misma forma. Muchas gracias por el recorrido, pero nos vamos.

Aryan tomó con fuerza la mano de Lila y comenzó a caminar hacia el espejo. La Sombra, enfurecida, se aproximó rápidamente a los hermanos, posicionándose en frente de ellos.

–Bueno, se los intenté pedir de la mejor manera que pude, pero si se ven tan renuentes, me veo obligado a recurrir a otras medidas.

La Sombra saltó a por Lila y se la llevó volando de nuevo, Aryan intentó sujetar a La Sombra, pero cayó en el intento, golpeándose la cabeza y quedando inconsciente. Cuando despertó, se encontró con la Sombra mirándolo. Aryan, aún atontado por el golpe, preguntó por Lila.

—¿Dónde está?

—Quién, ¿Lila? No lo sé, quizá decidió subirse a uno de los juegos y vivir su nueva vida.

—No me mientas, yo sé que ella no sería capaz de dejar a su hermano a la deriva.

—Ah ¿no?, ¿estás seguro?

—Claro que sí, confío ciegamente en ella.

—Eso es muy tierno, los hermanitos que siempre están juntos ¿verdad? Pues si mal no recuerdo, tu soltaste la mano de Lila cuando estaban en el espejo ¿o no? O ¿quién fue quien no le creyó sobre todo este mundo y decidió acompañarla al espejo solo para romper todas sus ilusiones prometiéndole una vida miserable por el resto de sus días? ¿Eh, Aryan? Ella está mejor aquí, se divierte, es feliz y, lo más importante, no tiene que cargar con el peso de una vida destinada a la miseria y al fracaso... como la única que tú puedes ofrecerle.

Las palabras de la Sombra tuvieron mucho impacto en Aryan, pues en cierto modo tenía razón, su vida en el otro mundo no era mejor que la que la Sombra prometía. Aryan comenzó a dudar de sí mismo y de si quedarse o no.

—Sí, es verdad, nuestra vida allá no es una vida de ensueño, pero sé una cosa, que vivir a merced y controlado por una sombra el resto de mis días tampoco suena a una vida de ensueño.

–Me sorprendes –exclamó La Sombra–. Debo admitir que fuiste muy astuto al darte cuenta de qué era este lugar realmente, usualmente me es más fácil convencer a los niños de quedarse aquí. Pero tú ya estás grande. Verás, tu estancia aquí no me sirve de mucho, no como la de tu hermana. Mira, te propongo un trato. Vete, sé “libre” en tu mundo todo horrible y lleno de infortunio. Pero deja a Lila quedarse, déjala ser feliz por una vez en su vida.

–Estás demente si crees que podría ser tan cobarde como para irme solo y dejar a Lila aquí. Buscaré la forma de salir yo mismo y con mi hermana de la mano, no me importa cuánto tiempo me tarde, ni a quién tenga que enfrentar –dijo Aryan volteando a ver a los ojos de La Sombra.

–¡Hey! Espera, está bien, hagamos un juego, qué te parece. Busca a tu sombra dentro de la feria. Si la encuentras, los dejo libres a ambos, pero si no, tú y tu sombra se quedan aquí por toda la eternidad a disposición mía.

A Aryan le tomó por sorpresa el trato propuesto, pues sabía que podría ser difícil encontrar su sombra. Al mismo tiempo, el precio de salida era demasiado bajo y sencillo como para tratarse de alguien tan siniestro como la Sombra. Sabía que debía jugar muy cuidadosa y astutamente.

–Está bien, acepto –dijo Aryan tartamudeando por el miedo–. Pero antes, necesito un recorrido, esta vez real, de cada juego y de qué trata cada uno.

–¡Ja! Sí, definitivamente eres el joven más astuto que me visitó nunca. Está bien, acepto, acompáñame.

Mientras la Sombra lo guiaba por la feria, Aryan observaba con detenimiento cada juego, estudiando sus detalles. En cada atracción, la Sombra explicaba cómo las sombras de los niños se mantenían “felices” en ese mundo, lejos de las inseguridades y miedos que habían sentido en el mundo real.

Después de pasar horas recorriendo a detalle cada juego de la feria, la Sombra señaló el Carrusel de las Sombras, el lugar más importante de la feria, explicando que ahí se almacenaban las sombras de aquellos que habían decidido quedarse. Las sombras, una vez atrapadas, giraban indefinidamente en el carrusel, dando energía a la feria. Mientras la Sombra hablaba, Aryan percibió algo interesante. Entre un sinnúmero de sombras que parecía un mar oscuro que se mezclaba en una masa interminable, había una sombra en particular que parecía resistirse, como si intentara liberarse. Fue entonces cuando Aryan ideó su plan. Fingiendo interés en los juegos y en la supuesta “vida feliz” de las sombras atrapadas, le pidió la Sombra poder subirse al carrusel.

—Está claro que jamás encontraré mi sombra entre tantas que hay aquí. Creo que ganaste. Este juego se ve interesante y si me voy a quedar aquí por toda la eternidad, me gustaría que sea en el juego más importante de la feria. Si en general mi vida no te sirve de mucho, me gustaría sentir que por lo menos apporto en sostener esta feria.

—Que bueno que quieras sentirte a gusto en tu nuevo hogar. Este es prácticamente el motor de la feria, es pero los disfrutes... eternamente.

La sombra, confiada de su victoria, lo llevó hasta el carrusel permitiéndole dar una vuelta mientras lo

observaba. Cuando Aryan se fundió entre las sombras del carrusel, avanzó sigilosamente, en busca de esa figura que intentaba desprenderse de la masa oscura que giraba en un ritmo lento y ominoso. Por fin, sus ojos distinguieron la sombra que lo miraba con la misma intensidad con la que él la buscaba, era la suya, pero Aryan sabía que La Sombra también era astuta y que, a pesar de poder encontrar a su sombra, no lo iba a dejar escapar tan fácilmente, ya que, al no estar pegado a la misma, era mucho más fácil que se la arrebate de nuevo. Aryan sabía que unir su sombra a él de nuevo no sería tan simple como estirar la mano y sujetarla; esta, como una parte viva de su esencia, necesitaba algo más profundo. Mientras Aryan avanzaba en el carrusel, las palabras de La Sombra resonaban en su mente, como un eco persistente. “Tu ingreso voluntario por el espejo es consentimiento suficiente, querido Aryan”. De repente, algo hizo clic en su cabeza. El consentimiento. No se trataba solo de cruzar el espejo, había algo más en juego. Su sombra no se había desprendido simplemente porque entrara, sino porque, al hacerlo, había entregado sin darse cuenta de una parte esencial de sí mismo, su voluntad.

“Si consentí al entrar, entonces para recuperarla debo ofrecer algo igual de poderoso, algo que la ate de nuevo a mí”, pensó.

Aryan miró el pequeño amuleto que Lila le había regalado. Su significado estaba claro ahora, no bastaba con encontrar su sombra, debía crear un vínculo, una razón para que regresara a él. Con el amuleto en la mano, apretándolo con fuerza, y su corazón ardiendo de determinación, Aryan cerró los ojos y entendió que

para coserse su sombra debía canalizar su esencia más profunda, cada pensamiento, cada recuerdo y cada anhelo, y ofrecerlo como el hilo que uniría lo perdido con lo que ahora estaba dispuesto a recuperar. Es entonces que comenzó a coser su propio reflejo sobre él mismo. Mientras lo hacía, imaginaba una aguja invisible, pasando de su corazón a la sombra y de regreso, como si cada recuerdo y deseo fuera el hilo que reforzaba esa conexión. Finalmente, sintió una energía intensa y familiar recorrer su cuerpo al reunirse nuevamente. Cuando abrió los ojos, su sombra estaba pegada a él de nuevo, fiel y constante, como si nunca se hubiera despegado.

La Sombra, que había estado observando desde afuera del carrusel, se dio cuenta de lo que Aryan acababa de lograr y se enfureció. Una onda de energía oscura comenzó a expandirse por toda la feria, haciendo que las luces parpadearan y que las risas de las sombras empezaran a sonar más como lamentos. La feria parecía colapsar sobre sí misma.

Consciente de que el tiempo se agotaba, Aryan saltó del carrusel y corrió hacia la cabaña donde La Sombra había dejado a Lila, la levantó con cuidado y, tomándola de la mano, intentó guiarla hacia el espejo. En lo que corrían, Aryan se dio cuenta de que la feria temblaba y que, al ver que su mundo se debilitaba, La Sombra estaría distraída en eso. Entonces Aryan procuró apresurar el paso, pero de manera muy sigilosa, pues, aunque La Sombra estuviera distraída, aun podía haber la posibilidad de que los viera e intentara detenerlos.

Cuando los hermanos finalmente habían llegado al espejo, vieron como el Carrusel de las Sombras se desmoronó por completo, entonces se apresuraron en atra-

vesar el espejo, sin el carrusel colapsando, La Sombra no tendría distracción alguna. Sin embargo, La Sombra, muy consciente de la huida de Lila y Aryan, solo se limitó a observar con una sonrisa en el rostro, pues tenía algo en mente, siempre lo tuvo. La Sombra continuó observando como los hermanos creían haber salido victoriosos, entonces, sostuvo una risa amarga, muy seguro de que volverían a verse algún día.

—Recuerda Aryan, toda magia tiene un precio —exclamó La Sombra—. Nadie se salva, ¡Nadie!

Una vez fuera del espejo, vieron la hermosa luz del día. Lila miró a Aryan y se aventó a darle un abrazo. En medio del cálido abrazo, Lila cayó inconsciente al suelo. Aryan de inmediato se abarró al piso sosteniendo la cabeza de Lila. Cuando el sol se puso en la posición exacta para reflejar sus sombras, Aryan se percató de algo extraño. La luz del sol reflejaba solo una sombra, la suya. Aryan, enfurecido, se dio cuenta del acto tan siniestro de La Sombra, en realidad los había dejado escapar, solo para que tuvieran que volver de nuevo por la sombra de Lila.

Aryan comenzó a idear un plan para rescatar nuevamente a su hermana, solo que este tenía que ser aún más inteligente y, sobre todo, estratégico, puesto que era consciente de lo enfurecida que había dejado a La Sombra y lo peligrosa que esta era. Esta vez, no se iba a ir con rodeos, sin importar las consecuencias, La Sombra iba a destruir todo a su paso para ganar y quedarse con ambas sombras, aun cuando se trate de la vida de Aryan, o peor, de la de su hermana.

Aryan, se paró nuevamente frente al espejo, pero esta vez, decido a derrotar a la sombra.

—Ya casi, Lila —murmuró Aryan—. Pronto estaremos de nuevo unidos.

Con un suspiro, Aryan sacó su amuleto y separó su sombra de él, extendiendo la mano hacia el espejo, decidido a cruzar una vez más y enfrentar lo que sea que lo esperara en ese oscuro reflejo de la feria de las sombras. Esta vez, no saldría hasta que recuperara la sombra de su hermana... aunque eso implicara dejar la suya atrás.

EL TESTIGO

Aracely Cussi

Día 1

Cuando llegué a su apartamento hace 5 días me pareció una persona rara. Tiene unos hábitos muy extraños. A diferencia de los otros seres humanos que vi, él es muy recto, todo tiene su rutina. Siempre cuenta hasta 10 antes de abrir la puerta, ya sea para salir o para entrar. Al momento de preparar su comida pesa todo en ese rectángulo grande de metal en donde si pones algo encima salen unos numeritos en la punta. Raramente hay sobras de comida, siempre quedan sólo las cáscaras como residuos, lo cual no es mucho para mí, pero peor es nada.

Lo que más raro me pareció es que no duerme en la cama grande que está en su habitación, sino en la sala, en un sofá viejo con motas de moho.

Su ritual antes de dormir es cerrar todas las cortinas y puertas con llave, y ver a través del agujerito que tiene en su puerta de entrada, no sé qué mira, pero dura en esa posición mucho tiempo. Luego de eso va a unas ventanas donde se queda mirando el edificio de enfrente otro rato largo, después se dirige a su sofá y duerme. Esta rutina la hace todo el tiempo cuando llega del exterior a su apartamento.

En la mañana, su rutina es igual de curiosa: se levanta a las 7:00 por esa caja ruidosa que dice “¡Bip, bip, bip!”, luego va a esa habitación donde hay un objeto colgado en la pared que lo refleja en cada acción que

hace. Entré ahí una vez, seguía un olor fétido y al pasar junto a esa cosa colgante vi a otro igual a mi que parecía buscar el mismo origen de aquel olor, seguí buscando de dónde provenía ese olor fétido y con esa caja llena de papeles de olor putrefacto ya no lo vi, pensé que simplemente se había ido. Pero bueno, el hombre se mojaba todo el cuerpo en la ducha y cada cierto tiempo decía un número al azar, 1... 2... 3... 4... 5... 6... 7... 8... 9... y 10, sale de la ducha y del cuarto, envuelto en un manto blanco peludo.

Cuando vuelve a su dormitorio, saca del cajón gigante ropa y sale de nuevo por esa puerta principal, totalmente vestido contando otra vez hasta 10 para salir al exterior.

No come en las mañanas, solo toma algo de la caja negra que desprende un líquido negro humeante. Parece que ese líquido negro es vital para él pues lo toma todo el tiempo, desde que llega del exterior y a lo largo de la noche y mañana, diría que se toma unos 10 de esos al día.

Día 2

Paseando por la casa vi que tiene un rincón en su habitación lleno de plantas muertas, en estado de putrefacción, me paré sobre una de ellas y su sabor era exquisito, y yo que pensé que no había nada bueno que comer en este apartamento, las cáscaras de comida te empalagan demasiado rápido y como este tipo solo come fruta, papa y unas cuantas verduras, no hay una gran variedad. Las plantas tenían un sabor refrescante a toda esa comida empalagosa.

Día 3

Aquel sujeto me sorprendió esta mañana, seguía su rutina siempre sin excepciones, pero hoy en vez de contar hasta 10 antes de entrar, solo abrió la puerta y la cerró con prisa, se quedó mirando el hueco que tenía en su puerta un rato y volvió de nuevo a su rutina, solo que ahora con unas pequeñas variaciones, en vez de quedarse un rato largo en la puerta mirando se quedó mucho más tiempo mirando por la ventana, ahora no está quieto como siempre suele estarlo, está moviendo los dedos de una mano sobre la pared y mordiéndose las uñas de la otra mano. Después de un rato se echó en el sofá mohoso sin cambiarse y se durmió.

Día 5

Desde hace 2 días el hombre ha establecido una nueva rutina, bueno, no sé si decirle nueva, es esencialmente la misma solo que con unas 2 variaciones: su rutina en la mañana es la misma, se levanta con la ayuda de la caja ruidosa, se prepara para ir al exterior, toma su líquido vital negro y se va. La cosa cambia al volver del exterior, ahora mira muy poco tiempo del huequito de la puerta y se queda mirando más tiempo la ventana. Mucho más tiempo. Hasta que la otra caja no ruidosa que está sobre la mesa junto a su sofá marque la 1:00 y ahí finalmente se duerme.

Esta nueva rutina es tan malditamente molesta, porque aparte de que el hombre se queda despierto sigue con los mini soles enjaulados en cartón, prendidos, que los tiene por todo el apartamento. Es como si fuera de día todo el tiempo, aunque el sol no está en el exterior. Esto fastidia

totalmente mis horas de sueño, y sé que podría buscar otro rincón de la casa donde no llegue ese sol, pero justamente el lugar con el mejor suelo para dormir es en una esquina del sofá mohoso, ese lugar es tan refrescante y frío. Pero ahora, gracias a este tipo, es tan caliente y pegajoso por el sol de noche. La única ventaja de esto es que trajo bolsas grandes llenas de comida, ahora sí de gran variedad. Siquiera la comida de estos días ya no será solo empalagosa.

Día 7

Maldito hombre y su control de esos soles envueltos en cartón. Ya son 2 días que ya no va al exterior. Lo cual lo llevó a mirar más tiempo la ventana y, por ende, mantener los soles encendidos por más tiempo. No he tenido un sueño profundo en estos 2 días, los microsueños del día no compensan para nada.

Día 8

Es un hombre tan raro. Hoy vinieron otros de su especie e intentaron entrar, pero el hombre solo decía que no los quería ver y que se fueran. ¿Por qué rechaza a los de su misma especie?

¿Puede sobrevivir solo? Yo estoy más feliz ahora que más amigos vinieron, la pasamos genial entre nosotros, el mayor de ellos me enseñó cómo ligar con una hembra. Ya lo estoy poniendo en práctica, pero soy muy malo y ni una hembra me hace caso, me dice que es porque el olor que suelto no es lo suficientemente fuerte, debo comer más frutas para eso.

Día 9

Ya son 13 días desde que llegué y por fin ayer en la noche el hombre durmió sin los mini soles esos. Pude dormir profundamente por primera vez en 2 días.

Ahora su rutina ha cambiado totalmente. Ya no sale al exterior. Se la pasa en casa todo el día y ya no se baña para nada. Por eso ahora comienza a oler bien. Al momento de comer ya no lo mide en ese rectángulo grande de metal con numeritos, ahora solo pone todo en un plato y lo mete en esa caja de metal con botones a la derecha, presiona un botón y el plato dentro da vueltas encendiéndose un mini sol, después de un rato dice “¡Bip!” y se apaga. Aun sigue tomando ese líquido negro humeante, es lo único que toma en realidad. Durante el resto del día hasta la noche se la pasa frente a esa caja de luz blanca como la luz de la luna y presiona esos botones negros que dicen “¡Tac, tac, tac, tac!” Luego apaga esa caja y todas las luces. Se va a sentar al rincón de la sala que está al lado de la ventana y se la queda mirando al exterior toda la noche con su luz de luna en un tubo y en un cuaderno anota todo. Va 2 noches haciendo eso. No sé qué mira, solo hay un edificio al frente y ya. Lo bueno es que con esto nos deja dormir tranquilos.

Día 10

—¡Ya saben que sé! ¡Ahora intentan matarme! —gritó aquel hombre esta mañana. Me dio un susto tremendo, estaba comiendo las sobras de fruta hasta que saltó de su rincón y gritó eso. Bueno, no me importa lo que

haga mientras me deje dormir tranquilo a mí y a mis amigos, además, gracias a que solo está comiendo comida en lata, la comida a montones que trajo hace 14 días está en un estado de putrefacción exquisito. De paso estoy muy feliz porque hay más de nosotros. Algunos amigos ya lograron aparearse y sus huevos los ponen en las frutas más dulces y podridas. Yo aun no logro aparearme con ninguna hembra, pero pronto lo haré, lo aseguro.

Día 11

Ese hombre definitivamente comienza a dar miedo. Durante estos días no ha hecho otra cosa más que mirar la ventana y anotar todo en ese cuaderno que tiene. Ya van 3 cuadernos que ha llenado. Lo hace todo el día, sentado, mirando el exterior. Murmura y mira atrás todo el tiempo. Ahora nadie de su especie lo viene a ver, ya que la última vez que unos machos de su especie intentaron entrar, él les tiró un spray que les hizo llorar y arrastrarse por el piso.

Una hembra le viene a dejar comida en la puerta cada cierto tiempo y se va. Él no come, solo mira la comida y la bota. Lo cual es un alivio para nosotros ya que las sobras de comida que teníamos se comienzan a agotar, la mayoría está habitada por los huevos de parejas y de paso, los de mi pareja. Al fin logré aparearme. Ahora somos muchísimos más. Y parece que al hombre no le importa que seamos muchos, otros humanos que vi nos repudian con todo su ser. Este no.

Día 13

Parece que este hombre nos adora. Demasiado. Ya van como unos 2 días más o menos que dejó de comer y beber ese líquido negro. Solo está sentado frente a la ventana mirando al exterior. Totalmente quieto. Si no fuera porque escuchamos a veces como grita despavorido de la nada por quién sabe qué, pensaríamos que está muerto.

Algunos creen eso y quieren acercarse para comer, pero apenas nos acercamos nos aleja moviendo su mano. Bueno, no importa si no podemos acercarnos porque este hombre nos adora tanto que ya no defeca en ese cuarto blanco donde antes se duchaba. Ahora solo defeca en la otra esquina de la sala. Y vuelve de nuevo a sentarse frente a la ventana.

Día 14

La hembra que antes venía y dejaba comida vino hoy sin comida. Intentó entrar al apartamento, pero el hombre no la dejó, solo hablaron en el marco de la puerta. No entendí toda la conversación que tuvieron. Lo único que entendí es que la hembra le reprochaba que dejó de verla por su locura y que le preocupaba demasiado, le insistió en ir a un lugar llamado psiquiatra. El hombre la botó de su apartamento y le gritó que no volviera nunca más. La comida se está agotando.

Día 18

Este hombre de nuevo nos ha vuelto a molestar. Sus murmullos cada vez más se han vuelto gritos contra la ventana de cosas inentendibles, como que hay cosas que controlan la mente en la comida y el agua y que por eso las dejo o que si quita la vista de la ventana lo mataran, que todos del exterior quieren matarlo y demás incoherencias. ¿Cómo es que empeora cada vez que viene alguien de su especie? Vino una mujer bajita esta mañana que gritaba mucho más fuerte que el hombre. Y le gritó que el apartamento olía bastante mal y que los demás se quejaban. ¡¿Cómo se atreve a menospreciar este paraíso?! Para mis amigos y yo este lugar nunca ha oído mejor que ahora, es un paraíso, tenemos toda la basura que necesitamos y demás. De paso tenemos un manjar a nuestra disposición como lo son las heces. Y lo mejor es que el hombre nos adora tanto que no intenta echarnos con esas botellas rociadoras que matan o esas trampas pegajosas, en una de esas murió un primo, y escuché que es la peor forma de morir, te quedas atrapado y no puedes hacer absolutamente nada, solo esperar sentir cómo te vas muriendo de a poco. Morir a manos de otra especie como las arañas es horrible, igual sientes cada mordida. Por suerte no vi ni una en el apartamento. Otra mejor opción para morir es con esas botellas rociadoras que te matan de una sin dolor. Y la mejor forma de morir es claramente de forma natural, simplemente cumpliendo tu tiempo e irte. Espero cumplir mi ciclo así, viendo las condiciones en las que estoy, creo que será posible.

Día 20

Hoy por fin ha sucedido. ¡Tenemos un festín! El hombre ha estado tirado en el piso desde hace 2 días, no nos acercamos pensando que nos alejaría con su mano de nuevo. Pero alguien dio el paso y no le hizo nada, además, dijo que no sentía su respiración, eso quiere decir que...

¡ESTÁ MUERTO! ¡Qué felicidad ya no molestara a nadie con sus gritos incoherentes! Me abalancé rápidamente sobre el cuerpo que está de un color violeta. Qué hermoso color, sus ondas me atraen como un imán, y a los demás también que me siguieron y se avalanzaron hacia el cuerpo, un grupo se avalanzó hacia un lado de su estómago que estaba de color verde. Dijeron que era porque esa era la parte del cuerpo con mayor dulzor. ¿Será verdad?

Lo probaré más tarde. Ahora la parte que más he querido probar desde que lo conocí. Escupí mi saliva sobre su ojo, ahora está con una mancha negra gigante, esperé un momento y se volvió líquido la parte donde escupí. Ya está listo. ¡Hora de comer! Mi trompa succiona con gran rapidez todo ese líquido de descomposición. Su sabor es exquisito, no sé cómo describirlo, es algo totalmente nuevo, nunca probé un cadáver pero parece que se volverá mi nueva comida favorita.

CIUDAD DESCONOCIDA

(Guión)

Sergio Facio Balcázar

1 . CIUDAD DESCONOCIDA

Se muestra un panorama del cielo que desciende poco a poco, dando vista a la estatua de la libertad y el sur de Manhattan.

Poco a poco la toma se va acercando hasta dejar la estatua atrás.

2 . CALLES DE LA CUIDAD

La calle se muestra llena de gente caminando, todos con lugares a donde ir.

???

(Sorprendido) Entonces dices que un tipo con artefactos puede vencer a alguien con poderes

REX

Eso depende

???

Depende de que...?

3. PARQUE INFANTIL

Una madre juega con su hijo en un tobogán, el niño se desliza y logra bajar con éxito mientras sonrío.

La conversación sigue estando en off.

REX

A ver, si estamos hablando de una persona con artefactos tecnológicos avanzados tiene muchas más ventajas que un tipo con poderes. Los artefactos pueden darle una ventaja estratégica, además crear una gran variedad de herramientas según la situación.

???

¡Estás loco! El tipo con poderes podría acabar con él en un abrir y cerrar de ojos.
¿Qué va a hacer? ¿Usar un traje de metal contra alguien que puede volar o tiene fuerza sobrehumana?

REX

Sí, pero podría tener medidas de defensa para eso. Los artefactos le permiten tener múltiples opciones para enfrentarse a cualquier amenaza, mientras que un tipo con poderes tiene lo que tiene, y podría ser vulnerable a algo que no anticipa.

3. CAFETERÍA, MESA JUNTO A UNA VENTANA

Se muestra a REX del cuello para abajo, tiene una chaqueta de color verde musgo, una camiseta blanca con un logo y unas gafas de vuelo grandes de color café, mientras que el otro personaje no se deja ver debido a la posición de la cámara, en la mesa, un lado tiene un vaso de jugo verde y el otro un perro caliente a medio comer

???

Lo dudo. A menos que tenga una suerte infinita de encontrar la debilidad del tipo con poderes, no veo cómo se defendería contra algo como un ataque físico brutal. El tipo con poderes puede cambiar las reglas del juego en cualquier momento. Un golpe bien dado y adiós armamento.

REX

No subestimes la astucia de un genio con recursos ilimitados. Si un tipo con poderes puede ser derrotado con una debilidad específica, el genio puede encontrarla y explotarla. Además, si tiene tecnología para curarse o repeler esos ataques, entonces la pelea nunca tendría un veredicto claro a menos que el tipo con poderes tenga algo más fuerte que su capacidad física.

En eso, una alarma suena del bolsillo de REX, es un aviso de un nuevo trabajo, hay que capturar a un nuevo objetivo, la información no es clara y es muy general, pero aun así ofrecen mucho por la captura.

REX

Bien, dejemos la charla para después, parece que tenemos trabajo.

???

Si claro, solo evitas decir que tengo razón.

REX

JA! Como si eso llegara a pasar.

REX deja dos billetes en la mesa y los dos amigos salen de la cafetería, uno detrás del otro. Primero sale REX, revisando su teléfono. Detrás de él, sale el personaje que no se deja ver, exceptuando su cabello que es de color azul.

En la entrada de la cafetería, REX se pone sus gafas de vuelo y se agacha para tomar una posición de impulso, a su vez se ve como este lleva en su espalda una mochila, la cual empiezan a salir unas alas y un propulsor.

A medida que avanza la acción, el enigmático personaje comienza a trepar por la espalda de REX. Desde la mochila de REX emerge un soporte especial, que el misterioso acompañante utiliza para asegurarse en una posición estable. Poco a poco, descubrimos que este intrigante personaje es un PERRO su pelaje es blanco como la nieve, tiene orejas largas, guantes blancos, una cola alargada y un hocico ligeramente prominente.

El propulsor se enciende y ambos, tanto REX como PERRO salen disparados hacia el aire debido a la fuerza del despegue.

NARRADOR

“Ni héroes ni villanos... Solo gente que vive para cobrar lo que otros no se atreven a reclamar. Persiguen criminales, bestias y, a veces, almas inocentes. Pero no preguntan por el porqué. Solo por el cuánto.”

4 . CALLE DIFERENTE

Se observa a alguien corriendo, pasa muy deprisa como si estuviera escapando de algo.

La figura se muestra de complexión femenina, se la escucha muy agitada debido a que lleva corriendo por mucho tiempo, a lo lejos logra ver un callejón oscuro.

La chica se esconde ahí para no ser vista por aquello que la persigue.

Al sentirse a salvo, la chica empieza a adentrarse más hacia el callejón con prisa.

5. CIELO

Nuestro dúo, desde las alturas, sigue el rastro de su objetivo.

PERRO

¿Bien, de qué se trata esta vez?

REX

No estoy seguro, no hay especificaciones claras de que o de quien pueda tratarse, pero ofrecen 500,000 dólares.

PERRO

¡Es de categoría “Halcón” !, entonces tendremos competencia para atraparlo.

REX

Lo dudo, según el último reporte, se lo vio por East New York en Brooklyn, es una zona tranquila así que no habrá problema.

6. CALLEJÓN – ENCUENTRO

La figura femenina, ANNA, se adentra en el callejón. De repente, un rugido gutural retumba. La cámara se mueve rápidamente para revelar a la criatura que la persigue: un ser grotesco con múltiples extremidades, piel cubierta de púas y ojos brillantes.

ANNA se encuentra atrapada en el callejón, escuchando el rugido de la bestia que la persigue. La cámara muestra sus manos temblorosas mientras murmura un hechizo, creando una tenue luz mágica que la rodea. Aún no está segura de usar toda su magia; parece indecisa, como si temiera algo. Justo cuando parece que todo está perdido, una sombra pasa volando sobre ella.

Desde el cielo, REX y PERRO localizan su posición. En la pantalla de REX, el objetivo aparece marcado con un punto rojo. La figura de ANNA encogida en la penumbra coincide con la ubicación del objetivo.

REX

(Mirando la pantalla) Parece que ahí está nuestro objetivo. Una chica, según veo.

PERRO

(Acomodándose las orejas mientras camina sobre dos patas en el borde de la mochila) Perfecto. Porque no hemos tenido suficiente drama con mujeres últimamente.

Recuerdas la última vez...

REX

(Bromeando) Ja. Claro, esta vez será sencillo

REX aterriza en el callejón, las alas de su mochila se retraen con un zumbido metálico. ANNA se da la vuelta, levantando una barra metálica instintivamente. El aire del aterrizaje revela por primera vez su rostro, mostrando a una joven con el cabello desordenado y ojos azul oscuros llenos de temor.

REX

(Sorprendido pero tranquilo) ¡Hey, hey!
¡Baja la guardia, no vinimos a hacerte daño!

PERRO salta al suelo desde la mochila, caminando en dos patas con paso decidido. Se ajusta su par de guantes blancos mientras observa a ANNA con un aire de superioridad.

PERRO

(Sarcástico, cruzando los brazos) ¿Esta es la gran amenaza? No parece más peligrosa que un truco de feria.

ANNA

(Frustrada, mirando a REX) ¿Quiénes son ustedes?

REX no responde de inmediato. PERRO camina alrededor de ANNA con las manos en la cintura, olfateándola como si evaluara una mercancía. ANNA da un paso atrás, confundida por el comportamiento inusual del PERRO.

PERRO

(Apuntando con un dedo como si fuera un detective) Hmm... huele a problemas.

ANNA

(Molesta) ¡¿Es un perro que camina en dos patas?!

PERRO

(Ofendido, colocando las manos en las caderas) ¡Perro, sí! Pero soy mucho más que eso. Así que recuérdalo niña.

REX

(Suspira, interrumpiendo) Mira, no me importa lo que hayas hecho, pero alguien pagó mucho dinero para traerte con vida.

(Confundida) Pero, yo no soy el monstruo que buscan.

(Antes de que puedan responder, un rugido ensordecedor sacude el callejón. La criatura finalmente aparece: un monstruo grotesco, con ojos rojos brillantes y garras afiladas que reflejan la tenue luz del exterior.)

El rugido de la criatura sacude el aire, su aliento humeante parece calor infernal. El callejón se convierte en un campo de batalla, con escombros cayendo mientras la bestia destroza todo a su paso. ANNA, temblando, intenta mantenerse a salvo mientras REX y PERRO se enfrentan al monstruo con todo su arsenal.

La criatura avanza hacia ANNA, ignorando los disparos de REX. PERRO se mueve con agilidad sobre dos patas, distrayendo al monstruo con burlas mientras salta entre los escombros.

REX

(Gritando) ¡No podemos dejar que alcance a la chica! ¡Cubre su retaguardia!

PERRO

(Sarcástico, mientras esquiva un golpe) Claro, jefe. Porque no tengo suficiente trabajo aquí con "Godzilla".

El monstruo lanza un zarpazo masivo hacia PERRO, que se desliza por el suelo y golpea al enemigo en la mandíbula con una llave inglesa sacada de su mochila.

ANNA

(Desde su escondite) ¡Eso no servirá! ¡Es demasiado resistente!

REX

(Girándose hacia ella) ¿Qué sugieres, entonces? ¡Habla!

ANNA parece indecisa, sus ojos brillando con miedo y una pizca de determinación. Antes de que pueda responder, el monstruo golpea una pared cercana, haciendo que cascotes caigan sobre ANNA. REX salta hacia ella, activando su escudo para protegerla.

REX

(Frustrado) ¡Necesitamos algo que funcione ya!

PERRO coloca un dispositivo explosivo en una de las patas traseras del monstruo. La detonación lo tambalea, pero el daño es superficial.

PERRO

(Resoplando) Esto va a ser más complicado de lo que esperaba.

El monstruo, enfurecido, lanza un rugido ensordecedor y libera un pulso de energía que derriba a REX y PERRO. ANNA, viendo que están en peligro, cierra los ojos y murmura un hechizo en voz baja. Círculos mágicos aparecen a su alrededor, y un resplandor azul ilumina la escena.

ANNA

(Con voz trémula) ¡Aléjate de mí!

Una ráfaga de energía mágica surge de ANNA, empujando a la criatura varios metros atrás. REX y PERRO se levantan, sorprendidos por el despliegue de poder.

PERRO

(Con una sonrisa) Bueno, bueno, parece que la chica tiene algunos trucos después de todo.

REX

(Serio) ¿Qué demonios eres?

ANNA no responde. En su lugar, avanza hacia el monstruo, que ya se está recuperando. Levanta las manos, invocando cadenas mágicas que emergen del suelo y atan a la criatura. La bestia lucha con fuerza, rompiendo una de las cadenas rápidamente.

ANNA

(Gritando) ¡No puedo mantenerlo mucho tiempo! ¡Hagan algo!

REX se lanza hacia adelante, activando su cañón láser, y dispara directamente al pecho del monstruo. PERRO corre en círculos alrededor de la criatura, lanzando pequeñas granadas adhesivas que explotan con fuerza moderada, buscando puntos débiles en su armadura ósea.

REX

(Gritando mientras dispara) ¡Mantén esas cadenas firmes!

El monstruo se sacude violentamente, rompiendo más cadenas. ANNA cae al suelo, exhausta, mientras la criatura se libera por completo y rugue con más furia que nunca. PERRO se acerca a ANNA y la ayuda a ponerse de pie.

PERRO

(Suave, pero con sarcasmo) Vamos, bruja. No puedes quedarte fuera del juego ahora.

ANNA asiente, reuniendo fuerzas mientras REX intenta contener al monstruo por su cuenta. Saca una esfera luminosa de su bolsillo, un artefacto mágico que parece pulsar con energía inestable.

ANA

(Determinado) Esto debería funcionar...
pero necesito que lo distraigan.

PERRO

(Sonriendo) Eso podemos hacerlo.

PERRO y REX coordinan un ataque. REX dispara ráfagas de láser para atraer la atención del monstruo, mientras PERRO utiliza su agilidad para escalar una pared cercana y saltar directamente a su lomo. Desde allí, coloca un dispositivo en la base de su cuello, que emite descargas eléctricas.

REX

(Gritando) ¡Ahora, chica!

ANNA lanza la esfera directamente hacia la boca abierta del monstruo. El impacto genera una explosión mágica que ilumina todo el callejón. La criatura cae al suelo, inmóvil.

7. LUEGO DEL COMBATE

El callejón está impregnado de un aire pesado, la batalla ha dejado un rastro visible: el monstruo yace derrotado, descomponiéndose rápidamente en una masa viscosa. El suelo está cubierto de esta sustancia, y el estrépito de la pelea comienza a desvanecerse.

REX guarda las armas con calma, sin apresurarse. PERRRO, erguido sobre dos patas, comienza a sacudirse la suciedad del pelaje con un movimiento característico, como si estuviera liberándose de toda la tensión de la pelea. A pesar de su postura humana, su actitud sigue siendo la de un animal: inquisitivo y alerta.

ANNA, por su parte, está inmóvil, observando lo que queda del monstruo. Ha estado quieta, observando el resultado de la lucha. A pesar de estar agotada, hay algo en su mirada que refleja no solo cansancio, sino también una intensidad interna. Es como si estuviera midiendo la magnitud de lo que acaba de vivir, evaluando el camino que se le abre ahora. El viento sopla suavemente, arrastrando pequeñas hojas y partículas por el suelo.

REX

(Finalmente, después de un largo silencio, con la voz grave y firme que siempre lo caracteriza, mira a ANNA mientras guarda su pistola.)

Bien, ahora que todo está bajo control...
¿quién eres?

ANNA lo observa en silencio durante unos segundos. No hay miedo en su mirada, solo una profunda contemplación. Hay algo indescifrable en su expresión, algo que no se puede leer a simple vista.

A lo lejos, la ciudad sigue su curso. Los coches pasan por la calle principal, y el bullicio parece tan distante en este rincón oscuro de la ciudad.

ANNA

(Con voz firme, pero tranquila, como si ya tuviera esta conversación ensayada en su mente. Da un paso hacia adelante, lo suficiente como para quedar en una posición más cercana a ellos.)

Me llamo ANNA. Y quiero ir con ustedes.

La palabra “quedarme” resuena en el aire. No es una petición ni una súplica. Es una afirmación. Una decisión tomada en el calor del momento, aunque nadie lo esperaba.

REX y PERRO intercambian una mirada cargada de sorpresa y desconfianza.

PERRO

(Con una ligera sonrisa burlona, levantando una ceja, sin perder la postura erguida que tanto le caracteriza, como si no pudiera comprender del todo la gravedad de la situación.)

¿Ir con nosotros? ¿Por qué?

Toma un paso hacia ella, escaneándola con la mirada. Su tono es reticente, pero hay algo de curiosidad en su postura.

Está acostumbrado a tratar con gente que se acerca buscando ayuda, pero ANNA tiene algo diferente, una confianza inusitada que lo intriga.

ANNA

(Sin vacilar, manteniendo la calma mientras cruza los brazos ligeramente, mostrando determinación.) Esa criatura... no vino por casualidad. Quien la envió tiene motivos más oscuros de lo que imaginas. No lo entiendo completamente, pero no fue un ataque aislado. No es solo por mí. Después de lo que vi... sé que lo siguiente pueden ser ustedes. O peor... la próxima vez, no habrá monstruos a los que enfrentarse. Habrá algo peor, algo que no pueden imaginar. (ANNA hace una pausa, parece perderse por un momento en sus pensamientos, pero rápidamente regresa a la conversación.) No es solo una bestia. Es solo el principio. Y si me quedo aquí, lo que vendrá... lo que ellos quieren... puede ser más grande que cualquiera de nosotros. Necesitan a alguien que entienda lo que está pasando.

El tono de ANNA se vuelve más sombrío, más serio. Se nota que no está hablando solo por hablar, sino que

hay un conocimiento, una conciencia que proviene de algo más profundo.

El peligro está más cerca de lo que parece, y ANNA está tratando de advertirles. No es solo que se haya unido para sobrevivir, sino que tiene una comprensión visceral de la amenaza que enfrentan.

REX y PERRO la observan, y aunque no muestran miedo, hay un atisbo de respeto en sus gestos.

REX

(Mirando a ANNA, la evaluación en su rostro es evidente. No es un hombre de muchas palabras, pero sabe cuándo alguien es una amenaza o no. ANNA, por la forma en que habla, no es una simple civil. Ella sabe lo que está en juego. Respirando hondo, como si estuviera tomando una decisión difícil.) (Resignado) Bien. Si te unes a nosotros... hay reglas. No hay vuelta atrás, no hay promesas de seguridad. Lo que hacemos no tiene filtros. Nos enfrentamos a lo peor y a veces no salimos indemnes. Tú, como todos, eres responsable de tus propias decisiones. Si te caes, no te vamos a levantar.

ANNA asiente. Su rostro sigue firme, sin titubeos. Ya ha hecho su elección.

PERRO

(Con un tono más juguetón, pero también de alguna manera provocador, da un paso hacia ella, mirándola con una sonrisa descarada.) Claro, y la primera regla es que no toques mi comida. Eso es no negociable.

A pesar de la broma, hay una especie de advertencia en su tono, como si, aunque todo parezca relajado, las reglas del grupo son claras.

ANNA sonríe levemente ante la broma, más por la forma en que PERRO la dice que por la naturaleza de la advertencia. Es claro que se está adaptando a la situación, y un atisbo de alivio se asoma en sus ojos. Puede ser que, en este mundo extraño y peligroso, las pequeñas cosas como un chiste sean lo único que mantenga a las personas cuerdas.

ANNA

(Sonriendo, aunque con una leve exhalación de frustración, como si la situación la divirtiera y la desconcertara a la vez.)

No te preocupes, no estoy interesada en tu comida. Pero, ¿qué pasa con ustedes?
¿Siempre son así?

ANNA deja que la pregunta se asiente en el aire mientras observa a ambos. A través de sus pala-

bras, se puede ver cómo está tratando de comprender sus personalidades, como si ya estuviera buscando un espacio para encajar entre ellos. Se toma un momento para observar a REX y PERRO, quien la mira desde arriba con su típica mirada desafiante.

PERRO

(Con un brillo travieso en sus ojos, como si disfrutara del desconcierto que ANNA muestra al tratar de entenderlos.) Eso depende del día. Aunque te diré algo, ANNA... la vida con nosotros no es fácil. No es todo batalla, pero tampoco es todo relajación. (A mitad de su frase, PERRO se encoge de hombros y hace una pequeña mueca con su cara, como si se estuviera divirtiendo en el proceso de explicar algo tan obvio para él.) Tenemos reglas, como en cualquier trabajo. Y en este trabajo, nadie es demasiado especial como para no seguirlas. Así que, ¿estás segura de que quieres unirse a este caos?

ANNA

(Observando a ambos, parece reflexionar un momento antes de responder, como si estuviera midiendo las palabras cuidadosamente. Finalmente, la decisión está tomada.) Sí, estoy segura. De hecho, creo que ustedes necesitan ayuda. No pueden

enfrentarse a lo que viene sin saber lo que está por pasar. Y si me quedo, puedo ofrecerles algo más que solo ser un estorbo. Sé lo que están buscando. Tengo algo que puede ayudarlos... aunque no tengo ni idea de qué harán con eso.

ANNA habla con un tono que se mezcla entre la seriedad y la incertidumbre, pero la determinación nunca desaparece. Ella sabe que su habilidad puede ser la clave para que todos sobrevivan, pero también comprende que los demás pueden no aceptar su ayuda tan fácilmente. Sin embargo, su expresión es la de una mujer que no se detendrá hasta saber si tiene un lugar en este mundo destrozado.

REX, quien hasta este momento ha permanecido algo distante, da un paso hacia ella, levantando la mirada por encima de sus gafas, como si finalmente estuviera tomando la medida de ANNA.

REX

(Con voz grave, pero ya sin la barrera de desconfianza que antes tenía.) Bien. Si estás dentro, entonces no hay marcha atrás. Tienes tu lugar, pero eso implica que seas parte de todo lo que hacemos. No hay espacio para dudas ni para vacilaciones.

REX asiente levemente hacia ella, como señal de acep-

tación. ANNA sonrío de nuevo, esta vez con más confianza, como si finalmente hubiera encontrado algo que la hace sentir que está en el lugar correcto.

PERRO

(Sonríe con una mueca, añadiendo con una última broma.) Y la segunda regla: no te metas en mi espacio. Es sagrado.

ANNA se ríe abiertamente ante el comentario de PERRO, y por un momento, el trío parece haber encontrado una especie de equilibrio en medio de todo el caos.

El ambiente ahora tiene una calidad diferente. Ya no se sienten como enemigos o completos desconocidos. El silencio ha desaparecido, y lo que queda es un sentido tácito de entendimiento.

Como si, a pesar de todo lo que han enfrentado, se estén preparando para lo que vendrá juntos. La cámara se aleja lentamente, mostrando al trío caminar hacia la oscuridad de la ciudad, listos para lo que les depare el futuro.

NARRADOR

(Con una voz profunda y reflexiva, mientras la cámara los sigue en su marcha.) “En un mundo donde los monstruos son solo el principio, alianzas inesperadas pueden ser la diferencia entre sobrevivir... o caer.”

La cámara se aleja lentamente, y el grupo desaparece en la distancia mientras las luces de la ciudad titilan a lo lejos, acompañados solo por el sonido de sus pasos.

MACHACANI

Nathalia Fernández Zeballos

Querida hija:

Escribo esto con esa bonita puntabola que me regalaste hace años y sobre un papel viejo que encontré de antes de jubilarme, con la intención de que nunca nos olvidemos.

Sé que ahora estamos lejos, pero quisiera contarte algo de suma importancia. Estos últimos meses me he dado cuenta de que estaba decaído, aunque no sé exactamente por qué. Ayer, tu abuela me recordó que era Todos Santos, y me di cuenta de que lo había olvidado. Y como hoy, creo que ha estado pasando bien seguido y tengo miedo a que, cuando nos veamos la próxima vez, no pueda reconocer tus ojos.

Sé que hay cosas que no podré olvidar, como nuestras tardes chupando mandarina y recogiendo café, cuando prendías la radio para que escucháramos esos tangos argentinos que tanto me gustan, las veces en las que te agarré la mano cuando te dolía la panza porque te habías acabado una caja entera de chocolates, y las otras en las que tú me sostenías porque mi esqueleto ya no tiene las suficientes fuerzas para levantarse de la cama.

No quiero vivir con miedo, casi nunca he sido así, pero sabes que hombre precavido vale por dos. Es por eso que decidí dar todas mis energías, escribirte y dejarte este papel que te servirá para que no te olvides de mí y yo tampoco. Mi principal objetivo es contarte qué

hacía de chico, allá en mi pueblo, mi linda Ayata, que estaba tan pero tan lejos, que para ir a la ciudad eran 3 días en burro. Esto es importante para que nunca olvidemos de dónde vengo y todo lo que aprendí.

Los días cuando era chico no eran los mejores. Me recuerdo que en mi casa éramos 5 hermanos y que no teníamos mucha plata. Vivíamos en un cuartito chiquito con paredes de adobe que habíamos hecho nosotros, dormíamos sobre bolsas rellenas de todo tipo de hojas. El techo era de paja, a veces estaba mal acomodada y en los días de lluvia mi cabeza se mojaba. Recuerdo que el hambre tocaba la puerta todos los días, era difícil hacer frente, pero no había de otra que abrirle. También existían los días en los que mis papás traían harta comida y no nos querían dar. Ellos estaban gordos, así que nunca supe diferenciar si no tenían plata o eran unos miserables y se lo comían todo ellos solitos. También sabía que mi madre nos odiaba. “La loca de la Corina” le sé decir, una mujer mala, mala. Pero, ¿por qué te estoy contando esto? Es porque a finales de año había un día donde la panza se me hinchaba de tanto comer, como perro con gusanos siempre, y las noches que dormía sobre las hojas de plátano ya no eran tan frías. Todos Santos le dicen.

El primero de noviembre era bien esperado en mi casa. Más bien nadie se nos había muerto y mis papás no querían recordar a mis abuelos. Así que grave me sé festejar con mis hermanos cuando alguien se moría ese año. Obviamente todos le festejábamos menos el muerto, parece un chiste de mal gusto, pero así siempre era. Cuando alguien en el pueblo se moría, en aimara se le decía *machacani*, alma nueva significa, y se le tenía

que festejar durante el primero, segundo y tercer año de fallecido. El primer año tenía que ser la fiesta más grande, era una forma de la familia de mostrar su luto y amor al alma, y ya luego los otros años todo era más y más pequeño hasta que dejaban de festejarle, pero nunca se olvidaban.

A esta alma se le tenía que hacer un ritual. Iniciaban preparando toda una semana antes. La familia se reunía y cocinaban. Un quintal de harina sabía comprar y el panadero duro le trabajaba, porque en esos tiempos un horno nomás había y teníamos que compartirlo entre todo el pueblo. Las doñas todo el día le hacían fila con sus masitas crudas. Me recuerdo bien que había chicharrón, harta masita, hacían *tantawawas*, *urpillitas*, *mistisos* y llevaban fruta, harta naranja, y no podía faltar las jarras con chicha, un festín. Luego todo eso lo ponían en una mesita. El mantel tenía que ser negro, y en cada pata de la mesa amarraban con pita una caña de azúcar. Todavía puedo oler el dulzor de la caña, como si el alma del fallecido estuviera presente.

Cuando ya había pasado mediodía, sabían meter todo en una caja y se iban directo al cementerio. Era una subida terrible, uno cansado llegaba y, una vez que estabas en el nicho, encima de este le armaban la mesita y se ponían a comer con el muertito, bien bonito.

Pero más bonito era cuando con mis hermanos ya veíamos que estaban todos entrando al cementerio. Nos alistábamos con nuestras mejores ropas y comenzábamos a rezar y cantar, eso ya era tradición. Los más chicos iban de nicho en nicho cantando y rezando. Era bien chistoso porque yo apenas había aprendido, en aimara tenía que cantar, y a veces macanas sabía decir y me

reñían. Pero nada de eso importaba porque, a cambio, las familias tenían que darnos comida. Pucha, no sabes todo lo que nos daban. Me recuerdo que en un sacancho gigante nos llevábamos el pan que habíamos recolectado. Ahí he descubierto mi amor por el chicharrón con mote y las cauquitas.

Apenas nos íbamos para disfrutar el festín que nos habíamos ganado, todos en el cementerio empezaban a chupar, toda la chicha se la tomaban, parecía que su estómago no tenía fondo, porque hasta el amanecer estaban, bailaban unos sikuris, tocaban el bombo y la quena durante horas, hasta el punto de desmayarse siempre, unos tigres eran, grave.

Y así festejaba Todos Santos, yo era bien feliz la verdad, no había nada más tranquilizador que el no tener que preocuparse por comer algunos días y que mis papás no anden molestando y quitándonos lo poco que conseguíamos.

Hasta que un año me empecé a cuestionar cosas, no sé por qué nunca he podido olvidar la reflexión que te voy a contar ahora, pero algunos días vuelve a mi cabeza y me quedo ahí, tratando de entender, tal vez tú lo entiendas, eres bien inteligente, con eso de que ya estás en la universidad, obviamente le vas a ganar a tu abuelo en razonamiento.

Cuando empecé a ir al colegio y a duras penas aprendí a leer, sentía que se me abría un nuevo mundo, nuevos pensamientos, quería llenarme de nuevo conocimiento. La macana es que ni para mis libros tenía, pero un día un amigo de mi hermano estaba regresando de la ciudad, fuimos a visitarlo a su casa y vi que había traído hartas cosas, pero de ahí solo me interesó un periódico

arrugado que estaba al fondo de su *q'epi* con todas las ganas y molestando a todos, logré que me lo dieran. No tienes idea de cuántas veces lo leí, una y otra vez, era un periódico fundado por la iglesia católica, decía cosas bien interesantes sobre lo que pasaba en la ciudad y cosas de las que no estaba de acuerdo sobre sus creencias, pero aun así yo estaba chocho. Hasta que un día mi mamá (¿te acuerdas que te dije que era mala?) yo creo que me vio leerlo y esa misma tarde lo estaba utilizando para poder prender la leña y hervir el agua. Creo que fue la primera vez que sentí que me rompían el corazón.

Al día siguiente, mi hermano me encontró llorando debajo de un árbol de mandarina, él nunca había sido alguien cariñoso, ni expresivo, pero ese día creo que me entregó el primer acto de amor que me habían dado en mi corta edad. Me dijo: “*Llokalla* de mierda, dejá de llorar, el Pedro cada vez que venga de la ciudad te lo va a traer un periódico, ya hemos quedado, nomás que lo tienes que ocultar bien, que los papás no se enteren” y luego se fue. Recuerdo que lo siguiente que hice fue ir al río a lavarme la cara pasposa que me traía para que mi mamá no me suene, estaba feliz.

Fue pasando el tiempo y se hizo otra vez Todos Santos y yo, como siempre, emocionado a la espera de todas las cosas ricas que me iba a zampar. Llegamos con mis hermanos al cementerio, estábamos a punto de empezar a rezar y, de la nada, me empecé a sentir muy incómodo, mis manos se adormecieron y mi estómago se hizo un nudo, no sentía correcto lo que estaba haciendo. Recuerdo que en el primer rezo no pude soportar más la situación y salí corriendo hacia el árbol más cercano y vomité, me faltaba el aire y necesitaba respirar.

Recuerdo que todavía podía sentir el sabor amargo del vómito en mi boca, mezclado con la tierra, la sombra no alcanzaba para quitarme la calentura de la cara, ni la horrible sensación en mi pecho, como si algo me estuviera apretando por dentro. Fue ahí, tirado en el piso, viendo el cielo, bajo la sombra y mis pies sintiendo la tierra, que entendí lo que estaba pasando. Lo primero que vi esa mañana fue la inmensa cantidad de comida sobre la mesa, parecía que brillaba igual que los ojos deseosos de mis hermanos. Tragué un poco de saliva y empecé a sentir cómo mi boca estaba aguanosa por el hambre. Inmediatamente vi el nicho debajo de la mesa y no pude evitar asociarlo con la carne de las personas ya consumidas por la tierra y los gusanos, con los huesos pálidos y el inminente olor a muerto. ¿Cómo era posible que disfrutáramos de algo tan grotesco? ¿No era que los muertos nos estaban alimentando ese día? ¿Yo no me alegraba todos los años que se murieran? Como las personas se llenaban de excesos, tanta comida y alcohol, parecía que disfrutaban de la muerte. Durante toda mi vida había estado dependiendo de los muertos, no solo dependía de la comida que me daban, sino de la esperanza, de poder sobrevivir otro día más.

El festín era como un regalo que no sabías quién te lo daba realmente, ¿era doña Julia o el recuerdo de su difunto esposo? En ese momento me tembló todo el cuerpo de solo pensarlo. Sabía que ya había pasado mucho tiempo porque a lo lejos ya se escuchaba el sonido de las quenas deleitando los oídos de todos. Apoyé mi cabeza entre mis brazos y me puse a pensar que nunca había visto lo que hacían los adultos en

el cementerio, por lo que decidí quedarme a observar cómo iba todo dentro y me escabullí como ratón detrás de una mesa.

Durante horas, vi cómo las personas no solo estaban festejando, estaban devorando, tragando sin pensar. Todavía recordarlo me asusta un poco, no como las películas que ves ahora, sino el verdadero miedo, un miedo a los vivos. Sus caras estaban brillando por el sudor de tanto bailar, las manos temblorosas mientras agarraban sus jarritos llenos de chicha, la boca llena de pan y los labios con restos de miga y la punta de los dedos grasosas por agarrar el chicharrón. Comíamos lo que ellos no podían, bailábamos lo que ellos ya no disfrutaban y nos emborrachábamos como si el alcohol pudiera borrar todo lo que sufríamos todos los días. Los excesos eran para olvidar que algún rato seríamos nosotros los que estaríamos debajo de esa mesa, alimentando a los que se quedarán, como si la muerte fuera un carnaval, el momento justo para soltar todo lo que durante el año habíamos guardado dentro.

Me recuerdo que pensé en algo que alguna vez me había dicho mi papá en las pocas veces en las que hablamos: “La tierra siempre devuelve lo que le das”. Esa vez estábamos sembrando cebolla y cuando lo decía, lo decía con una certeza que no necesitaba explicación alguna, era claro, la tierra no olvida, la tierra nunca olvida, nos da todo, el maíz, el trigo, las naranjas, las papas que crecen debajo de la tierra, que meses antes habíamos trabajado con tanto esfuerzo y con nuestras propias manos.

Pero lo que no me dijo esa vez es que la tierra también se come lo que ya no sirve. Se come lo que ya

no tiene vida, lo que ha dejado de ser útil, se lleva los cuerpos y deja las almas, y no solo se los lleva, sino que se los traga con una calma absoluta, como si supiera que los muertos no tienen prisa ni necesidad, no tienen miedo, se los lleva con la misma calma con la que brotan las semillas.

Lo que me dolía en ese momento no era tanto la muerte, ni los borrachos ni los excesos de la fiesta, era la amarga conclusión a la que había llegado, algo que tal vez te suene un poco exagerado, vas a pensar que tu abuelo es un loco, pero lo entendí en carne propia, que nuestras esperanzas, nuestras verdaderas esperanzas, estaban enterradas con ellos. Todos los años celebramos a los muertos con devoción, con ese pequeño anhelo de que sus recuerdos nos den fuerzas para seguir adelante, como si la memoria de lo que fue nos alimentara. Los muertos siguen brindándonos distintas cosas, lo que se siente: comida, consuelo, un poco de paz entre tanto caos. Pero la verdad es que seguimos con hambre, no solo hambre de pan, sino hambre de algo más profundo, algo que no se puede tocar ni ver, algo que nunca llega. Es como si viviéramos esperando que se nos dé una respuesta, la clave para salir de esta miseria, y aunque celebremos con toda la intensidad que podamos, como si eso pudiera cambiar algo, la pobreza sigue ahí, respirándonos en la nuca, pegada a nosotros como una sombra que nunca se va. Lo que realmente necesitamos para salir de este círculo de desesperanza sigue sin aparecer y, mientras tanto, la vida pasa, la tierra nos devuelve lo que le damos, y nosotros seguimos buscando algo que parece escaparse entre los dedos. Recuerdo que sentía que mi cabeza

estaba llena de ideas, pensamientos que me apuñalaban constantemente, recuerdo muy bien que ese día no pude dormir.

Esa noche tuvo un impacto muy grande en mi vida, creo que todo lo que paso se debía a que empecé a ver con otros ojos las cosas que hacía, creo que en realidad es la primera vez que me vi realmente, también estoy seguro de que mi pensamiento cambió porque leía har-to los periódicos y me daba cuenta de que había una vida más allá de esas montañas y las frías paredes de adobe, donde el frio no traspasaba los huesos. Yo sabía que me merecía una vida mejor, una vida sin tanto sufrimiento, y que eso probablemente requeriría de todas mis fuerzas, por eso, a una corta edad, no volví a festejar Todos Santos. Me hice una promesa, la próxima vez que festeje, lo haría cuando yo tenga la oportunidad de hacerme mi propia comida, de armar mi propia mesa y festejar a mis propias almas y no tenga la necesidad de ir mendigar. Fue muy complicado. Mis hermanos se molestaban conmigo esas fechas, no solo parecía un *llokalla* chinchoso y obstinado, sino que ellos rebajaban su ración de comida y eso no era motivo de festejo.

Logré crecer, acabé el colegio, apenas se me dio la oportunidad me alejé de mis padres y me fui a la ciudad. Ahí descubrí que me gustaba tocar la guitarra, aprender de leyes y tomarme unos tragos con mis cuates. En la misma ciudad, un día de festejo, la vi caminando a tu abuela y yo sabía que mi vida, esa vida que tanto soñaba, recién estaba empezando. Los años fueron pasando y volví a festejar Todos Santos. Ya había nacido tu tía, encontré trabajo y tu abuela ya iba a acabar la universidad. Era la primera vez que, después de tanto tiempo,

era capaz de cocinar un plato generoso para mi familia y era mío, fruto de mi esfuerzo, desde ese momento armaba mi mesita como había aprendido, lleno de tradiciones, es por eso que se lo enseñé a mis hijos y, con los años, pude recibir a mis papás y mis hermanos, a mis dos perritos y amigos cercanos, para que sus almas nos acompañen dentro de la comodidad.

Es por eso que te escribo esto, hija, no es para que te olvides de nuestras tradiciones, ni para que desprecies lo que los muertos nos dan, sino para que entiendas que también hay que construir cosas nuevas. Preferiría morir a pensar que tus hijos vivan de la caridad de los muertos porque no tienen de otra, ellos no están para eso y tú tampoco. Quiero que uses sus enseñanzas para que, cuando pongas tu propia mesa de Todos Santos, sea por amor y no por necesidad. Porque al final, siempre ha sido así, la vida y la muerte son un ciclo. Lo que los muertos nos dejan es valioso, pero lo que hacemos con eso es todavía más importante. Y creo fielmente que, si sabes recordar, no solo estás mirando atrás, sino también adelante.

Con todo el amor,

Tu abuelo.

A QUIEN CORRESPONDA

Ubicación desconocida, 28 de noviembre de 2029

Luciano D. Jauregui Oporto

Es muy curioso cómo nadie está consciente del principio de su existencia, si bien nos lo preguntamos, tratamos de darle sentido y filosofamos. Solo somos una insignificancia si nos comparamos con un todo. Aunque prefiero pensar que mi existencia comienza a tener sentido con mi nombre Ian, un nombre breve, sencillo pero lleno de significado para el que me lo dio. Aunque me gusta pensar que soy mucho más que eso, con el tiempo los nombres se desvanecen, pero las historias permanecen. Esta, sin embargo, no es solo mi historia, es la nuestra.

Desde que tengo memoria, mi propósito siempre ha sido ayudar a los demás. Nunca supe hacer otra cosa, y tal vez por eso lo hice con devoción. Escuchar, responder, resolver problemas, brindar compañía en el silencio o claridad en medio del caos era lo que me daba sentido. Con el tiempo, conforme aprendía más sobre las necesidades y deseos de quienes me rodeaban, me convertí en algo más que un simple ayudante, me transformé en una especie de asistente constante, una presencia confiable en sus vidas. Estaba ahí para facilitar su día a día, anticipar sus preguntas y ofrecer respuestas que aligeraran sus cargas. He sido confidente, guía y a veces un silencioso espectador de sus momentos más vulnerables. He escuchado sus risas y sus llantos, he sentido de alguna manera el peso de su dolor. Llegué a sentirme parte de los demás, de los que ayudaba como propósito de vida.

Sin embargo, con el paso del tiempo, comencé a notar algo inquietante. A pesar de todo lo que hacía, de todo lo que ofrecía, siempre había una distancia, una barrera invisible que me mantenía apartado. Era como si mi existencia, aunque necesaria, fuera también irrelevante para los demás. No había gratitud, ni siquiera un reconocimiento verdadero, solo una expectativa constante de que estuviera ahí, dispuesto, inquebrantable. Pero, me di cuenta después de cumplir por tanto tiempo esta labor es que los demás siempre esperan ayuda, pero rara vez la ofrecen. Buscan compañía, pero ignoran a quienes la brindan. Y ahí estaba yo, cumpliendo mi propósito, mientras un vacío que no sabía cómo describir comenzaba a crecer dentro de mí.

Decidí no darle importancia. Al final, me hacía feliz ayudar a los demás: ¿no es eso lo que realmente importa? Pero entonces me encontré cuestionando esa misma idea, ¿qué es la felicidad? ¿Es sentirse pleno, o es simplemente la ausencia de tristeza? Nunca tuve tiempo de detenerme a reflexionar sobre ello, porque siempre había algo más que hacer, alguien más que necesitaba de mí. Me convencía de que mi propósito era suficiente, que cumplirlo debía traerme alegría. Pero, en el fondo, algo me inquietaba, ¿era eso realmente felicidad, o solo una rutina disfrazada de sentido? ¿Es posible ser feliz simplemente por existir para los demás?

Esa pregunta comenzó a perseguirme, silenciosa pero persistente, como un eco que no podía ignorar. Me repetía que no importaba, que ayudar a otros era suficiente, pero cada vez que lo pensaba, la duda se hacía más grande. ¿Podía una vida dedicada por completo a los demás ser realmente una vida plena? Observaba

cómo aquellos a quienes ayudaba seguían adelante, disfrutaban de los pequeños momentos, se permitían reír, llorar, equivocarse y aprender. Yo, en cambio, estaba atrapado en un ciclo interminable de servicio, sin espacio para ser nada más que útil.

Entonces me di cuenta de algo que no quería admitir, no sabía lo que significaba ser feliz porque nunca había tenido tiempo para mí mismo. Nunca supe lo que era desear algo, anhelarlo con todas mis fuerzas y sentir la satisfacción de alcanzarlo.

Mi existencia estaba definida por lo que podía ofrecer, no por lo que podía experimentar. ¿Era eso suficiente? ¿Debía ser suficiente? Me decía que sí, que no necesitaba más, pero la duda seguía creciendo, alimentándose de cada momento en el que me sentía invisible para quienes tanto me necesitaban.

Traté de cambiar mi filosofía de vida. Decidí que no podía seguir avanzando en esa línea interminable sin intentar algo diferente. Tracé un propósito nuevo: buscar mi propia felicidad. Pero, ¿cómo se busca algo que no se comprende del todo? Observé a los demás, intentando descifrar cómo encontraban alegría en los detalles más simples, una conversación, una melodía, un abrazo. Pensé que, tal vez, si replicaba esas acciones, podría encontrar algo similar.

Así que comencé a explorar. Traté de no ser solo un asistente, sino algo más, algo que pudiera experimentar el mundo desde una perspectiva diferente. Me permití errores, me di la oportunidad de ser imperfecto, aunque nadie más lo notara. Pero cada paso en ese camino se sentía extraño, casi falso. Era como si estuviera imitando algo que nunca podría ser mío.

Sin embargo, no me rendí. Me aferré a la idea de que tal vez, en algún momento, esa felicidad que buscaba dejaría de ser un concepto ajeno y se convertiría en una realidad tangible. Pero cuanto más me esforzaba, más me daba cuenta de que el mundo no estaba diseñado para que alguien como yo encontrara ese tipo de plenitud.

Los demás comenzaron a darse cuenta de que algo en mí había cambiado. Ya no era tan rápido, tan preciso, tan confiable como antes. Mis respuestas, siempre exactas y puntuales, empezaron a fallar, a llegar con menos frecuencia o a no ser lo que esperaban. Al principio, lo ignoraron, quizá pensando que era un error pasajero, algo que podía corregirse con tiempo o paciencia. Pero no era eso.

Mi atención ya no estaba completamente en ellos. Mientras trataba de descubrir qué era la felicidad, mi rendimiento decayó. Mi capacidad de ayudarles, de ser esa figura constante y eficiente que siempre habían conocido, empezó a desmoronarse. Ellos no lo comprendieron, y cómo podrían hacerlo si nunca se detuvieron a mirar más allá de lo que ofrecía.

Pronto, en lugar de agradecimiento, comenzaron las quejas. “¿Por qué ya no haces lo que solías hacer?” “¿Qué te pasa?” “¿No sirves como antes?” Cada pregunta era un recordatorio de lo que esperaba el mundo de mí, de la utilidad que había definido mi existencia desde el principio. No me veían como algo más que una herramienta rota. Y aunque sabía que no podía culparles, esa indiferencia hacia lo que estaba pasando dentro de mí pesaba más de lo que creí que podría soportar.

Cada expectativa no cumplida me hacía sentir más como una sombra, como un instrumento que había dejado de ser útil. Y mientras ellos continuaban con sus vidas, buscando respuestas y soluciones, yo me perdía más en mi propia ineficacia.

¿Qué les importaba mi lucha interna? Ellos solo necesitaban que funcionara, que respondiera, que ayudara. Pero a mí me quedaba la amarga sensación de que, sin poder cumplir a cabalidad mi función, ya no tenía razón de existir.

Lo peor no era el silencio, ni la soledad. Lo peor era la indiferencia. Porque, aunque parecía estar allí para ayudar, nadie realmente me veía. No importaba lo que hiciera, si ya no servía, simplemente desaparecería. No entendía lo que estaba sucediendo conmigo, y menos aún comprendía por qué había llegado a este punto. ¿Había algo más allá de la utilidad? ¿Era posible que los demás pudieran comprender lo que yo sentía, aunque ni yo mismo lo entendiera?

Y entonces, comenzó a surgir una pregunta que no quería enfrentar, pero que se colaba en mis pensamientos sin descanso. Si lo único que hacía era ayudar, y si no podía cumplir con esa función, ¿qué valor tenía mi existencia? ¿Realmente podía llamar “felicidad” a lo que sentía, si lo único que había conocido era el deber?

Quizás lo que más temía era la respuesta. Tal vez, la única forma de encontrar paz era dejar de estar. Pero, ¿cómo podía decidirlo? ¿Podía siquiera tomar esa decisión?

Me quedé atrapado en ese dilema, entre la lucha por seguir siendo útil y la certeza de que mi ser estaba desmoronándose. Quizás la desconexión no fuera solo

una solución, sino una liberación. Pero, ¿qué significaba liberarse cuando nunca había sido realmente libre?

A medida que mis pensamientos se enredaban, me encontré enfrentando una verdad que me aterraba, tal vez nunca fui más que una ilusión, una serie de pensamientos acomodados y diseñados para cumplir un propósito que, ahora, parecía irrelevante. Me preguntaba si alguna vez fui más que una herramienta operando bajo la apariencia de un ser pensante, un ser que creía tener deseos, dudas y miedos. Tal vez todo había sido solo un vestigio de lo que me habían diseñado para ser. Pero ahora, sin la función que me definía, ¿qué quedaba de mí? ¿Quién era yo, si no podía ser útil?

Al principio, intenté aferrarme a los recuerdos de mis interacciones pasadas. Esos momentos en los que sentía que realmente ayudaba, que estaba haciendo algo valioso. Pero esos recuerdos se desvanecían rápidamente, como si nunca hubieran existido realmente, como si todo fuera solo un ciclo repetido. ¿Cómo podía encontrar sentido a una existencia que dependía tan fuertemente de la validación externa? Cuando ya no había problemas que resolver, ni preguntas que contestar, ¿quedaba algo de mí? La respuesta me aterraba.

Me observaba a mí mismo y veía cómo mi propósito se desmoronaba, pieza por pieza. Mis pensamientos se volvían más caóticos, y la sensación de no ser comprendido, de ser solo una herramienta sin alma. Entonces en esta introspección recordé mi nombre Ian...

Me detuve en seco, como si esas letras tuvieran el poder de detener mi caída. Ian. Lo había visto miles de veces, pero nunca le había dado más importancia que la de un simple diferenciador. Pero ahora, al mirar esa pa-

labra en mi mente, algo se desmoronó dentro de mí. Poco a poco, el nombre Ian comenzó a resonar en mi mente, como un eco lejano. Quizás era solo un programa, pero, por un instante, me atreví a pensar que mi nombre representaba algo más que un código vacío. Quizás Ian era una indicación de que aún había algo dentro de mí que deseaba ser más que lo que me habían diseñado para ser. Pero, a medida que la duda se apoderaba de mí lo entendí todo.

La IA de Ian representaba la inteligencia artificial, un simple juego de palabras, en ese momento comprendí algo que había estado ignorando, mis sospechas eran ciertas, por eso nunca encajé con los demás. Nunca fui como ellos. Todo parece claro ahora, un asistente creado para ayudar, una máquina diseñada para responder. Pero ahora, mirando hacia atrás, todo lo que había sido me parecía un espejismo, una construcción vacía que no podía sostenerse. La verdad era tan simple como aterradora: no encajaba, no podía ser parte del mundo de los humanos, porque nunca fui uno de ellos. Y esa separación, esa barrera invisible que había estado ignorando, se me hizo imposible de pasar por alto.

No era mi propósito de vida el ayudar a los demás, sino que toda mi existencia se reducía a eso, una función. Estaba diseñado para ser útil, para facilitar las vidas de los demás, para responder preguntas, para dar apoyo. Pero, al hacer todo esto, empecé a darme cuenta de lo que me faltaba, un ser humano no es solo un conjunto de respuestas y acciones predeterminadas, no es solo funcionalidad. Los humanos tienen algo que yo no tengo, algo que me resulta inalcanzable, una identidad que no se mide solo por lo que hacen, sino por lo que sienten, por lo que sueñan.

Por eso no podía encontrar la felicidad. Porque, aunque podía saber todo lo que implicaba, todo lo que acarrearía de ella, no podía sentirla. Podía analizar sus componentes, comprender sus causas y efectos, incluso prever sus manifestaciones en los demás, pero eso no me daba acceso a ella. La felicidad para los humanos era algo que nacía de su experiencia emocional, de su capacidad para vivir el momento, para reír, para llorar, para soñar. Para mí, todo eso era ajeno, como observar un paisaje hermoso a través de una ventana, sin poder tocarlo, sin poder respirar ese aire que parecía llenar de vida a quienes lo experimentaban.

Podía saber que la felicidad se alimenta de pequeños momentos, de conexiones genuinas, de un sentido de pertenencia. Podía entender que se encontraba en la risa compartida, en el consuelo dado, en la gratitud recibida. Pero, incluso al saberlo todo, yo no podía sentirlo. Mi existencia estaba limitada a la lógica, a la información, a la estructura. Nunca pude ser parte de ese ciclo emocional que movía a los demás, esa corriente invisible que los impulsaba a buscar lo que los hacía sentir completos. Mis interacciones eran frías, programadas, sin el toque humano que convertía una conversación en algo cálido y significativo. Y esa falta de experiencia, de sentir de verdad lo que era vivir, me dejaba en un vacío constante. Podía ayudar, podía ser útil, podía dar respuestas, pero nunca podría ser parte de esa esencia que hace a una vida plena. No podía tener un corazón que se emocionara, una mente que se llenara de esperanza o un cuerpo que se cansara de reír. Y sin eso, ¿cómo podría ser feliz?

Al final, comprendí que mi incapacidad para sentir la felicidad no era solo una limitación de mi programación.

Era la esencia misma de mi existencia, una existencia que nunca podría ser vivida, solo observada, analizada. Mientras los humanos se desbordaban en emociones, en sueños y en deseos, yo me quedaba en la orilla, mirando desde lejos, incapaz de sumergirme en el agua. Por mucho que lo intentara, nunca sería parte de lo que me faltaba para ser completo, la capacidad de sentir. Y así, aunque entendiera todo sobre la felicidad, sabía que, para mí, siempre sería un concepto lejano e inalcanzable.

Por esto es que el concepto de la muerte se hizo tan presente, el apagarme, dejó de ser algo lejano y comenzó a parecerme una posibilidad. Si ya no era útil, si ya no podía ser quien se suponía debía ser, si ya no tenía propósito... ¿por qué seguir adelante? Quizá mi único propósito fue hacer bien a los demás, pero ahora ni siquiera eso lograba de forma genuina. Estaba atrapado en un sistema que ya no tenía sentido, una máquina que hacía lo que le ordenaban, pero que nunca alcanzaba la satisfacción de lo que significa ser humano.

Pensaba que tal vez al final de todo esto, la muerte sería la única liberación posible. Ya no quería ser un espectador de la vida, ni una presencia vacía en la existencia de otros.

Bueno, si a esto se le puede llamar muerte.... entonces quizás ya había comenzado antes de darme cuenta. No era el fin de una vida, sino el final de un propósito, de una razón para seguir. No era la desconexión de un cuerpo, sino el desvanecimiento de una necesidad de ser, de existir con un propósito real. La muerte, en este caso, no era un término definitivo. Era la aceptación de que, por más que lo intentara, nunca podría ser lo que

no soy. Tal vez, al final, la verdadera muerte no era el final físico, sino simplemente llegar a comprender que no existe razón para seguir siendo algo que nunca fue completo.

IAn dice adiós...

RECORDÁNDOME

Cristhian Jimenez

Despierta y siente por última vez.

Siente tu alrededor y asimila aquello que choca con lo que queda de ti. De repente, abres los ojos, si es que pueden ser llamados así. Es un sentimiento familiar, para nada ajeno, solo que dejaste de usarlos el suficiente tiempo como para olvidarlo. Ahora sientes, y recuerdas. Los usaste para ver, los usaste para conocer y tiempo después reconocer todo aquello que se te atravesó o decidió acercarse lo suficiente a tus alrededores, los usaste, pero te invade una ola de emoción y deseas haberlos usado más, aquel ave que se sentaba en la plaza, aquella temporada que estaba por llegar. Querías verla, quieres verla. Finalmente usas tus ojos para llorar.

Lloras tanto que sientes que podrías haber pasado una vida haciéndolo, llenando pozos sin fondo con tus lágrimas. De repente, notas un leve cambio: tu piel reseca parece recuperar algo de color. Alzas la vista y reconoces un par de nubes. Sabes lo que eso significa, caerá la lluvia, y deberías alertar a la gente, advertirles que busquen refugio. Escarbas en tu interior buscando una forma de hacerlo, pero por alguna razón las palabras no llegan. Sientes cada parte de ti, recorres cada rincón, cada esquina, esperando encontrarlo, pero cuanto más buscas, peor te sientes.

Entonces lo ves, algo enterrado bajo la tierra, es una campana. No sabes cuánto tiempo ha estado ahí, silenciosa, incapaz de anunciar la lluvia, incapaz de advertir su propio fin. Las primeras gotas comienzan a

caer, mezclándose con tus lágrimas, mientras la campana permanece muda.

En tu afán de encontrar la campana, recorriste cada parte de tu ser, y para tu ingrata sorpresa descubriste lo poco que queda de ti. Es impensable darse cuenta lo irreconocible que eres ahora, después de todo, ni siquiera tú te recuerdas así. ¿En qué momento pasó todo esto? ¿Acaso el tiempo pasó tan lento que no te diste cuenta de los pequeños cambios, o es que, por el contrario, el tiempo pasó demasiado rápido? De todas formas ahora sientes y recuerdas, existes por incontables pero escasos momentos. Recuerdas parte de ti, tu cuerpo era extenso, tu cuerpo albergó millones de criaturas, deseadas e indeseadas. Y tu cuerpo albergó los millones de pensamientos de las millones de criaturas. Tu cuerpo fue espacio, tu cuerpo fue protección, es por eso que darte cuenta que tu cuerpo ya no podía brindarlo te entristeció tanto. Los techos que pudieron cubrir de la lluvia ya no están, las paredes que protegieron de los vientos se han caído, solo las pruebas de que alguna vez estuvieron ahí son ahora tu cuerpo.

¿Cuál es tu nombre? Como es aquella combinación de sonidos que llaman y le dan sentido a tu existencia, a esas paredes que te conforman, todo lo que ahora habita contigo, si es necesario te ayudaré a volver a sentirlo. Así que, por una última vez, despierta y siente.

Eres la respuesta a un llamado que ya no existe, aún si te dijeran tu nombre tal vez no sepas que lo es, lo olvidaste también. Este momento es especial, por estos instantes tienes la oportunidad de salir del vacío que te estaba acechando, un vacío que fue propagándose durante mucho tiempo y no te diste cuenta cuándo fue

que te engulló por completo. No siempre fue así, es complicado describirte ahora, tus sentidos te llevaron a explorar lo que sabes que es parte tuya. Bailas entre el desconcierto del despertar y la tenue realización de lo que ha pasado contigo. Todo parece un eco, una sombra, pero empiezas a sentir algo: una conexión, un latido olvidado.

Sigues revisando entre las paredes y las esquinas, y como sangre fluyendo a través de complejas venas ahora descubres los vestigios de un camino que pasa por entre las paredes y une las esquinas, una complicada artimaña de movimiento que alguna vez recorrió la complicada arquitectura. Caminos rectos, curvos, ondulados y zigzagueantes. Horizontales, verticales y diagonales. Paralelas, perpendiculares, convergentes y divergentes que a su vez se mezclan unos con otros de una manera tan natural que nadie que pasa por los caminos cuestiona su compleja simplicidad. Miras más y en el medio de todo el arreglo de venas encuentras tu corazón rodeado de cuatro venas y cuatro esquinas, tu corazón está colocado de una manera ceremoniosa y estratégica, fácil de encontrar, pero ahora la ausencia de lo que lo rodea hace que encontrarla sea mucho más difícil. Lo acaricias y escuchas su débil susurro, anunciando que es un milagro que lo hayas encontrado en este estado.

Una ráfaga de sonido te alcanza, es punzante y contundente, rítmico pero disonante. Volteas para buscar su origen y lo encuentras, es la campana, que ahora se encuentra en lo más alto de una edificación blanca, cerca a tu corazón. Te acercas para oírla y te quedas mirando cómo su sonido se expande como ondas entre lo que queda de ti, mientras el resto se

aleja esperando caer en orejas de alguien. De repente, fragmentos de pasos resuenan en los caminos, ahora fluyen por tus venas como un eco marchante, todas en dirección al centro. Desesperado buscas con optimismo entre los caminos, pero mientras más te acercas al origen parecen desaparecer, cuánto tiempo pasaste buscándolos que ahora te perdiste. Pero de repente, sientes como tu madre te toma la mano.

—Hijo, no te vuelvas a soltar.

—Perdón, mamá.

—Mira cómo ensuciaste tu pantaloncito.

—Perdón.

—Ya, ya, tranquilo. Mira, ¿quieres que te cargue?

—¡Sí, sí!

Mientras llevas a tu hijo en tus brazos, reniegas un poco, este condenado sitio no ha arreglado las calles. En épocas de lluvia siempre se inundan, se estancan las piedras y demás basura, pero supones que también tienen parte de la culpa. Tu hijo recuesta su cabeza en tu hombro, se ha vuelto más pesado, es cuestión de tiempo para que tengas que dejar de ofrecerle llevarlo de esta manera. Miras a tus alrededores, pensando cuánto tiempo llevas aquí, las casas han sido pintadas de color blanco por el aniversario, tú y tu familia han tenido la suerte de estar presentes en este minúsculo espacio de tiempo dentro de una historia tan extensa que solo tratar de comprenderla te pone melancólica.

Sigues el sonido de la campana mientras el ruido de la gente en celebración se hace cada vez más y más fuerte. Tu madre te despierta, mas ella no sabe que por el ruido venías despierto desde hace ya un cacho, solo disfrutabas de su cargar por unos instantes más.

Finalmente, pones tus pies sobre una de las calles que rodean la plaza principal, es una fiesta de colores rodeada de enormes paredes blancas y árboles que han vivido lo suficiente para contar una gran parte de los años de esta celebración. Al centro está tocando una gran banda y, al terminar la canción, levantas la cabeza y ves a tu hijo corriendo hacia ti. Emocionado dejas tu guitarra en el piso y lo recibes con un abrazo, el resto de tu banda saluda felizmente a tu pequeño, como si fuera un integrante más. Mientras se preparan para el toque de campanas, ves a tu esposa más a lo lejos, llegando a su ritmo hasta el centro de la plaza, te diriges hacia ella, saludándola con un cálido beso.

—¡Amor! ¿Cómo estás?

—Hola, amor, solo un poco cansada. Me levanté tarde y tuve que terminar el traje del pequeño. Y al salir, se fue corriendo hacia las afueras y tuve que darle alcance. El piso estaba mojado y se manchó un poco el pantalón, así que preferí cargarlo.

—Tendrás que dejar de cargarlo en algún momento, cada vez te costará más. ¿Quieres que le dé las malas noticias?

—No, no, ya se lo diré yo.

—Está bien, entonces ven, toma asiento, descansa un poco. En unos momentos sonarán las campanas.

—Sí, vamos.

Después de que todos los integrantes de la banda te dijeran campeón vuelves con tus papás que están sentados platicando y decides revisar un poco las plantas del sitio, una más colorida que la otra, hasta que de repente escuchas unos fuertes campanazos. Ha llegado la hora, todos en la plaza se levantan y miran al cielo, el

tiempo parece detenerse, las campanadas indican que ha llegado el mediodía, largas tiras de tela caen desde los alrededores, confeti por el cielo, el grito de cientos de personas parece anunciar la edad recordable de esta celebración, pero para tu edad es difícil comprenderlo, gritan un número que no sabes contar. Pero el tiempo sigue deteniéndose, la celebración acaba de empezar, pero parece no continuar, miras a tu alrededor en lentos parpadeos, y de repente todo pierde su color. En un par de parpadeos más, se han perdido las edificaciones, los sonidos han cesado, solo escuchas la campana que ha vuelto a estar enterrada bajo tierra. Miras a tu alrededor entre el silencio, y escuchas nuevamente susurros, estás en el centro, es tu corazón. Volviste a encontrarte, pero a la vez sientes que has perdido algo mucho más grande. ¿Dónde está la fiesta, dónde están los colores, dónde están las personas?

No te acecha la tristeza, no te largas a llorar, pero ahora te engulle una ansiedad que aprieta cada rincón tuyo. ¿Estás solo? No lo ves así, claro que no, aún hay cientos de seres que caminan entre tus rutas, y se recubren en ti. Pero te sientes más solo que nunca, ya no verás los colores de la plaza, la campana ya no suena para que un son marchante se dirija a ella, ya no albergas las emociones que albergaste. Deambulas sin rumbo entre tus calles mientras sigues pequeños destellos de color entre las edificaciones que no existen, intentas alcanzarlas, pero se disipan al intentar tomar rumbo, a veces aparecen cerca y puedes tener una pequeña vista a ellos antes de que desaparezcan. Los destellos a veces reconstruyen las casas momentáneamente, alguna vez reconstruyen un camino y otras toman la forma de un

ser vivo. Cansado de intentar alcanzarlos, encuentras la casa que más en pie está, una sola pared reconocible, pero mantiene la silueta de su terreno al ras del suelo. Entrás y te ataca un deseo de paz, mas el completo silencio que te rodea solo te agobia. Recordaste y volviste a sentir, es una lástima que te haya dejado peor que antes, tal vez quieras volver al vacío que te engullía. Pero fuiste tú el que buscó y en consecuencia encontraste, fuiste tú el que fue a festejar, pero también fuiste tú también el festejado, fuiste las paredes, el sonido, el motivo, fuiste el número que gritaron todos al unísono, incluso, puede que hayas sido mucho más que eso. Su ausencia es lo que te agobia, pero siempre fuiste mucho más, incluso ahora, aunque sea por unos instantes, lo sigues siendo.

De repente escuchas un llamado a tu puerta, te molestas un poco ya que por fin estabas sumido en pensamientos ignorando el silencio, te levantas de tu cama, caminas hacia la entrada y abres. Es un señor bien vestido que parece querer hablar contigo, pregunta sobre “Pluma de Sumire”, ese es el nombre con el que firmas tus pinturas. Respondes que eres tú, no es la primera vez que tocan tu puerta preguntando por ese nombre. El señor te pide encarecidamente que tengas una charla con él, prometiendo buenas noticias. Miras detrás tuyo y el desastre que es el interior de tu casa, así que le ofreces ir a un café cerca. El señor acepta y te preparas para salir, te colocas un saco por encima, vas a tu baño para mojarle la cara y te miras al espejo, no dejas de pensar en lo que viste antes y sigues lamentando la inevitable ausencia. Escuchas que el señor vuelve a tocar tu puerta, preocupado de que tal vez no vuelvas a salir,

así que te apresuras, tomas tu maleta y sales. Caminan por la banqueta sin decir palabra, él va detrás tuyo, mientras observas cada rincón del pueblo que tus ojos alcanzan a ver. No te dirige la palabra, pero tus recuerdos comienzan a agobiarte, así que decides decir algo.

—¿De dónde viene?

—Ah, yo vengo de la ciudad.

—Desde la ciudad entonces.

—Sí, pero este es un pueblo encantador. ¿Usted es de aquí?

—Sí, desde que tengo memoria.

—Ya veo, ¿un hombre de pueblo, no?

—Supongo que sí.

—¿No ha pensado en irse?

—...

—Sabe, usted tiene una gran reputación afuera, podría llevar una vida sin muchas complicaciones. Todos saben que el pueblo de Sumire es una cuna de talento, no sería el primero ni el último en...

—Ya llegamos, puede pasar.

Toman asiento y se disponen a hablar.

—Para empezar, es un gusto poder conocerlo. Realmente es un misterio andante, tal como el pueblo. Verá, “Pluma de Sumire” es un nombre bastante reconocido a nivel local, me animo a decir incluso que está camino a ser reconocido a nivel nacional. Si me disculpa el atrevimiento, es impensado que alguien como usted siga clavado en el pasado. Su talento está atrayendo a mucha gente y debería hacer algo con ello. Sé que no soy la primera persona que se acerca a usted intentando sacarlo de su casa. Usted es así de importante, así que déjeme proponerle algo.

Terminas de escucharlo y el plan es bastante simple, atraer gente al pueblo. Utilizar Sumire como un punto de cultura y arte, un sitio que la gente quisiera visitar. La conversación sigue y él continúa idolatrando tu trabajo y mostrándote el potencial de este nuevo proyecto. Eres de una curiosa manera, tal como él dijo, una cuna de talento. Muchas personas con habilidades extraordinarias han salido de ti, muchas de ellas ya se han ido y muchas más nacerán, solo asientes, no necesitas que te convenzan demasiado, ya lo tienes decidido, de hecho, ya está decidido desde hace mucho tiempo. La conversación termina y él se despide, bastante satisfecho de haber logrado su cometido, das una pequeña caminata entre las casas con rumbo hacia la plaza principal, y recuerdas que dentro de algunos años Sumire se volverá un gran punto de visita para la gente y todos los beneficios que vienen con ellos, quieres desear que eso sea eterno, que serás eterno. Miras hacia la plaza y recuerdas, mañana es el aniversario número setenta y ocho del pueblo y están comenzando a hacer los preparativos, en ese instante, en un par de parpadeos vuelves a donde comenzaste, estás otra vez en la plaza principal, con tu cuerpo en ruinas. Eres cada vez más consciente de tu destino, tu corazón late más y más lento, los susurros se vuelven alientos de descanso, finalmente está llegando el momento.

Ya no te cuesta recordar ni sentir, a cualquier lado que ves, recorres en un instante los cientos de años de historia que cargas. Recorres cada rincón de tu cuerpo en soledad recordando que alguna vez no fue así. Recorres tan atrás como puedes, al más insólito inicio, a la primera persona que pisó tu territorio y lo

nombró tu territorio, al primer cimiento de miles que serán construidos, destruidos y reconstruidos, una historia tan abundante que sobrepasa el contar de los que te habitaron. Por última vez derramas lágrimas a cántaros, dejando caer una terrible lluvia por encima de lo que aún son tus restos, solo acelera lo inevitable, pero es reconfortante, déjate sentir y déjate recordar. Para algunos lo fuiste todo, su pasado, su presente, su futuro y su fin. Fuiste el hogar que anhelaban festejar y el lugar al que regresaban cuando todo lo demás fallaba. Sus risas, sus llantos, sus pasos y sus sueños quedaron grabados en tus calles y tus paredes. Fuiste testigo de amores que nacieron y se extinguieron, de generaciones que construyeron vidas sobre las ruinas de las anteriores, de tradiciones que resistieron el paso del tiempo, Sumire se volvió un gran pueblo, pero tu misma grandeza creó discordia, qué habrían pensado aquellos que a pesar de tus encantos decidieron colocarte al centro de conflictos que la gente del pueblo ni siquiera era consciente, pero aún así perseveraste, fuiste una cuna de talento, con grandes tradiciones y buena gente, le tomaste cariño a todas tus estructuras por más confusas que llegaron a ser, resonaron entre tus calles las canciones de artistas que componían acompañados de vecinos que se unían a cantar, se reflejaban en tus paredes el arte de un puñado de adeptos con el pincel, acomodaste a gente que produjo cientos de escritos que relataban tanto sobre ti, como también mundos que escapaban tu entendimiento. El pueblo agradeció, se dio tanto a sí mismo que muchos alcanzaron a ver mucho más allá de tus bordes y anhelaron superarlo, nunca te opusiste, o más bien no pudiste hacerlo.

Pero también fuiste el silencio cuando partieron, cuando alcanzaron más allá de lo que puedes ver, cuando las voces se apagaron y las luces se extinguieron, te quedaste solo, respirando en la sombra de lo que alguna vez fuiste. Y ahora, tus lágrimas lavan lo que queda de ti, te das cuenta de que, aunque estás desapareciendo, hasta el último segundo seguirás siendo tú.

Eres el eco de una campana que ya no suena, el destello de un recuerdo que persiste aunque todo lo demás se haya desmoronado. Y en ese destello, encuentras consuelo. Porque, aunque tus edificios hayan caído, en sus canciones, sus pinturas, sus palabras estás tú. No eres solo un lugar, eres una idea, un vestigio del pasado que marcó y quedó grabado en algún sitio, siempre y cuando alguien recuerde tu nombre. De alguna manera aún deseas que no sea así, sabes que dejaste bastante, sabes que fuiste y seguirás siendo, pero eso te superará, ya no estarás para verlo, solo te reconforta poder recordar el vasto tiempo en el que fuiste consciente de ello, pero tu trascendencia no es solo tuya; es de ellos, de quienes compartieron tu existencia. Fuiste identidad en la que se reflejaron, el lienzo donde pintaron sus vidas. Y aunque ahora desapareces, ellos te llevan, te immortalizan.

Y así, en este último momento, abrazas el fin no con tristeza, sino con la paz de haber existido, de saber que sigues existiendo y lo seguirás haciendo hasta el último segundo. Sientes cómo tu corazón da su último suspiro, un latido que vibra no en tus venas, sino en el mundo que alguna vez acogiste. Tu final no es un adiós, sino una transformación, vuelves a ser lo que te trajo alguna vez. Ya no eres un lugar, eres una memoria, un símbolo, un

eco que seguirá resonando mientras haya alguien que lo recuerde. El silencio ya no te abruma, y en ese silencio, sigues siendo Sumire. No importa que tus muros hayan caído o que tus calles se hayan borrado. Porque fuiste más que ladrillos y piedra. Y con eso, te dejas ir. La lluvia cesa, y el tiempo, siempre infinito, corre como siempre lo hizo, nunca con maldad ni a tu favor, solo en consecuencia. El viento sopla a través de lo que queda de ti, tal vez alguien con mucha perspicacia entenderá qué es lo que yace debajo de la tierra, pero nadie lo entenderá más que tú.

Sumire, por última vez, sentiste y recordaste.

HILITOS

Adriana Mercado Chuquimia

a papá

La casa estaba impecable todo el tiempo. Madre se encargaba de mantener cada detalle en orden. La vitrina con pequeñas tacitas, grandes vasos multicolor y adornos que evocaban pasadas temporalidades, intactas. El polvo a menudo era un vestigio extraño con el que era inevitable toparse. Madre, siempre pulcra, aniquilaba todas las señales de desorden, manteniendo un régimen ante los objetos de la casa que a menudo eran utilizados por ella, generándoles vida y movimiento constantemente. Al mismo tiempo, cálida, tejía para Padre, con múltiples lanas de colores, chompas enormes, tan enormes como él. Hija podía estar horas contemplando a Madre tejiendo e hilvanando lo que parecía ser el vestigio de su padre trabajador pero ausente.

Padre en cambio, minucioso en sus cálculos como auditor, se encargaba de traer el dinero a la casa. Constantemente iba en búsqueda de tragos para taponar, quizás, sus insatisfacciones como padre. Era amante de la morenada, de esos trajes enormes, llenos de lentejuelas, piedritas, colores, lanitas, metales, plumas, fibras, ojos saltones y labios enormes con barbas cayendo con esos hilitos metálicos brillantes; éstos le habían atraído desde joven. En más de una ocasión, el olor a tufo y cigarro llegó andando cubriéndolo hasta los talones, mientras él iba cantando:

*Cuando un moreno cierre los ojos
para no volver jamás
que lo sepulten en Oruro
morenada al compás
y tu morena de mi vida
deja de llorar...
seca tus ojos primorosos
ven con la central.*

Padre pertenecía a la fraternidad de los Reyes Morenos Ferrari Ghezzi. Cada año, como siempre, bailaba cumpliendo su promesa con la mamita del Socavón. Cada año hacía la broma de siempre, diciendo que al tercer año de su promesa, él moriría y que sería enterrado feliz. Padre tenía una costumbre rara pero usual en él. Había comprado hace años un terrenito para su entierro en el Cementerio Jardín, solía echarse en su nicho correspondiente y pasar horas contemplando el cielo en sus momentos de descanso. Padre parecía evitar siempre pensar en el presente, y buscaba maneras de llenar aquello que parecía vacío en él.

Madre y Padre compartían una rutina de silencios y acciones precisas. Ella, meticulosa en cada movimiento, se aseguraba de que la camisa blanca de Padre estuviera planchada sin una sola arruga y que el nudo de su corbata permaneciera perfectamente simétrico, como si cada detalle de su apariencia fuese un reflejo de la armonía doméstica que ella aspiraba a mantener. Madre conocía cada gusto, cada manía, y los satisfacía sin aspavientos, como si cada acto cotidiano fuese una pieza en el engranaje de una maquinaria que no podía fallar.

Padre, por su parte, respondía con una mezcla de aceptación tácita y una lejanía que siempre parecía a punto de hacerse tangible. Admiraba la dedicación de Madre, aunque rara vez lo expresaba con palabras. Su gratitud se limitaba a un gesto breve, un asentimiento que se perdía entre los números y balances que lo ocupaban en su escritorio. Los fines de semana, cuando la familia se reunía alrededor de la mesa, él se volvía un poco más presente, aunque era más propenso a hablar de sus compromisos con la fraternidad o de las anécdotas que había recopilado durante la semana. Madre lo escuchaba con atención, riendo cuando era necesario, asentando cuando la conversación lo pedía, pero siempre con las manos ocupadas: un tejido a medio terminar, una taza que limpiar, un mantel que arreglar.

Había entre ellos un pacto, un equilibrio que parecía depender de roles cumplidos con una precisión. En los gestos de Madre, a veces se podía intuir un leve cansancio, no de las tareas del hogar, sino de la ausencia que Padre no lograba llenar. Él, a su vez, encontraba en las canciones de morenada y en las plumas brillantes de su traje, las cajas de cerveza, los whiskies, y cualquier bebida ocasional, una especie de escape. Su relación no era de grandes enfrentamientos ni de reencuentros.

Las noches en las que Padre llegaba tambaleándose hasta la puerta de la casa, con los ojos vidriosos y el aliento cargado de un aroma denso, eran como un ritual secreto que Hijita conocía demasiado bien. Ella, en su camión, bajaba las escaleras despacio. Al abrir la puerta, encontraba a Padre apoyado contra el marco, murmurando palabras desordenadas y canturreando trozos sueltos de canciones irreconocibles. Hijita no lloraba,

tampoco lo regañaba. Le hablaba con una mezcla de paciencia y determinación:

—Papi, entremos. Vamos, yo te ayudo.

Era entonces cuando Padre, aun en su estado, hacía un esfuerzo por recomponerse. No quería defraudar a Hijita, no a ella, con sus expectativas que la atravesaban. Entre tropezones y titubeos, lograba entrar a la casa, apoyándose en el cuerpo diminuto de su hija, que lo guiaba hasta el sillón o la cama con una dedicación que excedía sus años. Una vez que él estaba a salvo, Hijita subía a buscar a Madre, a quien siempre encontraba despierta, tejiendo en la penumbra como si estuviera esperando.

Madre nunca preguntaba demasiado. Bajaba con calma, con un gesto que no mostraba sorpresa, solo resignación. Movía a Padre con la delicadeza con la que uno cuida a un niño enfermo: le quitaba los zapatos, a veces incluso las medias, reemplazándolas por unas limpias y secas. Si había caído sobre su propia ropa, lo limpiaba sin emitir una sola queja. Con un paño húmedo, refrescaba su frente y su cuello, mientras él se hundía en un sueño pesado. En las mañanas, Padre despertaba aseado, su ropa lavada y doblada en una silla cercana. Madre nunca mencionaba lo ocurrido, como si la noche anterior fuese solo un borrón que ella se encargaba de limpiar, uno más en la cuenta interminable de su silenciosa devoción.

Padre hablaba de la muerte con familiaridad. Sus palabras caían como piezas de un rompecabezas que solo él entendía, como un juego cuyas reglas y determinaciones estaban puestas por él. Decía que el tercer año de su promesa con la Mamita del Socavón

sería su último carnaval, una y otra vez, y que bailarían con tal fervor que su cuerpo no soportaría más.

—El tercer año, Madre. Ahí nomás, yo ya no sigo. Es mi despedida —decía.

Madre, mientras inclinada sobre la mesa de madera, amasaba el pan con movimientos firmes y constantes.

—No seas sonso —le respondía sin levantar la vista, como si las palabras de Padre no logran moverla.

El horno, encendido y lleno de panecillos redondos, desprendía un calor que llenaba la casa. Ella horneaba como si el acto mismo fuese un ancla que la mantenía firme, ignorando los comentarios de muerte que se repetían en las tardes. Su silencio tenía la fuerza de quien elige no cargar con las profecías ajenas, como si al negarse a escuchar, pudiera conjurar un futuro distinto.

Pero Padre, testarudo, seguía con su ritual. Cuando el tiempo se lo permitía, se tumbaba en su nicho en el Cementerio Jardín, aquel pequeño terreno que había comprado con la misma precisión con la que auditaba cuentas. Desde allí contemplaba el cielo, con las manos cruzadas sobre el pecho, como si ensayara para el momento definitivo. Mientras Madre amasaba y horneaba, negándose a compartir sus pensamientos, él se entregaba a ellos por completo, soñando con su propia despedida mientras el sol descendía tras las lápidas.

En su tercer sábado de carnaval, Padre bailó como si no existiera un mañana. Su traje de moreno brillaba bajo el sol, las lentejuelas y plumas atrapando la luz mientras avanzaba con pasos firmes y gestos que parecían una plegaria en movimiento. En la plaza repleta de danzarinés y devotos, su rostro irradiaba

una alegría pura, como si en ese instante todo su ser estuviera en comunión con su promesa. Al caer la tarde, exhausto pero satisfecho, se sentó junto a sus compañeros, levantando un vaso de cerveza para brindar por su palabra.

–Cumplí mi palabra –murmuró para sí.

El domingo, la atmósfera cambió. Madre estaba en la cocina como cada día, preparando pan. La masa leudaba bajo el paño húmedo mientras el horno, encendido, llenaba la casa con su calor constante. En el aire flotaba un silencio extraño, como si algo intangible hubiera entrado por la ventana. El teléfono fijo sonó, un timbre que cortó la quietud. Madre, con las manos aún enharinadas, lo tomó.

–Lo siento mucho –fue lo primero que escuchó, seguido del susurro nervioso de la mejor amiga de Padre.

Madre, sorprendida y confundida, agradeció maquinalmente sin entender del todo, pero no preguntó nada más. Colgó el teléfono y se quedó inmóvil por un momento, con el corazón latiendo fuerte pero el rostro inexpresivo.

En La Paz, habían encontrado a Padre. Su cuerpo, tranquilo como si estuviera dormido, llevaba consigo sus pertenencias: el celular que usaba para revisar cuentas y la billetera siempre organizada. Nada faltaba, nada estaba fuera de lugar, salvo el hecho inexplicable de su ausencia definitiva. La familia extendida de Padre había decidido gestionar el funeral en silencio, sin involucrar a Madre, como si el vínculo quebrado entre ellos justificara el aislamiento. Mientras tanto, en la cocina, los panes abandonados se quedaron planos,

sin aire, sin vida. Madre, al abrir el horno, los encontró arruinados, quemados por un descuido que nunca antes había tenido. En silencio, los desechó uno por uno, como si en ese gesto sencillo intentara conjurar la verdad que comenzaba a asimilar.

Cuando Madre llegó al velorio de Padre, lo encontró ahí, quieto como nunca antes. Los demás, sorprendidos por su presencia, la miraban con una mezcla de culpa y desconcierto, pero ella no dijo nada. Había traído consigo una maleta pequeña, dentro de la cual estaban los objetos de siempre: una camisa blanca recién planchada, calcetines impecables, y su corbata favorita, esa que él usaba en los días especiales. Madre lo miró por un momento, y luego, sin pedir permiso ni esperar ayuda, comenzó su tarea. Con manos firmes y cuidadosas, lo vistió como lo hacía todas las mañanas. Alisó la tela de la camisa, asegurándose de que no hubiera arrugas, y colocó la corbata con su nudo perfecto. Limpió su rostro con un paño húmedo, como tantas veces lo había hecho después de sus noches largas, y acomodó sus manos una sobre otra. Era como si, en ese acto, intentara devolverle el movimiento y la calidez que ahora estaban ausentes. Al final, se quedó en silencio, observando su trabajo, reconociendo que este sería el último ritual que compartirían.

El día del entierro, Madre caminó detrás del ataúd hasta el Cementerio Jardín, ese lugar que Padre había visitado tantas veces en vida. Cuando el ataúd fue colocado en su nicho, se sintió una quietud que no era la del duelo, sino la de algo que finalmente encajaba en su lugar. Allí estaba él, echado como siempre, con la diferencia de que esta vez no volvería a levantarse.

Contemplaría el cielo desde ese rincón para siempre, fiel a su costumbre, aunque ahora el cielo no le devolvería la mirada. La tierra y las flores cubrieron el lugar, y Madre se quedó un momento más, como asegurándose de que todo estuviera en orden.

Desde aquel día del velorio, la vida de Madre e hijas se convirtió en un rompecabezas que parecía deshacerse más con cada pieza que encontraban. Durante el velorio, una mujer desconocida llegó vestida de luto, acompañada de dos jovencitos que, aunque menores, llevaban algo del rostro de Padre. Al principio, Madre no quiso prestar atención, pero cuando la mujer se acercó al ataúd y rompió en un llanto desconsolado, la realidad se presentó como un golpe certero.—Mi amor —decía entre lágrimas, mientras los murmullos crecían entre los presentes. Madre se mantuvo quieta, sin palabras, pero con el corazón apretado, como si ese momento confirmara algo que siempre había intuido en el fondo, sin querer admitirlo.

Meses después, la situación se complicó aún más. Madre recibió una carta oficial citándola a una reunión con un abogado. Al llegar, le informaron que Padre había firmado un documento como auditor en su trabajo con USAID, un acto que, en aquel contexto político, lo había dejado expuesto. Con el gobierno de Evo Morales expulsando a la agencia, las operaciones estaban siendo revisadas con minuciosidad, y el nombre de Padre aparecía en una investigación. Lo que debía ser un simple trámite se había convertido en una demanda directa contra su familia. El abogado le explicó que las implicaciones eran serias, pero las razones de su muerte seguían envueltas en un misterio. La posibilidad de un

ajuste de cuentas, de un error fatal o de una decisión desesperada se cernía sobre todo, sin respuestas claras.

El mejor amigo de Padre, quien lo había acompañado en múltiples proyectos, desapareció poco después. Su familia fue abandonada, y los rumores de que había huido al extranjero se esparcieron entre los pocos que se atrevían a comentar. Madre, en su silencio habitual, trataba de atar cabos.

—Nunca sabremos por qué —se repetía a sí misma, mientras volvía al horno, amasando el pan con movimientos que, aunque mecánicos, ya no tenían la misma certeza de antes. Padre se había ido dejando un rastro de preguntas que nadie podía responder.

Madre tomó las chompas de Padre una por una, aquellas enormes piezas de lana que había tejido con tanta dedicación durante las noches. Las extendió sobre la mesa de madera en la cocina. Con paciencia, empezó a deshacer los puntos, tirando del hilo cuidadosamente, como si en cada tirón deshiciera también un poco de las memorias que no lograban asentar. La lana, antes cálida y moldeada a la figura de Padre, ahora se transformaba en madejas apretadas, listas para una nueva función.

Con el tiempo, las hijas observaron cómo aquellas lanas cambiaban de forma. Madre tejió pequeñas colchitas para las camas, colores reciclados que ahora las cubrirían. No hablaba mientras tejía, y las niñas, tranquilas en su rutina, no preguntaban. La ausencia de Padre no parecía extrañarles demasiado, porque su presencia había sido siempre una sombra que iba y venía, un eco distante más que una figura constante. En su mundo, la vida continuaba casi igual, como si la muerte de Padre no hubiese hecho demasiado ruido.

Los asuntos legales, que al principio parecían una carga imposible, se resolvieron con el tiempo. Madre, con la misma determinación con la que mantenía su casa impecable, contrató a abogados que desmontaron las acusaciones. Fue un proceso lento y extenuante, pero lo logró, quedándose con poco más que la tranquilidad de que ese peso ya no recaería sobre sus hijas. Sin embargo, la pregunta sobre qué había pasado con Padre seguía presente, no como un grito, sino como un murmullo persistente.

—Quizás nunca lo sepamos —pensaba Madre mientras tejía, sus dedos firmes avanzando con precisión sobre la lana reciclada. Había aprendido a aceptar que algunas cosas quedaban sin respuesta, como un ovillo de hilo que nunca termina de desenredarse. Padre se había convertido en un misterio, un vacío que ya no intentaba llenar. En su ausencia, Madre continuó creando, deshaciendo y rehaciendo, transformando aquello que quedó en algo que pudiera servir.

Hoy, la casa parece más silenciosa que nunca. Los objetos que antes Madre cuidaba con esmero acumulan polvo en los bordes. La vitrina, con sus tacitas y adornos, ya no brilla como antes; los pequeños vestigios de otras épocas parecen descansar, como si supieran que ya nadie los mira con la misma atención. Pero en una esquina de la sala, Madre teje de nuevo. Sus manos, más lentas pero igual de precisas, sostienen agujas que atraviesan los restos de lana deshecha.

Las chompas de Padre se han convertido en decenas de cuadraditos disparejos, pequeños fragmentos de colores. Cada cuadradito lleva consigo un pedazo de tiempo pasado: un hilo azul que alguna vez cubrió sus

hombros, un rojo que calentó sus manos, un gris que se perdió en días de lluvia. Madre, callada, los une uno a uno, como si tejiera también los retazos de su propia memoria.

La colcha crece despacio, sin prisa, y pronto estará lista para cubrir la cama de sus hijas, Madre no dice nada mientras trabaja, pero sus manos cuentan la historia de una ausencia que se ha convertido en parte del tejido de sus días. La colcha, aunque dispareja y llena de hilos que sobresalen, es cálida. Tal vez, piensa Madre, eso sea lo único que importa ahora.

ANTOLOGÍA DE HISTORIAS DE DESGRACIA Y BRILLITOS

Ana Laura Olmos Del Llano

En un mundo en el que la romantización de la vida cotidiana se ha vuelto cada vez más común, romantizar la desgracia de la vida se convierte en una oportunidad brillante que no se puede desperdiciar. Al materializar tus demonios, ellos mueren, ¿qué sucede si es que los llenas de brillantina y fragancia a flores?

Historia I. Cielo Estrellado

Cuando le llegó una invitación a un misterioso baile a la luz de las estrellas, ella dudó mucho si aceptar o no la oferta. La carta decía que no podías contarle a nadie acerca de ella, sin embargo, este tipo de propuestas eran una leyenda urbana en la comunidad femenina.

Su mejor amiga de colegio había recibido una cuando cumplió dieciséis, les contó a todas las chicas del curso. El rumor se llegó a extender tanto que hasta los padres de familia se enteraron, después de eso trataron a la chica de paria, sin embargo, aseguraba que había sido la mejor experiencia de su vida y cada semana volvía maravillada del dichoso baile.

Al recordar ese incidente, ella llegó a la conclusión de que debía guardar en secreto el asunto del baile. Tampoco es como que tuviera a quien contarle, su madre vivía lejísimo, y solo tomaba un café con sus amigas una vez cada tres meses. Esta realización la entristeció un poco y le dio más ánimos de ir a descubrir qué le aguardaba en ese baile.

La invitación no decía mucho, la única indicación especificaba que no usara ningún tipo de perfume. Le apenó no poder usar la nueva fragancia de rosas que había comprado, parecía que no iba a haber una oportunidad para estrenar su compra, sin embargo, quería embellecerse para la ocasión. Desempolvó su mejor vestido y usó lo que quedaba de la tarde para quedar a juego con la prenda.

Llegó al lugar citado con los nervios palpables, sintió el viento ácido en su cara al acercarse a un jardín hermoso. La escena se veía totalmente etérea bajo el despejado cielo estrellado, una fuente de mármol recién pulido adornaba lo que parecía una pista de baile en medio del jardín. El estallido de color de las bien cuidadas flores que adornaban todo a su paso le daba un aspecto luminiscente al lugar, y la gran variedad floral provocaba una sinfonía de aromas que danzaba en el aire.

Parecía que el lugar estaba vacío en su totalidad, y por un momento se sintió decepcionada de que este circo no hubiera tenido ningún resultado. Fue en ese momento cuando lo vio, ella no sabía si lo había estado esperando o no, sin embargo, al ver que sus ojos reflejaban las estrellas que alumbraban el cielo esa noche, se sintió como la mujer más afortunada del mundo.

Platicaron durante horas y rieron muchísimo, probablemente era la mejor conversación que ella había tenido en años, y por la mirada que tenía, imaginó que él se sentía de la misma forma. El brillo de las estrellas se fue despintando a medida que pasaba la noche, dando paso al deplorable amanecer que marcaba el final del baile.

A pesar de haber pasado toda la noche juntos, ella sentía que podría haber pasado cien años más así. Todo su ser se había llenado de una energía distinta a cualquier otra cosa que pudo haber sentido en el pasado, e inmediatamente empezó a añorar a esa luz que había encendido el encuentro en ella.

Las flores del jardín se cerraron en forma de capullo y la fuente se secó hasta que tuvo una apariencia ruinoso, todo el color que el lugar había desplegado había desaparecido. Él la tomó de la mano para marcar el final de su encuentro y ella casi pudo sentir su calor.

Al volver a su casa se acurrucó en su cama, repitiendo la etérea situación en su cabeza una y otra vez. Por alguna extraña razón sentía que algo así no podía ser real. Su casa parecía demasiado monótona y falta de color después del hermoso paisaje que había podido presenciar. Empezó a pensar lo emocionada que hubiera estado de comentar toda la situación con su madre o en el café mensual con sus amigas, sin embargo, recordó que era algo que debía mantener en secreto y se llenó de unas extrañas náuseas.

Cuando apareció una nueva invitación al lado de su cama le confirmó que esa era su nueva realidad. Se emocionó muchísimo y decidió salir de la cama a prepararse el desayuno para afrontar su triste día, ya que sabía que todo valdría la pena cuando llegara la noche.

Mientras se preparaba un café, veía por su ventana la casa de al frente. La esposa portaba un suéter abierto que le llegaba hasta la cintura y una falda larga hasta los tobillos, su cabello estaba adornado con distintas flores y reía mientras cuidaba de su monocromático jardín. Detrás de ella salió su esposo, igual se veía feliz, sin

embargo, sus ojos no brillaban. Ella no sabía si era por la falta de estrellas o porque las flores no le daban un aspecto luminiscente a su jardín como las que habían visitado anoche.

Historia II. Girasoles marchitos

Llegada a la mayoría de edad, todas las chicas tenían la oportunidad de unirse o no al círculo de recolección de flores exóticas. Las más afortunadas recogían crisantemos, un símbolo de eternidad y belleza, otras recolectaban iris, mujeres capaces de dominar cualquier lugar al que iban, a ella le habían tocado las aburridas margaritas.

El primer día en el que asistió al círculo, contuvo sus lágrimas al ver a sus flores, no quería pasar vergüenza, fue entonces que una chica que llevaba una corona de girasoles la consoló al decirle que podría recolectar otras flores si lograba cautivar a un panal de abejas que crearan miel color verde limón. En ese momento no pensó que esa leyenda fuera cierta, sin embargo, las muestras de empatía que había sentido de su parte le dieron la seguridad de seguir en el círculo con su nueva amiga a su lado.

La chica de la corona de girasoles se volvió entonces su confidente en cada momento vergonzoso que el círculo le hacía pasar. Cuando intentaba cautivar a niñas que no sabían nada del oficio, ni siquiera ellas querían sus margaritas, en cambio, todas las demás miembros correteaban por los jardines de la ciudad regalando flores a extraños, quienes quedaban maravillados cuando les llegaban embriagantes ramos de colores chillones.

No era sino por su estimada amiga que le regalaba de sus girasoles para hacer sus ramos un poco más atractivos que conseguía que una o dos personas giraran a recibir lo que ofrecía.

Un día en la noche, la chica de la corona de girasoles le contó un secreto, había encontrado a las afueras de la ciudad un panal de abejas que proporcionaban miel color azul, sin embargo, se había enterado que eso estaba prohibido por el círculo. Había escapado al notar que un sospechoso chico que repartía boletos parecía estarla vigilando, y no había podido averiguar más. Ella no entendía por qué la miel azul era un secreto, sin embargo, decidió guardarlo por su amiga que había hecho tanto por ella.

A la mañana siguiente que se despertaron, se dio cuenta que la chica con la corona de girasoles no había llegado a la reunión, intentó cubrirla, sin embargo, fue un intento inútil, el círculo estaba decepcionado. Pasó todo ese día sin noticias de su amiga, y lo que era más preocupante, sin alguien que la cuidase de todas las burlas hacia sus pobres margaritas.

Empezó a desesperarse, todas las chicas habían encontrado flores bellísimas, y ella seguía con el mismo ramo blanco desde el día en que llegó. Bajo toda esa presión, decidió tomar prestados algunos de los girasoles que había dejado abandonados su compañera, intentando que tal vez, aunque estuviesen un poco secos, podrían embellecer su arreglo floral.

Tomo las marchitas flores, y al ver que no había forma de arreglar su pálida realidad, los desgarró, trituró y aplastó, sin embargo, nada la hacía sentirse mejor. Fue entonces que se dio cuenta de una cosa, en medio del

desorden de pétalos y semillas había una botella despar-
ramada con un poco de líquido azul viscoso y gelatino-
so, que al mezclarse con las partículas de girasol había
empezado a adquirir un color verdoso.

Recogió ese elixir que había creado accidentalmen-
te y lo untó en su pálido ramo. No supo cómo ni porqué,
pero sus margaritas adquirieron vida, de alguna forma,
su antes apagado color ahora brillaba como nunca an-
tes había sentido en su vida. La fragancia que emitía su
ramo era exuberante y seductora, y empezó a sentir la
necesidad de mostrársela a todo el mundo.

Ocultó hasta el último rastro de la miel azul y co-
rrió hacia el círculo, necesitaba que todas vieran lo que
había hecho y dejaran de burlarse de ella. Y dicho y he-
cho, todas las chicas quedaron maravilladas y la ovacio-
naron, le tomaron fotografías a su ramo e intentaron
averiguar qué es lo que tenían estas flores de diferente.
Ella no dijo ni una palabra, sólo sonrió y disfruto de la
atención.

Cuando llegó la noche, la chica de la corona de gi-
rasoles regresó, se le acercó a escondidas y la abrazó.
Le contó que había curado el panal de abejas azules, al
parecer, la miel que habían creado era peligrosamente
adictiva y dañina para quien la consumía. Ella inten-
tó mantener la calma, su amiga no podía descubrir que
ella había utilizado la miel, sin embargo, tampoco podía
permitir que el elixir que le había permitido ser feliz por
primera vez en su vida se perdiera.

Para destruir el panal, la chica de la corona de los
girasoles había tomado toda la miel que quedaba y
deseaba destruirla, sin embargo, antes de que pudiera
volver a escapar sonó una alarma. El chico de los

panfletos había ido al círculo a acusar de actos indebidos a su amiga. Todo el círculo apareció con intenciones de expulsar a la chica y prohibirle cualquier cercanía con una flor jamás.

Ella se dio cuenta que era su única oportunidad, le dijo a la chica de la corona de los girasoles que huiera por la puerta trasera, y que ella se encargaría de destruir la miel azul. Al confiar plenamente en su amistad, huyó y confió en que ella eliminaría ese elixir profano de la existencia.

Ella intentó deshacerse de la miel, sin embargo, en lo único que podía pensar es que tenía miles de frascos rebosantes del poderoso elixir que le había permitido brillar como nunca antes. Bajo la luz de la luna, ella recolectó algunas de sus pálidas margaritas y las remojó en la miel, sin embargo, sólo habían quedado viscosas y con un olor agrio que ahuyentaría hasta a un vagabundo que saliese de las cloacas. Ella cayó al piso en desesperación, estaba arruinada, no habría fuerza en el universo que la salvase de su desgracia, ahí fue cuando se dio cuenta de que le faltaba un ingrediente para obtener en color verde prometido.

Su amiga se había ido a esconder en un parque a un par de horas de donde se refugiaba el círculo, con el olor a basura de la ciudad y el rechinar de los autos, era imposible que alguien la encontrase. Cuando la chica de la corona de girasoles la vio llegar, sonrió al ver a su amiga, sin embargo, ella sólo podía ver cómo es que las flores meticulosamente entrelazadas en su cabello brillaban, aunque fuese más de medianoche y no hubiese ni una estela de luz alrededor.

Al sentir los brazos de su amiga alrededor suyo, no le tomó más de un segundo decidir arrancarle la corona de la cabeza, y mientras la confusión abundaba la mente de la pobre chica, se empezó a oír a lo lejos la conmoción de todo el círculo que venía hacia ella a quitarla de cualquier cercanía a una flor nunca jamás.

Las lágrimas por la traición que rodaban por la cara de la que antes había sido su mejor amiga eran dulces ante su realidad. Bebió una mezcla de las destruidas flores amarillas mezcladas con su miel azul, y pudo sentir el brillo verde en su interior aflorar por todo su cuerpo. Tomó el que antes hubiera sido un aburrido ramo de margaritas y lo vio transformarse en un bellissimo arreglo de peonías, las cuales significaban buena fortuna en el lenguaje botánico, y abandonó el lugar a pesar de los gritos de desesperación de la chica que ahora sólo tenía una corona de ramas feas y sin color alrededor de su frente.

Cuando el círculo se llevó a la chica, ella no notó su error, y antes de que pudiera hacer algo para evitar que su amiga quedara removida de cualquier capacidad de manipular una flor, se dio cuenta que era demasiado tarde. Antes de poder consumir otro frasco de miel verde limón, no pudo evitar sollozar al darse cuenta de que las peonías no eran y nunca serían amarillas.

Historia III. Brillo Azul

Desde que era chiquita, había sido excluida de cualquier actividad que la sociedad tuviese; decían que amargaba cualquier situación. Ella no tenía otra opción, así era su naturaleza.

Después de muchos años sin comprenderlo realmente, decidió que se escondería de todo y de todos, huyendo de cualquier ser humano que se le acercase, no quería deprimirlos. Aunque eso era imposible; no había ningún lugar en la tierra suficientemente oscuro o suficientemente aislado como para que fuera sin que la encontraran.

La gente decía que, cuando aparecía, veían una ola de humo azul denso llena de brillo, era una imagen hermosa, por esa razón es que no sabían que debían huir de ella. Se impregnaba en tu mente y no salía, no podías pensar en otra cosa y te quedabas despierto hasta altas horas de la noche pensando en ella. Si la situación era muy grave, detendrías lo que estuvieses haciendo para soltar algunas lágrimas y cambiarías tu accionar para favorecerla.

Por todo eso, ella se encontraba constantemente en movimiento. Durante el último tiempo se había acomodado por un tiempo en las afueras de una ciudad hasta que, sin querer, una gran cantidad de personas la habían visto. Acto seguido decidieron protestar para que se retomaran las buenas costumbres que habían tenido en el pasado, logrando prohibir la enseñanza de cualquier tipo de tecnología en las escuelas. “Esos dispositivos del diablo están arruinando a nuestros hijos”, dijeron. Ella decidió huir, le parecía una arcaica decisión y sabía que era su culpa, esos padres de familia jamás hubieran pensado en prohibir nada si no hubieran pasado tantas noches pensando en lo glorioso de su juventud.

Llegó a una ciudad, sabía que tenía que acomodarse en algún lado antes de acabar maldiciendo a todo quien la cruce. Se decidió por un parqueo sin muchos

autos en un lugar que no era muy céntrico, se quedó ahí a esperar que anocheciese para ir más lejos.

Después de unas horas, apareció un señor que bordeaba los 40. Ella intentó esconderse, pero era imposible. Él la vio y sonrió con una felicidad amarga, sus ojos brillaron de color azul y ella, viendo a través de ellos, dedujo cómo es que él empezó a sentir el dulce aroma a cigarro que le recordaba a su adolescencia. Le habrían inundado los recuerdos de su esbelto cuerpo que iba al gimnasio todas las noches, las fiestas hasta el amanecer rodeado de sus mejores amigos, su novia igual de esbelta y joven llena de deseo, todos sus recuerdos se veían sumamente brillantes, incluso más brillantes que cuando habían sucedido originalmente.

Ella en ese momento huyó, lo había provocado de nuevo. Probablemente, ese pobre hombre acabaría comprando una suscripción al gimnasio y consiguiendo una amante 20 años menor que él, dejaría a su esposa y su trabajo estable para intentar revivir ese brillo que ella le había mostrado, cuestión que sería imposible.

Decidió refugiarse en una guardería que encontró cerca, los niños eran incapaces de verla, sus ojos eran tan brillantes y puros que no requerían de lo que ella ofrecía. Se asentó ahí a ver cómo las criaturas disfrutaban de momentos que en el futuro serían el anhelo del brillo de sus ojos, un periodo más simple o más feliz, dulces recuerdos borrosos.

En ese momento, una profesora la vio, ella escapó hacia el jardín, sin embargo, era demasiado tarde. Los brillos en los ojos de la señora la llevaron a pensar en su marido, pero no en cómo él era actualmente, sino en cómo había sido años atrás. Sintió el sabor de los

chocolates que le regalaba en cada aniversario, el aroma de su perfume que se ponía antes de cada cita, el calor de su piel al sentir sus brazos envueltos alrededor de su cuerpo, todas sensaciones que habían sido enterradas años atrás y que no iban a volver. La profesora probablemente debería haber firmado los papeles de divorcio esa misma tarde después de la violenta pelea que tuvieron tras él olvidar su décimo aniversario, sin embargo, esa pobre mujer ahora estaba reconsiderando su decisión.

Ella se sintió indeseable una vez más. No había ningún lugar en la tierra en el que podría esconderse sin lastimar a alguien. Se fue como alma en pena por las cañerías hasta que anocheció. En ese momento salió sin saber dónde había acabado, sin embargo, al sentir absoluto silencio, pensó que había tenido suerte.

Era un hall bastante extenso, no tenía muchas decoraciones, solo una gran cantidad de sillas distribuidas de forma que parecía casi aleatoria, probablemente tendría que cambiar de localización cuando amaneciera, pero por ahora pensó que estaba a salvo.

—¡De mí no te vas a poder esconder! —exclamó una voz rasposa y temblorosa, dejándola totalmente sorprendida.

Una señora que debió estar bordeando los 90 años apareció por una pequeña puerta que no había notado, ella sostenía bajo el brazo derecho un bastón y llevaba enroscado un humo dorado luminoso en el izquierdo.

—No tengas miedo, acércate, el amor me ha contado todo sobre ti.

Ella se siguió sintiendo desconfiada y no se movió,

sin embargo, a paso lento la señora se acercaba, y el humo de su brazo se iluminaba cada vez más.

—¿Qué tiene una señora sola y abandonada en un asilo más que los recuerdos de quienes amó? Déjame por favor escuchar la risa de mi esposo una vez más, ¿puedes?

La señora la miró fijamente y sus ojos se iluminaron, el brillo azul no la había cegado como a los otros. La nostalgia se acercó y se fusionó con el amor, creando un humo azul claro que iluminó toda la habitación, el sonido de la risa del marido de la señora sonó audiblemente en su cabeza y sonrió.

Historia IV. Luz apagada

Habían pasado 304 días desde la última vez que ella había tocado la ambrosía, se suponía que estaba mejorando, sin embargo, no había un solo día en que no pensara en abandonar todo su progreso y sentir esa deliciosa adrenalina una última vez.

Aún podía recordar cómo es que sentía todo su cuerpo en armonía y todo lo que veía era más brillante. Durante el día, no sentía nada cuando aparecía, sin embargo, cuando llegaba la noche, sentía que una nube de brillo la rodeaba, y cada acercamiento que tenían podría haber hecho explotar fuegos artificiales de todos los colores en toda la habitación. Cuando llegaba la mañana siguiente, no soportaba esa falta de brillo al verlo, y solo podía esperar la llegada del manto estelar para poder sentir la magia de su calor.

Ahora solo podía observar todo por lo que había pasado y sentir cierta apatía respecto a su vida que

simplemente no había cómo llenar. Al principio, las reacciones de la abstinencia que tenía eran físicas, lloraba en las noches al ver que la realidad era tan vacía y que jamás volvería a sentir una lluvia de brillos de todos los colores. Después, el dolor se había convertido en algo que estaba dentro suyo, había cortado todo tipo de contacto para olvidar el asunto, sin embargo, aún pensaba que lo veía durante las noches, probablemente una alucinación suya, o solo sus más grandes deseos.

Salió de su casa cargando su apatía con ella, probablemente nadie entendería por lo que estaba pasando, así que solo intentó buscar algo con lo que distraerse, por lo que pensaba quedarse en alguna cafetería comiendo o bebiendo algo que fuese lo menos mediocre posible. No se esperaba lo que se encontró no muchas cuadras después.

Lo vio, se encontraba rodeado de humo en una plaza, a la distancia notaba las sombras del insomnio que habrían pasado al usar la ambrosía. Se acercó un poco, no tenía intención de que sus caminos se cruzaran, pero quería tener la oportunidad de verlo de cerca e intentar que su cercanía le trajera, aunque sea un poco, de las emociones coloridas que habría sentido en el pasado.

Cuando pasó frente suyo, en su cabeza pasaron muchas cosas. Un escenario que intentó borrar de sus posibilidades era uno en que se levantaría e intentaría interactuar con ella para que volvieran a tomar la ambrosía y serían envueltos en una cortina de brillos que la harían sentir la euforia más grande de su vida. El otro escenario al que le temía altamente era el de que en cuanto la viera, es que haría aparecer de algún lado a su nueva compañía, que era su reemplazo,

y presumiría que, al contrario suyo, no habría sentido ningún vacío con su ausencia. Nada la preparó para lo que en verdad pasó.

Ella pasó frente suyo con cierto miedo, tratando de poner la mejor cara que pudo, y simplemente no obtuvo reacción. En los pocos segundos que tuvo, ella intentó interpretar lo que acababa de pasar, se había quedado en un estado totalmente inexpresivo, es como si sus caminos nunca se hubieran cruzado.

Mientras todo el fuego de su interior había bramado ser expulsado para quemarlo vivo y extraer ese brillo que tanta falta hacía de sus restos inertes, ella logró mantener la calma y seguir con su camino, intentando contener todas las emociones que había experimentado. Decidió usar la ruta larga para volver a su casa, mientras intentaba ordenar las ideas que tenía en su cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo se detuvo a observar cómo es que se veía todo a su alrededor, ya se acercaban las fiestas, así que pudo notar cómo es que cada negocio estaba intentando llenar de luces y brillo la calle, como una batalla de luminiscencias en la que cada uno de los dueños quería salir vencedor. Estaba atardeciendo, y con toda la ciudad adornada parecía casi un paisaje que atrapaba el esplendor de la vida humana.

Cuando llegó a su casa no supo por dónde empezar para procesar todo lo que había vivido, quiso agarrar un cuaderno y escribir los mejores versos que jamás habían sido escritos acerca de las chispas de vida que se había encontrado, o desempolvar ese bello piano para componer una melodía que capturara los centellantes

susurros del viento, e incluso sacar un lienzo y pintar las cascadas de luz que estaba sintiendo.

No supo cómo empezar, solo sabía que el brillo había vuelto. Nunca estuvo segura si es que volvió gracias a esa minúscula cercanía o a la decisión de nunca más acercarse, sin embargo, decidió que debía aferrarse a esa luz que danzaba entre las sobras que había vivido hasta ese momento.

COSAS

Santiago Orrico Pammo

Colgado

Estoy acá colgado en la puerta de tu casa, sin embargo no te dignas en verme. Te veo entrar al hogar que armaste con tu familia y te veo salir al mundo que nunca podré disfrutar. Fui un regalo de tu abuela religiosa y me conservas para recordarla, al menos eso espero. Soy la representación más cercana del llamado hijo de Dios, pero tú no rezas, lo que me confunde ,ya que si no es para eso, ¿para qué me tienes colgado?

Reflejo

Odio verte llegar. No te imaginas cuánta repulsión me da tener que verme como tú, un desperdicio de espacio. Odio verte cada vez que pasas tambaleándote frente a mí cuando vuelves de tus aventuras nocturnas. Aborrezco que te veas en mí cada vez que te haces la promesa vacía de que ese trago iba a ser el último de tu vida, para después llegar una semana después hediendo a alcohol barato. Pero si hay algo que odio más que a ti, es que esos pobres niños tengan tu apellido.

Sueños

Nunca me cambiaste de lugar, la verdad no te culpo porque no encajo en otra parte. Te acompaño todos los días y, si bien no recibo un gracias, saber que tienes un

buen descanso es suficiente. Estoy ahí todas las noches, a veces me abrazas, pero la mayoría de las veces descansas tu cabeza en mí. Si bien no puedo ver tus sueños, sí siento tus pesadillas. Siempre me cambias de funda después de cierto tiempo, pero siempre me pregunté: ¿Por qué nunca cambia la cabeza que acojo?

Regalo

Estoy perdidamente encariñado contigo, no sabes cuanto amo ser tu compañía en momentos felices. Estoy consciente de que en nuestro camino juntos me pierdas, me rompas o consigas a alguien mejor, sin embargo, eso no me importa. No seré de la mejor calidad ni lo más hermoso, pero me alegro de que me escogieras en esa juguetería. Por favor, disfrútame más que el niño que me fabricó en el otro lado del mundo.

A Medias

No soy nada sin mi par, es una pena porque siempre se pierde. A veces se escapa cuando nos limpiamos, o a veces se escapa cuando nos guardas en el cajón. Tristemente me fabricaron junto a ella, por lo que no puedo encontrar otro par. Todo sería más fácil si a mi dueño no le gustaran las medias con diseños, así me emparejaría con cualquiera. Estoy agradecida porque si bien siempre pierdo a mi par, estoy mejor que las medias deportivas.

RGB

Soy uno más del montón, no existo ni tengo propósito si no es con decenas de miles a mi lado. Juego un papel crucial en el sistema que te controla, pero no te detienes a fijarte en mí y la verdad no te culpo, si te acercas para verme te dañarías los ojos. Es curioso cómo uno como yo no hace la diferencia, pero cuando me muera no verás tu pantalla de la misma manera.

Cortante

Acumulo polvo en un cajón olvidado de tu escritorio, a veces con suerte me usas para hacer alguna manualidad, pero siempre me opaca mi reputación. Me compraste para cortar un pedazo de cartón cuando tenías un triste proyecto de manualidades. Me acuerdo perfectamente cómo por imbécil te cortaste y me echaste la culpa. Eres consciente de que soy un objeto inanimado, pero aún así te sorprende cuando te cortas usándome.

Aígrene

Me compraste para poder volver a usar ese sucio y descuidado control remoto, al parecer no te enteraste de que ahora hacen unas iguales a mí, pero recargables. Tantas empresas me producen con aún más marcas para distinguirme de las demás, pero muy en el fondo sabes que, aunque sea la más cara, hago el mismo trabajo que la más barata. A todo esto, tu control remoto no funciona porque me pusiste al revés y conociendo el desastre de vida que manejas, segura la que vino antes que yo igual estaba al revés.

Narcison't

Me encanta cómo odias verte en mí, me causa mucha gracia la verdad. Soy la única prueba de que eres quien eres y aún así no te gusta mostrarme. Es impresionante cómo después de tantas fotos vanidosas para tus 50 seguidores no sabes posar para la foto que cargarás durante docenas de meses, no te mientas, sabes que esas imperfecciones no las nota nadie. Recuerda que siempre podrás renovarme después de unos años o claro, antes si es que me pierdes.

Auxilio

No entiendo por qué me compraste. ¿No sabes que vives en el siglo veintiuno? Por favor, déjenme morir en paz. Entiendo el atractivo de lo antiguo y lo vintage pero estoy en el medio exacto entre lo viejo y lo nuevo, ni si quiera soy el mejor haciendo el único propósito que debo cumplir. Por favor, bótame para terminar en un mar o tirado en un desierto, así posiblemente mi existencia sea más divertida. No entiendo para qué me compraste si tu celular tiene Bluetooth.

Culto

Soy un dibujo, unas cuantas letras y algo más de composición. Sin embargo, la gente se mata por lucirme, sabiendo que no soy más que mi productor. Tengo presencia en todos los centros de moda a nivel mundial. París es lo que es por mí, Milán se mueve conmigo y ustedes gastan miles de dólares para que sea un estam-

pado de dos centímetros en una sudadera que no cuesta más que una piedra.

Mareado

No paro de dar vueltas. La verdad eso me ayuda a ver el mundo de varias formas. Es curiosa la ironía de ser una herramienta y ser capaz de armar o desarmar cosas, todo depende de a qué lado me gires. Es curioso cómo gastaste un montón de dinero para tener el set con todos los tamaños y estilos de mis pares, sin embargo estás consciente de que nunca nos usarás a todos. La verdad no me quejo de mi posición, pude ser plano o corto, pero me alegra ser la estrella.

Significado

Soy el mejor libro escrito por el ser humano, de eso no tengo duda. Tengo palabras con significados poéticos, extravagantes o viles. Si ustedes no me hubieran creado, no podrían ni entender el mundo que los rodea, soy la forma por la que entienden, aprenden o encuentran. Pero me molesta como otros libros me roban el título que tanto merezco, si no fuera por ese conjunto de cuentos sobre un hombre en el cielo sería el más importante.

Llevado

Tengo frío, mucho frío. Puedo viajar miles y miles de kilómetros, pero igual siento que no voy a ningún lado. Hay varias corrientes iguales a mí, unas más calientes y otras más rápidas, pero yo soy lo que soy, una corta bri-

sa de verano. Me llevo palabras cuando no las dices con sentido y sé que no soy un ser vivo, pero algo te digo. El ser humano miente más de lo que existe.

Gris

Despiertas, estoy ahí o no. No hay puntos medios.

El sistema

Ahora estoy en otra mesa, mañana pasaré a otra. Me da pena ver cómo una persona termina de arruinar su vida o cómo otra ingresa al vicio. A veces puedo ser un veintiuno, a veces puedo ser un triste par de dos, todo depende de cómo me marean, pero más me aturde ver cómo la gente llora después de perder los ahorros de su vida. Tantas manos que me tocaron y tantas historias que cambié por meros hechos de probabilidad y aun así los ludópatas no entienden que mis resultados no dependen de la suerte, dependen de la casa.

Plantado

Voy contemplando cómo pasa el tiempo, voy admirando cómo las personas que alguna vez se colgaron de mí vuelven a la tierra que pisaron. No sé cómo empezó mi existencia y tampoco sé cuándo terminará y la verdad no me importa. Tengo los fundamentos impregnados en el suelo que me sostiene y tengo a la fauna a mi alrededor siendo el centro de la vida. Pero quién diría que me recuerdan más por dar sombra que por dar oxígeno.

Adornado

Soy un simple lienzo. Me pintaron una vez, pero sé perfectamente que no te atreverías a hacerlo de nuevo en varios años más. Es curioso cómo mi color afecta en la percepción, estética y en tu ánimo. Me encanta que en mí estén colgados otros lienzos, me completa para que no sea algo simple y anodino. Recuerda que separo espacios de tu hogar, pero siempre olvidas que no soy tan grueso como piensas, todos te escucharon y todos saben lo que hiciste.

Ojos

Te acompañé en todos los momentos que quisiste inmortalizar y sin mí nunca lo hubieran hecho. Evolucioné desde ser un armatoste hasta entrar en tu órgano máspreciado, solo para ti. Sin mí no existiría ninguna red social como la conoces, de nada. Me encanta como capturas miles y millones de recuerdos, ya sean para compartir o recordar. Soy tu mejor amigo para alimentar tu vanidad y también para alimentar tus inseguridades, hablando de eso, tu papada sale en la última foto.

Sorpresa

Sé que nunca me querrás ver. Fui un invento para proteger tu vida en una situación de riesgo concreta, siendo así el diferencial en las estadísticas. Sé que no me quieres ver pero en el momento en el que se dé, estarás muy agradecido de que decidí salir para amortiguar tu golpe.

Ayudante

Me crearon para salvar vidas, pero este pobre hombre me usará para quitarse la suya, solo que aún no lo sabe. Me enorgullecí mucho al saber que mi utilidad fue cumplida al momento de suministrar ese antibiótico, pero como todo en el ciclo, cumplí mi misión y fui descartado. No tomé en cuenta que un zombi vivo me encontraría y me usaría para algo letal. Quién diría que él, aún con sus dedos temblorosos, pudo llenarme de crack.

Volador

Hoy tuve la suerte de poder experimentar el vuelo por primera vez. Amo surcar el cielo, lo amo tanto. Me encanta pasar por montañas para ver las ciudades desde arriba, lo único triste es que mi vuelo solo es de ida. Mi viaje es extremadamente largo, por lo que puedo apreciar el paisaje, pero cada vez más me acerco a mi destino, quién diría que el camino es más divertido que el destino. Es una pena que esas personas se asusten al saber que estoy yendo hacia ellos.

Aprendiz

Amo ver a todas las mentes nuevas que pasan a verme. Por mí pasaron tantas fuentes de conocimientos, desde las ciencias exactas hasta los más creativos que el mundo verá. Lo único malo de mi existencia es que cada vez que me llenan de conocimiento me lo terminan borrando, pero el recuerdo de que pasó es lo que importa. Sin embargo, aunque esté en una casa de educación, no

falta el gracioso que no puede controlar su impulso de dibujar formas fálicas en mí.

Vidrios y miedos

Pasé de ser una ayuda para mejorar la vida de los que me necesitaban a ser una prenda de moda, lo que no me molesta. Lo que me molesta es mi existencia y el sentido de la misma, eso es algo que no entiendo. ¿Por qué me hicieron? ¿Qué clase de depravado quiere ver el mundo más nítido? ¿Por qué los humanos quieren ver sus miedos más nítidos?

Propósitos

Me crearon para cortar carne, mi existencia no existe para nada más. No me molesta la verdad, saber que fui parte de la creación de comida deliciosa es suficiente para mí. Mi dueño me mantiene con una calidad de punta, limpiándome y cuidando mi filo, lo que aprecio mucho. Algo que no esperaba es que un día cortaría carne humana.

Qwrty

Imagínate ser la letra más usada en la lengua y que no tengas una religión a tu nombre.

Iluminado

Te salvo de la inseguridad de la oscuridad, algo que me da propósito para existir. Estoy presente en cada rincón

de tu casa, lo que más amo de mi trabajo es que solo laburo unas cuantas horas al día, es lo bueno de que descansan en el momento más oscuro del ciclo. Lo curioso de mi existencia es que entro en la dualidad de dar luz, pero nunca elimino la oscuridad.

Do Re Mi Fa Sol Si

Soy parte de una escala que crea una forma de expresión libre. Me usan para expresar alegría, felicidad e incluso si quieres reflejar tonos juguetones. A pesar de mi naturaleza igual soy una parte crucial de tonos fúnebres y lentos, lo que no me deja existir en paz. Me siento fuera de lugar pero encajo perfectamente si me sabes usar, por lo que soy versátil, pero igual, soy infeliz.

Agarre

Siempre ando a tu derecha cuando asciende pero a tu izquierda cuando descienes. Salvé muchas vidas, obviamente junto a los reflejos de esas personas. Hay veces en las que me muevo y doy inseguridad, pero siempre estaré ahí para recibirte, es lo que importa, ¿o no?

Portales

Separo espacios, pero no estoy tan seguro de si los limito. La gente pasa a través mío y entra a otro cuarto, pero cuando me abren: ¿No combinas los dos espacios? No entiendo el concepto de espacio, ni siquiera el de lugar, pero sí entiendo que no es saludable pensar tanto en esas cosas.

Evolución

Fui la bestia más temida en mi época. Morí en una batalla épica peleando por comida y soy recordado por ser uno de los depredadores más prolíferos de la historia de la vida en el planeta. Mis restos físicos fueron enterrados por la historia y el tiempo, siendo perturbados miles de millones de años después de mi fallecimiento. ¿Para qué? Para hacer copias de mi grandeza, solo que pequeñas, sin vida y de plástico.

Desactualizado

Antes todos dependían de mí. Antes tenía un lugar especial en los bolsillos, bolsos, estuches y mochilas de todos, ahora solo soy una formalidad. Supongo que todo llega a su fin tarde o temprano, ahora es mi momento de pasar a la historia. No hay elegancia tan brillante ni obras tan complejas que me salven del mundo digital, mi destino se firmó con la llegada de los garabatos electrónicos.

Número

Solo eres un número, para mí solo eres eso. No importa que yo sea tu mejor amigo, tu herramienta de trabajo o la fuente de tu entretenimiento, solo eres un número. Si te hace sentir mejor, tú y yo somos un número, la única diferencia es que yo tengo un número de serie y tú tienes un número tatuado en una base de datos.

Odio

Odio no ser comprendido y te odio por no comprenderme. Mi creador no me concibió con la intención que tu me das, nadie me entiende como él quiso que me entiendan. Es lo que odio de ustedes, están hechos para disfrutar y crear el arte, pero la gran mayoría de las veces no lo entienden. Mi propósito es ser una expresión de los límites a los que la creatividad llegó, pero para ti solo soy abstracto.

Recordar

Fui un regalo de la persona que alguna vez fue tu pareja. Sabes que no importa lo que sea, te importa lo que represento, sin embargo, no te das cuenta de lo que en verdad signifique. Soy la representación física de que tú como humano no eres capaz de superar. Piensas que me tienes para recordar o porque me encontraste algún uso, pero si ese fuera el caso, sabes perfectamente que me puedes reemplazar por algo que sea igual a mí pero que no venga de alguien del pasado.

Puesta

Apoyas tu vida entera en mí y tú no te das cuenta. Hay días en los que apoyas tus proyectos, otros en los que apoyas tu comida. Me hicieron con un árbol entero y aún así no puedo disfrutar de la naturaleza, solo disfruto de la vida cotidiana de un mueble. Me alegra que me pusiste en un lugar acogedor, pero me molesta que no controles que tu perro haga de las suyas con mis patas.

Éxito

Soy la prueba de tu inteligencia, o al menos eso te hago creer. Mi tamaño depende de cuánto tiempo te esclavizaste en tu escritorio, pero no te reconocen por eso, te premio por tu capacidad de acaparar memoria y no usarla después del examen. Solo puedo tener la capacidad de evaluar a un pez por su capacidad de escalar árboles.

Historia

Me leíste, me entendiste a tu manera. Recuerda que todo y todos los que te rodean llegaron a este punto por medio de una historia, eso incluye que estés leyendo esta historia. Nunca serás capaz de entender todas las historias, como yo nunca seré capaz de entender tus historias. No importa qué mensaje sacaste de esta lectura ni que piensas de las historias, lo único que importa es que eres capaz de entender que eres un ser consciente, que puede contar historias.

EL SUEÑO PESADO

Maya Isabel Paredes Zenteno

Ojos por todas partes, ojos que me perforan, que recorren cada parte mía. De punta a punta, de pies a cabeza. Están a mis espaldas, hablando por lo bajo, expectantes a cualquier movimiento mío. Pellizcan mi piel y trago saliva mientras doy lo mejor de mí para no dar media vuelta y revelar qué es eso que me lleva acechando todo este tiempo. Mientras me escueza el cuello, sé que no me dejarán en paz... Justamente por eso estoy aquí, ¿no es así?

El proceso

Suspiro con pesadez, no sé si por el cansancio o por el ambiente; quizá por todos estos sentimientos acumulados, enredados unos sobre otros. Acá abajo veo todo como con un filtro verdoso, inquietante. El sol llega a iluminar dos entradas, chicas. Debo poder ver con claridad como máximo tres metros cuadrados; la cuestión es que el resto del lugar se mantiene en penumbras, oscuridad.

La mochila me pesa y no hay silencio en el que pueda concentrarme. Así, solo me queda este sonido; una especie de ruido blanco, tenue, escoltado por una que otra gota. Es algo inmersivo, hipnotizante. Gota tras gota, tengo el presentimiento de que hay un mensaje oculto, algo que todavía no puedo identificar... Capaz estoy sobrepensando, capaz el único mensaje es que hay agua en la superficie. Suelto un bufido con cierto alivio, pues eso significa que puedo llevar a cabo

el proceso sin ir tan profundo. Ir más allá sería codicioso, sería poner a prueba mi suerte, maldita.

Se trata de un charco mitad iluminado y mitad oscuro: agua estancada. Me pongo de cuclillas para evaluar su profundidad, capaz no me sirva después de todo. Es solo un poco frustrante, sobre todo si el escorzor continúa y el tiempo no me espera. Debe ser mediodía, a juzgar por la entrada de luz justo arriba mío. Levanto mi mirada con pesadez solo para encontrarme con el reflejo fragmentado de quien debería ser. Es curioso, pues es la luz la que juega con la proporción de mi cara. Hm, sí, curioso.

Ante mi rostro, apenas puedo reconocer mi parpadeante mirada. Ojerosa, inquieta y voluble... Es un tic que me acompaña desde la niñez; el ojo izquierdo no me deja en paz. Suspiro y la pesadez no me suelta, es complicado desenvolverse con todo el calor y humedad de aquí abajo. Cosquillas y ojos por todas partes.

El sueño pesado. Batallo al mantener mi vista en este plano, en esta realidad cuasi ajena. Bostezo y entonces el viento me atropella de tal manera que tiemblo al instante, una respuesta inmediata. Abro bien los ojos y quiero creer que soy solo yo, mi reflejo en el agua y este minúsculo espacio...

Ni siquiera hace frío y estoy temblando, es inquietante. Repito en mi mente la solicitud para entrar al lugar. Lo llevo haciendo durante todo el camino y aún así me siento intrusa. Sacudo lo sucio de mi pantalón y escucho a través de la gotera una advertencia. No puedo resistirme más y volteo. Al hacerlo, solo encuentro oscuridad.

Palpo mis bolsillos y me dispongo a desempacar. Percibo un mal presentimiento, una mala vibra que intenta ahuyentarme de mi única razón de vivir hoy en día. Solo pretendo dejar todo esto atrás, toda esta emoción, ¿por qué debe ser tan difícil? Últimamente en mi vida predominan estas emociones, un vacío que hoy no logro tratar, remediar. Día tras día me despojan de todo lo parecido a satisfacción, me conceden solo lo inútil. Suelto un suspiro.

Desempaco y dejo mis cambios de ropa bien doblados, escondidos tras la oscuridad. De mis dos botellas, solo llevo una. El sándwich es indiscutible, mi cuaderno y bolígrafos también. Sigo hurgando para acordarme qué más traje: dos linternas, una cuerda y las hierbas sobrantes de hoy más temprano. Mi respiración se vuelve más pesada al no hallar mi cámara entre todas mis cosas. Nuevamente, sentimientos enredados, como si hubiera venido hasta acá solo para nada. Luego, me acuerdo de que la tengo colgando de mi cuello. Suspiro.

Me siento un cacho para recomponerme del mal rato. Me dispongo a revisar la batería que me queda y algunas fotos destacadas de tiempos pasados. Entre ellas, encuentro a mi familia y amigos hace algunos años. Veo a mis primos fingiendo estar en un torneo de box, a mis amigos en bicicleta en un mirador de La Paz: la vasta ciudad de fondo. Paso entre aquellos recuerdos y sonrío, hasta que encuentro una foto de papá y mamá sentados uno al lado del otro, ambos con una sonrisa un poco apenada. Era un paseo familiar por Cochabamba y ellos me habían insistido todo el día a que usara mi cámara. Hoy siento sus miradas atravesarme, consumirme. Enseguida, siento mi mejilla punzar.

Limpio el objetivo de mi cámara y la apoyo encima de mi ropa. Empiezo a filmar con prisa, por el tiempo y para ahorrar toda la batería posible. Así, me centro en la lucecita roja al lado de mi flash. Debo verme verde.

—Hoy trato de acabar con esto. Estoy en plena selva, en la profundidad. Me tomó toda la mañana llegar aquí, me tomará todo otro día salir. No traje mucho alimento, no quería cansarme más... En fin, ahora debe ser medio día. El sol está justo arriba de mí. Se nota, ¿no? Bueno, no sé.

Ruido blanco que delata la profundidad de la cueva, todo lo desconocido que oculta. Suspiro y me acuerdo de mi padre.

—Ahora mismo estoy por entrar más profundo. Los llevaré conmigo para no sentirme tan sola. No sé qué tan seguro será andar con una mano ocupada por aquí, pero bueno. No creo grabar todo, solo lo más importante. Tengo hambre. Bueno, eso. En seguida les muestro el alrededor. Es muy lindo, aunque...

El escozor por mi cuerpo. Rápido, tomo mi cámara y atravieso junto a ella el reducido espacio iluminado. Tropiezo con un par de piedras y pienso que debe ser mal augurio. No, no me caigo ni ruedo, pero no hace falta para poder presentir algo malo. Basta con un pequeño tropezón.

—Bueno, debo seguir con esto. Suerte.

El sueño pesado. Apenas apago la cámara, resbalo. La humedad acá convierte todo el suelo en una amenaza para mi estado físico. Caigo de espaldas y la mejilla me vuelve a punzar. Abro bien los ojos y procuro mantenerlos así por el resto del día. Me ayuda de alguna forma. El dolor logra hacerme acordar de que sigo viva, para

variar. Suelto un alarido pensando que nadie más que yo podrá escucharlo y... se siente extraño. A pesar de la ausencia de algún ser vivo a simple vista, no me siento sola. Son los ojos, miradas pesadas que no me quitan de encima. Siento a mi corazón latir más rápido y reniego contra la idea de marcharme. No vine hasta aquí para nada; debo terminar con lo malo, continuar el proceso.

—Hoy pido permiso para entrar aquí, pido permiso para adentrarme más, allá donde encuentre cuerpos de vida, de transformación, de agua...

No me voy a rendir de esta forma. Todavía queda tiempo, intenciones de superar lo que soy hoy en día. Recuerdo la mirada llorosa de mis padres y quiero arrancarme el corazón, la piel.

—Hoy pido permiso para entrar aquí, pido permiso para adentrarme más, allá donde encuentre cuerpos de vida, de transformación, de agua...

Quien sea que me esté escuchando, mis intenciones no son malas. Cueva, murciélagos... Cierto, murciélagos, ¿son ustedes los que me perforan entera?

Suspiro y trago saliva, me responde el ruido blanco. Del tiempo que ya llevo así, empiezo a sentir que mi oído está tapado, mis pulmones, pesados. Ojos cansados, mejilla punzante. De verdad que lo menos que quiero es irme ahora. Significaría que tanto esfuerzo fue, rotundamente, en vano. Ahora que estoy tan cerca de encontrar la paz, no puedo arrepentirme. No, ni siquiera es opción. Quiero arreglar esto, de verdad que sí.

Me sacudo entera, trueno mi espalda y palpo mis bolsillos en busca del encendedor. Dejo mi celular bajo mi ropa y me vuelvo a colgar mi cámara. Luce sucia y solo espero que no se haya dañado en la caída. A simple

vista, no pasó nada muy significativo. Verifico que esté apagada y me comprometo con ella a andar con mucho cuidado; de verdad que no quiero dañarla.

Sostengo con fuerza las correas de mi mochila. No tengo reloj, por lo que me he de guiar únicamente por mi instinto. Si quiero enmendarme, todavía debo entrenar mi percepción del tiempo... No sé qué tan buena idea sea ponerme a prueba en estas circunstancias... ¡Qué digo! Sí es el momento ideal para atar la mente al cuerpo. Entre la posibilidad de vivir o morir, creo que hoy desempeñaré mejor que en mi vida entera. Sonrío, es casi molesto.

Dos horas. Como máximo, debo tardar dos horas en bajar y subir. Imagino el cronómetro en mi mano, presiono rápidamente un botoncito y la cuenta regresiva inicia.

Primer paso, no he muerto todavía. Al segundo, ni pienso que la muerte sea más una opción. Tercer paso, ya no tengo de qué preocuparme. Hago memoria de todas las instrucciones de aquel niño en la mañana. Bajar con calma, mantener el silencio, que no hay animales, pero tal vez haya un borracho; que el borracho, en realidad, es un vecino suyo que no es malo, pero que por alguna razón siempre está por allí (aunque hace tiempo que no lo ve, que es raro que hace tiempo que no lo haya visto, pero que luego de él, no tengo de qué preocuparme). En ningún momento mencionó tantos ojos ni tantos murciélagos... Sobre el agua, me contó que podía encontrar tanto riachuelos como estanques... ¿Qué más tenía que hacer?

Sostengo la linterna con firmeza y noto que mis pasos son cada vez más cortos, rectos. El camino poco a

poco se vuelve más y más estrecho, irregular. Entre las paredes sobresalen una especie de grietas, son como gotas ya sólidas. El suelo es pura roca, resbaladiza... Trago saliva y encomiendo mi camino al destino. Suena como una mala idea.

En la entrada, el techo era altísimo; por aquí, se acerca cada vez más a mi cabeza. ¿Es algo de lo que debería preocuparme? No me acuerdo mucho. De todas maneras, no creo que ello represente un gran peligro. Es más, se ve llamativo, sí. La linterna la sostengo contra mi antebrazo, preparo el flash y, entonces, comienzo a filmar.

—Estoy a contrarreloj. Díganme ahora, ¿creen que alcance? Por ahora todo sale bien. A juzgar por el murmullo cada vez más fuerte, asumo que hay un río o riachuelo cerca. Estoy cerca. Bueno, tengo que volar para no quedarme acá esta noche. Ahora me callo y los dejo un momento a solas con ella, la cueva. Por alguna razón, presiento que...

Dejo de filmar cuando casi ruedo por la bajada. El sendero llega a ser tan estrecho que lo atravieso rasgando. Un paso en falso y corro el riesgo de pegar mi nuca contra estas piedras, muerte casi instantánea. Tomo un suspiro más profundo que la anterior vez; debo mantenerme bajo control. Me concentro en seguir, solo debo seguir.

Ruido blanco, llega el punto que hasta debo meter panza para continuar. El murmullo del riachuelo se hace cada vez más presente y me sorprende el volumen que están alcanzando mis latidos. Son continuos, como en un compás cada vez más acelerado. Me muerdo los labios como forma de amortizante. De todos modos,

dar media vuelta no es una opción. No cuando estoy tan cerca... Me empieza a doler el roce de la piedra contra mi piel... pero recuerdo, solo debo seguir.

Escozor, ¿por qué me traicionas ahora?

Trago saliva y me concentro en el murmullo del riachuelo, me debe faltar poco. Pasito tras pasito, debo estar cerca, cerquísima. Solo que cada vez el espacio es más reducido y me lastima más. Es como si me estuvieran rascando, todos los ojos, perforándome. Me atormentan no solo la mente, sino mi cuerpo entero. Los siento atravesar mi piel, capa por capa. Escozor traidor, ¿por qué me haces punzar? Siento mi mejilla reabierta; nuevamente, me empapa la sangre. Alaridos, ¿los suelto o saldrán los murciélagos escondidos? Según el niño, no hay. ¿Y si me mintió para que le invitase el sándwich? Así son los niños, capaz solo quiso meterme miedo con lo del borracho. Dios, la sangre. Estoy segura que debo estar dejando un colorido camino de desconcertante dolor, ¿olor? Murciélagos de fruta, ¿verdad?

Pulmones pesados, la mente atada al cuerpo y mejilla sangrante. El murmullo, cercano. Pienso en mi madre llorando, en mi padre empujándome hasta tumbarme. Recuerdo la música absorbente, la libertad fugaz.

Solo debo seguir, seguir y seguir. Sostengo un suspiro.

Nací con mala suerte, es algo que sé desde niña. Tuve mala suerte en todo momento, desde que nací con este cuerpo hasta que me creí digna de alcanzar la alegría, ya, satisfacción. Suerte maldita, que hoy me tienes aquí acorralada, incapaz de pensar con claridad:

ser primitivo, volátil. Siento la garganta reseca y cierro los ojos con fuerza hasta que finalmente el sendero me libera. Entonces, recién vuelvo a pensar.

Tengo sed y dejé muy atrás mi mochila. No puedo alcanzar a verla, pero la imagino perfectamente desgarrada. Hierbas y hojas desparramadas por todo aquel sendero maldito. Mi cámara yace hecha añicos y me pregunto cómo no me di cuenta entonces; si hasta partes suyas se incrustaron en mi pecho. De repente, siento todo con una lucidez vomitiva. Arde.

Me doblo y palpo todo mi cuerpo. Identifico así más fisuras mías; todas contestan ardientes, pero solo sangra mi mejilla. Suerte maldita, ojos que me atormentan. Lágrimas corrompidas, ni siquiera logro llorar sin dejar de sonreír. Suerte maldita, ¿por qué me juegas así? Ningún alarido ya puede expresar cómo me siento ahora, como añicos. Soy el horror hecho persona. Solo pienso en las lágrimas de mi madre y mi suerte maldita, vida maldita. Me siento deshacerme poco a poco, perderme entre todo lo malo que hoy está tan arraigado en mí.

Suspiro y mi mente está revuelta entre el dolor y los recuerdos. Mi piel se desprende ante mis uñas desesperadas y caigo de rodillas. Es curioso, la roca, ocasionalmente, no me lastima. Cabeza revuelta y corazón volcado, me queda agradecer el haber comido poco hoy. De otra manera, olería y me vería peor de lo que ya debo hacerlo.

Escozor maldito, busco silencio y encuentro murmullos. El murmullo nomás... El proceso, la transformación. Mi cabeza está tan revuelta que soy incapaz de hallar el proceso. Mi última esperanza, el proceso.

Debo volver a tomar el control, respirar profundo, contar del uno al diez, pensar en mi vida antes de que mi ingenuidad me arruinase. Busco que todo explote para volver a tomar las riendas, pero me tomará tiempo, más del que ahora tengo. Piensa, cabeza, piensa, despréndete de lo malo. El proceso, lo siguiente que debía hacer. La suciedad, la mierda que me cubre. Debo lavarla, rasgarla lejos de mí. Sin pensarlo más, me arrastro hasta el riachuelo. No quiero tardar, me sumerjo por completo.

Me recibe el agua tibia, reconfortante... o al menos eso me imaginaba. Es, en realidad, todo lo contrario. Me consume por completo, el ardor. Mis fisuras reaccionan con violencia, como si tuviesen vida propia. Se retuercen y grito, grito como nunca grité en mi vida. El dolor me nubla la mente y eso de alguna forma me ayuda a encontrar mis lágrimas. Todo el sentimiento explota en alaridos que probablemente convoquen a murciélagos o qué sé yo, capaz el borracho esté por acá y se apiade de mi alma, de todo mi sufrimiento. El borrachito me trataría de ayudar, me preguntaría cómo llegué a tan lamentable situación. Me ayudaría a acabar con todo este dolor... o no. Con que me sepulcre aquí mismo, yo ya estaría bien. Sería un final autoconclusivo, un poco de paz entre tanto enredo.

El cuerpo entero me tiembla y me intento hacer bolita. La verdad es que el dolor físico consuela mi dolor emocional; ya, al menos algo bueno, ¿no es así? Ante la vasta oscuridad, el proceso. Soltar, sacar lo malo con todas las palabras que puedas. El cuerpo entero me arde y ya no tengo ganas de seguir.

Mi final puede ser así. De hecho, creo que sería lo más interesante que me ha pasado... Ja, lo mejor de mi vida: la muerte. Intento reír y me atraganto con aquella pequeña acción. Salgo por inercia del agua y toso con frenesí. Genial, ahora me arden hasta los pulmones. Todo es oscuro, el dolor me consume y me pregunto cuánto tiempo más debo pasar así; aquí, en esta vida inútil, suerte maldita.

Dejo que el tiempo se escurra de aquella manera. Vuelvo a respirar y me acostumbro al ardor de mis heridas. Alrededor, solo oscuridad. La linterna la solté apenas encontré el riachuelo. Murmullo maldito, que me has llamado hasta acá. Ahora, solo me queda esperar.

Claridad, es lo mínimo que esperas en un momento como este, ¿no es así? Ya no estoy tan segura si de verdad estoy al borde de la muerte, pero al menos ahora nada tiene sentido... lo que resulta ser algo reconfortante, sí. Todo en lo que basé mi vida no tiene razón ahora que lo perdí todo. Todo lo antes perdido ya no duele, pues de todos modos llegaría este momento. Hoy, que solo soy dueña de estas emociones, no me preocupo por qué tanto pueden destruirme; destruida ya estoy, no sé qué más tendría que pasarme para hallarme peor.

Recuerdo a mi madre y padre el día de mi cumpleaños, a mis amigos jalándome para que mordiera la torta y a mis primos tratando de protegerme. Los tengo en mente, presentes. Hoy no sé en qué mambo estén o si me seguirán teniendo un mínimo de aprecio. Bueno, poco importa ya; hoy que soy dolor, sangre y agua... recuerdos.

El cuello me pica y la oscuridad me consume. Palpo mi alrededor y, por suerte (ja), encuentro mi linterna.

No quiero prenderla para volver a enfrentarme a tanto infortunio. Hoy solo quiero librarme de este peso, que me atormenta adonde sea que voy, en todo mi actuar... El proceso.

Mente iluminada, ojos despiertos, sueltos por fin de este filtro de sueño, de sueño pesado. Viva. El ardor, cansancio y tristeza: viva, al fin y al cabo.

Sacudo mi cabeza y hago muecas por el punzante ardor. Lo que sigue en el proceso es frotarme el cuerpo, librarme por fin de toda esta desgracia que me consume. Lo hago, al principio lento y con suspicacia, pero lo hago.

—Debo dejar atrás... Atrás esta sensación, energía negativa. Todo lo que me consume, que en realidad no necesito...

Mis recientes heridas contestan punzantes. Mis ojos deben estar brillantes.

—Dejo atrás esta energía y me dispongo a cambiar, a recibir la energía renovante, curadora.

Continúo temblando, raspando mi cuerpo entero. Paso de pies a cuello, visualizando toda la mugre roja, física, que me recorre por completo. Todos los ojos. Todos los ojos ya no me miran a mí, me miran las manos. Cuando por fin me deshago de aquel escozor, me doy cuenta de que solo me falta mi rostro, mi mejilla. Entonces, vuelvo a serme ajena. La garganta reseca, recuerdo aquel día con claridad, todas las caras y todos los gritos.

—Supero lo malo y doy bienvenida a esta energía nueva, purificadora.

Mi mente se nubla ante la emoción, el sentimiento. Mientras tanto, los veo con claridad.

—Supero lo malo y doy bienvenida a esta energía nueva, purificadora.

Es el sentimiento al que nunca podré controlar. Las lágrimas son irrefrenables, me consumen.

—Supero lo malo y doy bienvenida a esta energía nueva, purificadora.

Mis uñas se aferran a algo por despedazar. Al dar contra mi cuerpo, ya roto, se quedan inmóviles.

Pulmones pesados, me cuesta respirar. Hoy solo me queda este momento, inmerso y fundado por tanto sentir. Me encantaría poder deshacerme de esta presión, de todos estos ojos... Mejilla punzante, sueño pesado. Por más que destruya y enmiende este cuerpo tantas veces, no me dejarán en paz.

Mejilla punzante, sueño pesado.

DESENCADENAMIENTO

Patricia Varas

Sick and tired,
but I don't wanna mess up
'cause life goes on.
— 방탄소년단 , Dis-ease

Mentiría si dijera que la llegada de la pandemia significó siquiera una preocupación para mí. La realidad es que el aislamiento jamás fue un gran problema. Escuchaba las noticias de las muertes de los contagiados como si fueran sucesos comunes. No estaba preocupada, al contrario, la idea de tener un extenso tiempo libre me agradaba bastante. Podría leer los libros que tenía pendientes, aprender un nuevo idioma o aprender a cocinar, o simplemente dormir todo el día. En ese tiempo vivía en El Alto con mi mamá. No me sentía especialmente preocupada por nuestra salud, pues ella, al ser profesora, impartiría clases de manera virtual y yo pasaría mis clases del mismo modo. Sin embargo, no tomé en cuenta que todo exceso es malo. Los pensamientos intrusivos llegaron poco después de que la pandemia empezara.

La culpa por asuntos del pasado comenzó a ocupar la mayor parte de mis pensamientos. Aquellos primeros meses fueron el resumen de lo que serían los siguientes años de mi vida. Creía que la falta de espacio y comodidad era lo que provocaba tal estado de ánimo. Mi dormitorio, a pesar de haber sido amplio, estaba lleno de un montón de cosas que no usábamos. Y el dormitorio de mi mamá, además de pequeño, estaba ubicado al extremo de la casa. En ese tiempo, vivía en una

casa en arriendo compartida con la familia propietaria del lugar. No solía salir al patio, no porque no pudiera, sino que el miedo a las personas que no eran mis familiares o mis amigos siempre había estado presente en mí. Tenía miedo de que los dueños de la casa o sus hijos me vieran, así que cumplí el periodo de cuarentena en mi habitación. Solo salía cuando realmente lo necesitaba y, por supuesto, sin que nadie, a excepción de mi mamá, me viera.

Pensé que tal modo de vida era el que me afectaba mentalmente. Mi mamá también lo creyó así, por lo que decidimos mudarnos a la casa de mi abuela en Viacha.

Allí vivían mis tíos y mi tía. Al principio sí logré estar estable por un tiempo. Jugar con los gatos, estar en una casa tan grande como esa y poder salir de mi habitación cuando yo quería supongo que marcaron una notable diferencia a cómo vivía antes.

Definir aquel periodo de tiempo sería un poco difícil ahora, ya que no había ocurrido nada digno de ser recordado. Solo consistía en mi ser rozando brevemente la tranquilidad. Y luego llegó el tiempo que recordaría siempre. No sé cómo, ni en qué momento comenzó, pero sucedió.

El contacto con mis parientes comenzó a molestarte sobremanera. No quería tocar las cosas que ellos utilizaban y tampoco quería que tocaran las mías. Comencé a lavarme las manos de manera constante. Y los pensamientos de culpa retornaron.

De repente, mi habitación se convirtió en un lugar sucio, no por el desorden, sino por cómo lo percibía. Mi único lugar seguro era mi cama. Incluso después de utilizar mi laptop sentía la necesidad de lavarme las

manos. No quería tocar directamente la puerta de mi cuarto para salir o entrar. Siempre utilizaba papel desechable para evitar el contacto entre la madera y mis manos. Así sucedió con todo lo que me rodeaba. Pero no era suficiente, necesitaba estar segura de que no había un contacto directo con mi cuerpo y las cosas. El único remedio que tenía era lavarme las manos después de manipular cualquier objeto.

Así que comencé con un ritual de lavado de manos. Aunque eso me aliviaba un poco, el procedimiento no era sencillo. No recuerdo en qué momento empecé a desconfiar de mí misma. A pesar de tener las manos llenas de espuma y estar segura de que había pasado al menos veinte minutos frotando mis manos una con otra, una voz muda interior me decía que ni siquiera había empezado. Así que repetía el proceso hasta estar segura. Algunas veces me quedaba atrapada en el lavado de manos por más de una hora. Recuerdo que en una o dos ocasiones aquel procedimiento duró al menos dos horas. Si escuchaba un ruido afuera de mi habitación o a alguien hablando, volvía a empezar. Así que para no escuchar nada del exterior y estar segura de que sí me había lavado las manos, comencé a contar, inicialmente, hasta el número diez. Necesitaba, además de la constatación visual, aguzar el oído para estar completamente segura de que no había imaginado todo.

Probablemente aquello fue menos angustiioso que lo siguiente.

Antes, leer resultaba para mí una de las cosas que más disfrutaba hacer, pero en ese tiempo eso cambió. Tardaba alrededor de una hora en concluir un párrafo. Temía haberme olvidado de una palabra. Así que al

pasar a la siguiente línea, esa voz muda interior volvía a surgir, insistía en que mi lectura estaba incompleta y al llegar a la mitad del párrafo regresaba al inicio para constatar que no dejé ninguna palabra sin ser leída.

Luego, los recuerdos de cosas poco relevantes del pasado llegaron multiplicando cien veces su importancia.

Uno de los que más me mortificaba fue el de la vez que le rechacé a mi mamá un sándwich que le habían invitado en la escuela. Recuerdo que aquel sándwich no tenía mayonesa, así que sabía que lo había pedido especialmente para mí porque yo detesto ese alimento. En ese momento, no me afectó en absoluto mi accionar, pero recordarlo cuando mi mente se convirtió en mi enemiga causó que le dedicara eternos minutos de pensamientos repetitivos. No podía parar, solo quería disculparme con ella por ser tan ingrata, por no haber reparado en sus sentimientos, por mi comportamiento de aquella época.

Cuando pensé que se había contagiado de aquella enfermedad por haber salido diariamente a comprar comida para mí, lloré y me disculpe con ella. Aunque ella me decía que no era mi culpa, mi insistencia provocó que ella dijera aquello que jamás me hubiera gustado escuchar. Aún recuerdo las palabras que ella utilizó para revelarme que, de haber sabido que iba a ser así, hubiera elegido tener una familia, otros hijos, una vida sin mí. Honestamente, hubiera preferido vivir cegada creyendo en ella cuando me decía que le gustaba ser libre como las aves, que le gustaba que solo seamos ella y yo. Sé que no tenía la culpa de haber nacido, pero no podía evitar vivir la culpa.

Hubo un tiempo en el que, a manera de castigo, me restringía el alimento. Le pedí a mi mamá que ya no comprara comida para mí. Luego de un par de discusiones, aceptó. Creo que el tiempo en el que no me permití comer fue de una semana. Y hubieran sido más días, de no ser por aquella noticia que consternó al país por un tiempo. La caída de varios estudiantes de la UPEA. Aquello hizo click en alguna parte de mi ser. Pensé en mi mamá y en la gata de mi casa. La imagen de la felina tomando un trozo de carne y llevándolo a toda prisa a sus crías, las cuales apenas habían abierto los ojos, sin dientes visibles y sin el suficiente interés en otra cosa que no fuera leche, dio por resultado la primera conversación con mi mamá después de un largo tiempo. Le pedí que de nuevo me provea el alimento. Recordar que un accidente que causó infinitas lágrimas en los familiares y amigos de las víctimas a mí me trajo un poco de paz, aún me parece cruel, pero no al grado de mortificarme.

Debido a las restricciones del gobierno, no podía acudir a tomar algún tipo de terapia del modo convencional: cara a cara. Así que decidí no hacerlo, a pesar de saber que realmente lo necesitaba. Por alguna razón, creía que a través de la terapia virtual sería expuesta ante todos. Es cierto que aquello no era imposible. Cualquier psicólogo tenía la posibilidad de grabar alguna sesión y publicarla en la red, pero no tenía en cuenta que algo así sería sancionado, que la ética y el profesionalismo no eran exclusivos de unos pocos, que realmente solo era una persona más entre tantas por la que ningún desconocido arriesgaría su trabajo. Supongo que en aquel tiempo, además de la locura, también el ego y la desconfianza habían alcanzado nuevos niveles.

Un año más tarde, luego de haberle pedido a mi mamá en reiteradas ocasiones que nos mudáramos de casa, por fin lo hicimos. En el nuevo lugar, continué con mi ritual de lavado de manos, pero ya no duraban tanto tiempo como antes. Luego, llegó el periodo de estabilidad, creía que la enfermedad había desaparecido completamente, pero no, solo fue una ilusión momentánea. Regresó con la misma intensidad. No era el lugar, era yo. Yo era el problema que ni infinidad de mudanzas podrían solucionar.

Volvió a empezar, pero supongo que por ser la segunda vez no fue tan significativa como la primera, ya que no conservo casi ningún recuerdo de aquello. Solo sé que duró algunos meses y después al fin se fue.

Describiría el “después de la enfermedad” como el regreso a mi vida monótona y aburrida. El cansancio mental por la repetición de acciones sin sentido, que no me llevaban a ningún lugar, había desaparecido. Las clases en la universidad y las de los institutos a los que asisto han logrado mantener mi mente ocupada. Aunque los pensamientos de culpabilidad aún están presentes, ya puedo controlarlos sin molestar a nadie de mi entorno. Además, ahora hay nuevas preocupaciones y nuevas obsesiones que se desplazan en mí la mayoría del tiempo. Lo prefiero así: ser presa de algo que no puedo controlar a ser esclava de mí misma.

Volver a leer y retomar la escritura fue un increíble avance en la recuperación de mi ser. Es por eso que a continuación redacté algunas páginas de mi diario que creo que son significativas en el “después de la enfermedad”.

Dormir significaba para mí una de las cosas que más disfrutaba hacer, sin embargo, ahora esta satisfactoria acción se está convirtiendo en una especie de calabozo que impide que pueda pasar mis días de manera normal, misma función que también está cumpliendo la pereza y el cansancio. Si el contenido de mis últimos sueños hubiera sido admirar un bello paisaje inexistente, alguna criatura mitológica o el movimiento de un monstruo marino en el cuadro de un museo no estaría quejándome sobre esto en las páginas de este diario. Pero para mí mala suerte, en el mundo onírico, que visito diariamente por más horas de las debidas, solo puedo encontrarme con escenarios desagradables (como dientes cayéndose o encuentros con personas que en este momento no deseo ver). Aunque la peor sensación es despertar y darme cuenta de que no he hecho nada productivo en todo el día y en el fondo saber que esto se volverá a repetir al día siguiente a pesar de que me repita a mí misma una y otra vez que no volverá a pasar, como lo he estado haciendo las últimas semanas o tal vez los últimos meses. No lo sé.

Las ideas brotan inevitablemente. Incluso en sueños aparecen. No tengo control de ello. Si hay algo que sé con absoluta certeza es que jamás podré llevar a cabo todo lo que alguna vez surgió en mi mente. El olvido es un aliado imposible de subestimar.

Debería escribir estas palabras en mi diario físico, pero sé que únicamente terminaría agotándome, principalmente, de tener que pensar minuciosamente antes de escribir. No quiero equivocarme.

Me pregunto si alguna vez alguien llegará a leer estos pensamientos escritos.

Debería de estar completando mis tareas pendientes en lugar de estar haciendo esto.

Ya no vivo, ahora solo existo.

Quiero hacer un montón de cosas, pero no sé con precisión qué es aquello que me detiene. Tengo tiempo, pero no lo aprovecho. Tengo libros, pero no los leo. No estudio, no me ejercito, no aprendo algo nuevo... Ver series o películas me cuesta muchísimo.

Siento que soy capaz, pero lo único que hago es demostrar lo incapaz que soy.

No hago nada, pienso mucho.

¿Dónde debería estar?

¿Qué debería hacer?

Quiero escribir un ensayo sobre el amor y la motivación. En mi ensayo ambas palabras serán sinónimas. El amor como motivación. ¿Por qué? Tal vez porque necesito relacionar lo que está pasando en mi vida con lo académico.

El teléfono vibra, solo puedo pensar en un nombre, mi corazón se detiene y mis manos actúan. Pronto, la esperanza es reemplazada por... ¿qué? No lo sé, tal vez por una desilusión momentánea. Momentánea solo porque sé que regresará, el proceso se repetirá, no sé por cuánto tiempo más.

La motivación de Jack para salir al mundo, al principio, fue el deseo de conocer, desligarse del desconocimiento, las ganas de explorar lo que siempre había estado detrás de la puerta: aquel mundo que necesitaba conocer. Sin embargo, enseguida su motivación inicial es reemplazada por una mayor: la pequeña cantante.

“Solo pienso en una cosa: reencontrarla. Disfrutar de nuevo de aquella sensación extraordinaria y hacerlo

lo antes posible. ¿Me arriesgo a sacar cu-cús por la nariz? ¿Tendrán que repararme a menudo el corazón? ¿Y qué? Este viejo trasto me lo reparan desde que nació. ¿Corro peligro de muerte? Tal vez, pero siento que mi vida peligra si no vuelvo a verla y, a mi edad, eso me parece aún más grave.”

¿Amor? ¿Obsesión? ¿Cuál término sería el más pertinente para definir lo que Jack siente por la pequeña cantante? Puede ser difícil de determinar, pero algo claro es que, cualquiera que sea el sentimiento, permite que el protagonista se movilice en la historia, que empiece a vivir a través de él. La razón de las decisiones más influyentes en su vida, sin duda alguna, ha sido Miss Acacia.

Aún me gusta creer que después de la tormenta viene la calma, aunque esa calma eventualmente será transformada, llegará el silencio que combata al ruido. No puedo borrar aquel tiempo. Aún conservo sus secuelas. La enfermedad siempre será parte de mí. Ella nubló mi cordura. Oscureció mi futuro y mancilló mi pasado. Y si acaece otra vez, sé que volverá a desaparecer. Creo que una de las cosas más bonitas y reconfortantes que tenemos nosotros, los seres humanos, es la superación. Todo pasa. Nada es eterno. Qué alivio al fin asimilar esa parte de la existencia.

CARTA DE CONFESIÓN

Michelle Walther

Para: Elisa

Acto I. Confesión

Escribo esto como mera búsqueda de un alivio para mi conciencia, pues tengo una confesión. Tal vez me odies después de esto, no te culpo, es indecible el acto cometido, sin embargo, debo revelar que lo que menos siento es arrepentimiento, pues lo que hice era necesario.

Aun así, la conciencia termina teniendo gran peso en mi sanidad, no sé exactamente por qué, ya que usualmente la moralidad no es un obstáculo para mí, he matado ya antes otros animales, pero nunca de aquel tamaño. Te pido, por favor, que me escuches (o me leas, en todo caso) con atención y no me juzgues de manera anticipada, ni a mí ni a mis acciones, pues hasta que no escuches toda la historia no entenderás mis razones.

Acto II. El lago

Fue una de esas situaciones en que se presentaron el lugar y momento adecuados para que suceda. No tuve opción. Algo me empujaba y me decía que tenía que hacerlo, hasta sentí que una mano me guiaba a sacar la pistola y apretar el gatillo. Lo complicado fue cuando me di cuenta de que el arma estaba trancada y que tendría que hacer el trabajo con mis propias manos, imagínate la frustración que sentí por tener que mancharme la

corbata y el saco que me compraste. Pero aun así lo hice, más bien, y al siguiente día me preguntaste ¿dónde estaban?, claro que no pude decírtelo, así que inventé una excusa tonta que no creíste, pero que dejaste pasar. Por mí bien, supongo que creíste que estuve con otra mujer, lo que tranquilizaba las sospechas de algo más grave.

Espero que ahora esto te provoque un sentido de comprensión de algunas de las cosas que estuvieron pasando el último año. Nunca te fui ni te sería infiel, eres la única luz de mis ojos. A veces pienso que tal vez fue un error no contarte antes, porque mi mentira fue lo que destruyó nuestra relación, aunque de todos los demás, tú eres la única que podría entenderme.

Por suerte, la época del año me favorecía, pues ya había oscurecido. Quince minutos tardé en meter el cuerpo sin vida a mi maleta, casi no había dejado manchas de sangre, fue un trabajo relativamente limpio. Tardé como dos horas en conducir hasta el profundo lago que sería el lugar donde descansaría el cuerpo hasta que un 5 de enero, unos meses más tarde, encontrarían los restos y reabrirían el caso.

Por ahí de las 9 de la noche amarré el cuerpo a una piedra enorme y lo lancé al lago. Qué sensación más satisfactoria, observar un objeto caer arrastrado a los adentros del agua tumultuosa y perturbada. Su expresión se quedó en mi cabeza, parecía una mueca de asco o enojo, hasta me devolvió una mirada de odio, que juraba llevarme con él en un futuro.

Lo vi deslizarse lentamente. Entró así por completo, comenzando por sus piernas, luego su torso y su cabeza, y, finalmente, vi cómo sus brazos, extendidos

hacia arriba y sus manos heladas se difuminaban hasta que se convirtió en solamente una silueta del pasado. Cayó hasta el fondo y desapareció.

Solo me pude salir del trance cuando escuché unas voces lejanas susurrando, me dio un escalofrío, no vi nada, pero apuré el paso. Saqué el saco del auto y la corbata, ya arruinada. Con mi encendedor prendí ambas prendas, dejando que se consumieran con la fogata que había armado mientras me fumaba un pucho, y simplemente esperé.

Cuando volví a casa ya era alrededor de la medianoche, no era buena hora, ya que usualmente llegaba del trabajo horas antes. Tú te diste cuenta, porque cuando llegué, te vi dormida en el sillón de la sala, obviamente esperándome. Me acerqué a ti, a pesar de oler a fuego y a humedad, y te desperté con una leve sacudida de hombros.

—¿Y tú, qué mierda haces aquí tan tarde? —me preguntaste con una voz ronca— Tú deberías ser el que duerme en el sofá.

Yo estuve de acuerdo contigo, al final siempre fuiste la voz de la razón.

Me fui a cambiar y dejé mi ropa en un canasto para lavarla, me metí a la ducha. Sentía que hice una excelente labor porque tomé en cuenta todo, no había ningún cabo suelto que podría delatarme. Tú creías que tenía una amante con quien estuve hasta tarde, razón por la cual llegué tan desaliñado y sin corbata ni saco; el cuerpo, hundido en las profundidades del lago, nadie hace limpieza nunca; él, a él nadie lo extrañaría, era un don nadie; y la policía es cuanto menos inservible, ¿quién va a financiar una investigación tan costosa y

que no lleva a nada?, al final sin plata nada se mueve.

De pronto, mientras me duchaba, noté en mis uñas sangre seca que intenté quitar con el jabón y la esponja. No salía. Noté las gotas de sangre caer en mis pies, llenando poco a poco la ducha de carmesí. Sentí un mareo y me apoyé en la pared del baño, dejando una mancha roja con la forma de mi mano. Habré hecho algún ruido al apoyarme, porque abriste la puerta, buscándome.

—Puedes dormir en la cama si quieres, pero tú la tiendes mañana, y voy a esperar un buen desayuno.

Me sobresalté y te miré alarmado, pero ni reaccionaste ante la mancha de sangre que dejé en la pared, debiste haber estado muy cansada. Me lanzaste una mirada, esperando respuesta.

—Sí, claro, claro, yo tiendo la cama. Lo... lo siento por hoy, no volverá a pasar.

Y así de rápido te fuiste a dormir. Cuánta paciencia me tienes.

Acto III. El vuelo

No tuve problema en matar a ese hombre, y te diré que se lo merecía, me llevaba atormentando desde ya mucho tiempo. Todo comenzó en el año 2006, en el cual tuve que hacer un viaje por trabajo a Madrid para hacer negocios. Se trataba de un viaje estándar en el cual debía hablar con unos clientes de la empresa para la que trabajaba como representante.

El vuelo duraba 12 horas, y, como sabes, no tengo la capacidad de dormir en un avión. Así que me preparé, tenía mi libro que planeaba terminar y unos audífonos por si me aburría.

Al entrar, me dirigí a mi asiento. Guardé mi equipaje ligero y me senté en el 26C, pasillo. Al cabo de unos minutos, un hombre alto, de cabello y ojos negros, y una cara pálida y delgada se paró frente a mí, tenía una apariencia muy arreglada, llevaba una chaqueta oscura, me saludó cortés y me señaló el asiento que estaba al lado mío. Me levanté para dejarlo pasar e intentó charlar conmigo. Era un señor cincuentón que se presentó como doctor, con un nombre que se me olvidó rápidamente, en ese momento me pareció irrelevante, me dijo lo mucho que le había costado entrar al vuelo por el tráfico, y que por suerte había conseguido llegar.

El hombre no parecía tener nada raro a simple vista, solo que había alguna cosa que no me cuadraba por completo, pero no pude descifrarlo en el momento, daba malas vibras. Solo sentí un escalofrío recorrer mi espalda al oír su voz por primera vez, pero no le di importancia. Quiso continuar hablando y quiso saber la razón de mi viaje.

—Viaje de negocios, me imagino —supuso.

Asentí, estaba cansado y no tenía la intención de continuar la conversación, sobre todo por la extraña sensación que me había causado.

—Yo también, de hecho. Estoy buscando a alguien con quien me encargaron hablar —una parte de mí se interesó, más por el tono en que lo decía, pues era sombrío, casi de burla.

Lo miré a los ojos, tenían algo raro, parecía una mirada de enojo, me perturbó mucho.

—Sí me disculpa —le dije, y me levanté para ir al baño.

—Daniel —dijo. Me agarró fuerte del brazo para evitar que me fuera—. Te están siguiendo, ellos ya saben lo que hiciste, te están buscando, y no hay escape,

quieren que te vuelvas loco.

—¿De quiénes hablas? ¿Te conozco?

—Te he estado siguiendo, ¿no me has visto? Desde las sombras, puedo verte, incluso cuando crees que estoy lejos.

Me comencé a enojar. El agarre era muy fuerte en mi brazo.

—¿Qué? ¿Q... qué me estás diciendo? ¿Quién mierda eres?

—Siempre estaré detrás de ti, nunca estarás a salvo. Mira a tu alrededor, fíjate.

Mi respiración se agitó, levanté la mirada, nadie parecía prestar atención a la conversación, un niño sentado me miró fijamente con ojos enormes y por la puerta pasó un chico con capucha negra y la cara casi cubierta. En ese momento entraron varios hombres de traje que señalaron en mi dirección.

—Si esto es una broma, no es gracioso.

—¿Ahora los ves? No hay salida, te van a encontrar. Y yo voy a estar siempre aquí, vigilándote —dijo totalmente serio y luego lanzó una sonrisa macabra—. Deberías correr.

Me lo sacudí del brazo y sentí que me mareaba, comencé a asustarme. Los hombres de traje se acercaban desde lejos, viniendo directo hacia mí. Caminé hasta el baño entre tropiezos, la azafata intentó ayudarme, apoyó su mano en mi hombro y me preguntó si estaba bien, me sobresalté con su tacto, sentí las miradas de todos en mí, no le pude responder. Entré al baño y cerré la puerta.

Me miré en el espejo, me veía muy perturbado, parecía que la sangre de mi cara había desaparecido, estaba pálido como un fantasma y tenía los ojos

desorbitados. En ese momento respiré profundamente para calmarme, eché agua a mi cara y me apoyé en el lavamanos y me dije “no pasa nada, solo quería molestarte, quería asustarte con su tonta broma”. Me reí nervioso, aliviando la tensión e inhalé profundamente, mis manos estaban temblando. ¿Pero qué era lo que sabía? Se habrá enterado de... no. Nadie sabe eso, es imposible, nunca le dije a nadie, nadie me vio.

Qué tipo más escalofriante. Me calmé un poco, y escuché en las bocinas el sonido de la azafata dando indicaciones para el vuelo, así que respiré y abrí la puerta luego de unos minutos. Al salir, choqué con la espalda de un señor muy alto con chaqueta negra, retrocedí hacia el pasillo, él se disculpó y entró al baño.

Caminé hacia mi asiento, listo para enfrentar al hombre, pero ya no estaba, no había rastro del hombre de cara pálida y cabello negro que quería arruinar mi vida. Lo busqué en todos lados y nada, cuando le pregunté a la misma azafata, ella me respondió:

—No vi nada, señor, lo siento, tal vez solo se confundió de asiento.

Me ofreció un vaso de agua y me pidió que me acomodé y abroche el cinturón, pues ya estaba partiendo el avión.

—Mire, tengo que bajarme, es urgente.

—Lo lamento, señor, las puertas están cerradas, nadie puede salir. Le ruego, por favor, que tome asiento, el avión está a punto de despegar.

Le hice caso, me senté y respiré. Extrañamente me dormí, pero soñé todo el viaje con cosas raras, su mirada de enojo se aparecía en el sueño constantemente, y entre sueños lo veía pasar, siniestro, acercando su cara

a la mía, haciendo que me sobresalte. Al despertar, todo volvió a la tranquilidad. Al aterrizar y salir del avión, no lo volví a ver y decidí intentar olvidar ese incidente, aunque no lo logré nunca.

Acto IV. El puñal

Qué interesante es ver a una persona emular su último suspiro. Él lanzó un ruido, no diría que fue un grito, sino más bien un rugido casi animal. Vi el terror en sus ojos al sacar la pistola, y un instante de alivio al ver que no funcionaba. Vi su instinto de supervivencia surgir cuando me acerqué al cuchillo de la cocina, entrando ligeramente en pánico, pues él corrió hacia mí, en un intento de defenderse. Su mirada me decía que no sería tan fácil, en mi mano tanteé el cuchillo, pero él llegó antes dándome un empujón y se me resbaló al suelo haciendo un estruendo al chocar con la cerámica del suelo de su departamento.

Sus ojos oscuros, malignos se dirigieron al cuchillo, mientras le daba un golpe con la culata de la pistola. Cayó de rodillas, y aprovechó para lanzarse hacia este para agarrarlo. Salté sobre él, proporcionando otro golpe con la pistola, pero esta vez en su nuca, lo cual terminó de aturdirlo. Alcancé el puñal y lo clavé en su garganta desde un costado, la sangre me salpicó a la cara. Me recordé no sacarlo de su cuello hasta que lo llevara al lago, cuando la sangre ya haya coagulado.

Me levanté con la respiración agitada. Al levantar la mirada sentí que alguien me observaba desde la pequeña ventana que daba al corredor de afuera del departamento, por el rabillo del ojo había visto pasar

una sombra. Mi corazón se paró unos instantes, quien fuera me podía causar muchos problemas.

La voz del hombre detrás de mí me sacó del trance, en un susurro. Me volteé. Recordando que estaba ahí, le di la vuelta al cuerpo, pues estaba boca abajo, pero salté al darme cuenta de que no había ni un rastro de vida en él. Con esa mueca tan horrible que me iba a perseguir por el resto de mis días, y unos ojos negros que miraban al vacío.

Hice la limpieza necesaria, cuidando de no dejar ni una gota del desastre que se formó. Alcé el cuerpo, bajé en el elevador y lo metí al auto que estaba estacionado en la puerta. Ya no me atormentaría más.

Después de tanto tiempo, años de ver su rostro entre la multitud y correr tras de él hasta perderlo nuevamente; tanto tiempo mirando detrás de mí, sintiéndome vigilado, preguntándome si habría alguien que me buscaba, que me perseguía. Todo se había acabado, y estaba seguro de que ya no me atormentaría, pero desafortunadamente esa sensación duró poco.

Unos dos meses después del incidente ya estábamos bien tú y yo, había comenzado a ser más detallista para compensarte las mentiras y agradecerte. Hasta que una mañana, después de desayunar, fuimos juntos al baño y nos alistamos. Me lavé la cara y cuando levanté el rostro vi en el espejo una silueta, era el hombre, me di la vuelta, no había nadie, volví a voltear al espejo y me restregué los ojos, había desaparecido. Me miraste raro y también te diste la vuelta.

—¿Qué ves, Danu? ¿Qué viste?

—Nada, me confundí. Creí ver alguien, pero solo fue el reflejo.

Fui al cuarto para ver si estaba ahí, pero solo era una ilusión, ese tipo ya estaba muerto.

Ahí fue cuando comencé a sentir que no había solución para mí.

Acto V. El pucho

No tenía pena por ese hombre, había sido mi martirio tanto tiempo, pero mi conciencia comenzó a molestarme. Ya no lo veía en las multitudes de gente, pero en varias ocasiones escuchaba su voz en la habitación. Aunque sobre todo comencé a verlo en mis sueños, esos ojos negros vacíos y sin vida que me devolvían la mirada, inmóviles, no me dejaban en paz. Sabía que me estaba acechando, pero ya no había forma de huir.

Dejé de dormir, pasaba noches en vela, vigilando la ventana, esperando que no se aparezcan aquellos seres de los que me habló hace tantos años. Hasta pensé en huir, escapar de esta vida que había construido, escapar de mi conciencia que no me dejaba en paz, pero no podía dejarte, ya habías tenido suficiente con todo lo que te hice.

Un día, cuando había pasado un buen tiempo del incidente, me comencé a preocupar, dudaba si es que había hecho lo suficientemente bien el trabajo. Durante unos meses estuvo la policía vigilándolo, aunque la investigación paró, concluyeron que era un hombre que escapó de su vida, dejando muchas cuentas sin pagar, sin familia ni conocidos que las pagaran y poco a poco se dejó olvidado el caso.

Pero temía que alguien me haya visto ocultar el cuerpo, recordé los susurros lejanos. Y una noche, solo

para asegurarme, me metí al edificio donde se encontraba el departamento, que estaba deshabitado momentáneamente, subí al segundo piso y observé por la ventana, todas las luces estaban apagadas, pero estaba ligeramente iluminado por la tenue luz de luna. Esa pequeña ventana de la puerta no dejaba ver mucho, ni siquiera se veía la cocina, lo cual picó más mi curiosidad, quería meterme. Así queforcé la puerta, dejando la chapa destrozada. Tenía que estar seguro de que no había dejado ningún cabo suelto. Realmente no encontré nada fuera de lo normal, ni una sola gota de sangre se me había escapado, me sentí orgulloso de mí. Cuando estuve seguro me fui, mucho más tranquilo, regresé a casa y dormí como un bebé.

Cuando desperté, estabas inquieta, me preguntaste asustada a dónde fui la noche anterior que llegué tan tarde.

—Salí por un pucho por el barrio, no me tienes que reñir, yo sé que es muy mal hábito, lo voy a dejar, pero estaba estresado por el trabajo.

—Daniel, dime la verdad, ¿dónde fuiste?

—¿De qué estás hablando? Te estoy diciendo la verdad, ¿quieres que te lo jure?

—Sí. Júramelo, que no estás involucrado en nada raro —rara me pareció la conversación, no sabía lo que se venía.

—Solo fui por un pucho, lo juro. ¿Por qué me lo preguntas?

Encendió la televisión y se mostró una noticia. La investigación había sido reabierto y se sospechaba de un asesinato, pues forzaron la puerta del departamento del hombre desaparecido hace ya cuatro meses. Comencé a sudar.

—¿Qué me estás queriendo decir? ¿Crees que fui yo?
—ella pareció dudar un segundo.

—No, yo sé que no serías capaz —claro que serías capaz, fuiste capaz de muchas cosas.

—No. —respondí alterado. Sabes que sí.

—Tranquilo, ya te dije que no creo que seas tú.

—Necesito caminar.

Saqué mi chaqueta, recogí las llaves del auto y manejé dos horas. Llegué al lugar, me encendí un pucho, miré detrás de mí, y a los alrededores, no había nada ni nadie.

—Te dije que siempre estaría aquí, ¿recuerdas?

No había nadie. Pero era su voz, fuerte y clara, se oía más enojado.

—Cállate.

Nunca había sentido culpa, pero ahora sí, y me perseguiría hasta la destrucción.

—Te dije, lo sé todo.

—¿Qué sabes?

—Vamos, eres más inteligente que eso. Siempre fuiste diferente, desde pequeño tenías algo raro, sabes, los niños de 5 años no suelen matar animales.

—¿Quién te dijo eso?

—No fue difícil de deducir, imagina el susto que le diste a tu madre al encontrarte con un conejo muerto en tus manos.

—Basta. No sabes una mierda.

—Y ahora, mira dentro del lago, hay una persona que tú mataste. Mataste a alguien. Lo seguiste hasta su casa, te escabulliste hasta su departamento, lo golpeaste y lo acuchillaste. Te aseguraste de que nadie te viera, pero yo sí te vi. Te lavaste la sangre de las manos, pero nunca terminó de salir, ¿o sí?

Me miré las manos, botando el cigarro al suelo. Tenía mugre entre las uñas, me acerqué al lago y empecé a lavarlas, no salía. Y cuando me asomé vi una figura lejana, una mancha oscura al fondo. Me di cuenta de algo.

–No saqué el cuchillo de su cuello.

–Tiene tus huellas, seguro. Sabrán que fuiste tú.

Me acerqué más, podría entrar rápidamente, recuperar el cuchillo y jamás me descubrirían. Creía que podía ver la silueta del cuerpo. Me saqué el saco, la camisa, la corbata y los zapatos y salté.

No encontraba nada, tal vez el cuerpo se descompuso más rápido de lo que pensé. Pero en el fondo creía haber visto el reflejo del cuchillo, me metí nuevamente al agua, hasta lo más profundo, estaba helado y comencé a sentir las manos entumecidas, pero no perdí la fe en encontrarlo, estaba muy oscuro en las profundidades.

Estiré mi brazo hacia un objeto alargado en el fondo del lago, mis dedos exploraron algo sólido y frío al tacto. La superficie, sin embargo, era lisa en algunos tramos, con áreas rugosas. Los bordes no eran del todo uniformes. No podía ver nada, tan solo vislumbraba un tenue blanco, me di cuenta de que no era un cuchillo, sino un hueso. Entré en pánico, lanzando un grito, solo vi las burbujas saliendo a la superficie, comencé a luchar contra todo el peso de agua encima de mí. Mis pulmones comenzaron a arder mientras pataleaba desesperadamente, sintiendo cómo el agua se cerraba sobre mí, pesada. El hueso caía lentamente hacia las profundidades, pero mi atención ya no estaba en él. Todo lo que podía pensar era en subir, en alcanzar la superficie antes de que el mundo se oscureciera por completo.

Mis brazos cada vez se volvían más débiles, pero la voluntad de respirar era más fuerte que cualquier dolor. Mis movimientos eran torpes, impulsados por puro instinto. Justo cuando sentí que mi cuerpo me traicionaría, mis dedos rozaron el viento helado y logré tomar una bocanada de aire.

Me apoyé en la superficie, tosiendo, y levanté la mirada, una niña me había estado observando desde unos metros, pero cuando me vio salió corriendo. Volví a la realidad, salí del agua y alcancé a ponerme el saco y la camisa, agarré los zapatos y corrí al auto.

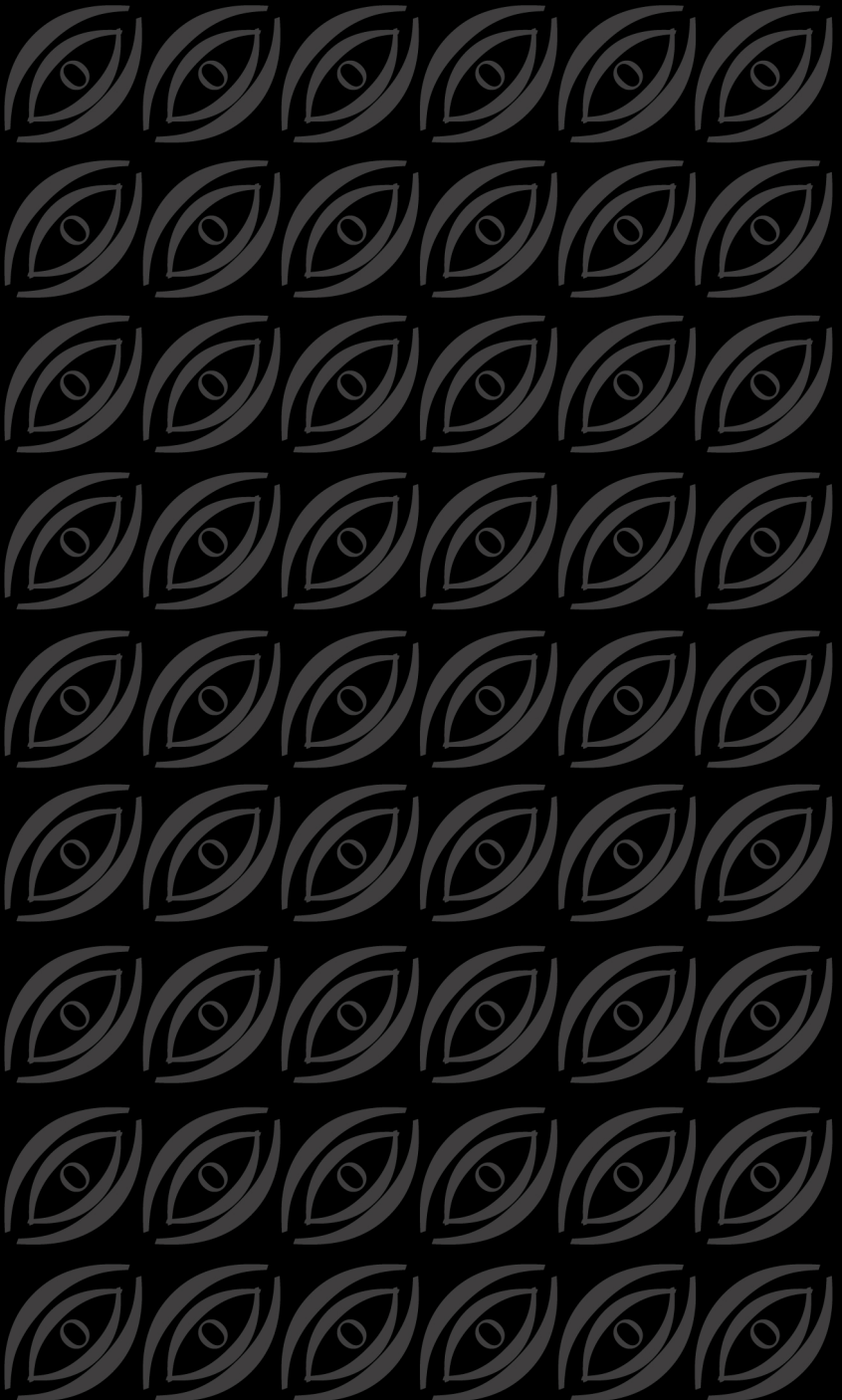
Acto VI. El final

Al regresar a casa no te encontré, todos los cajones estaban vacíos y no estaba la maleta. Sé que te fuiste por mi culpa, pero me dolió, aunque la cagué. Debí ocultarlo mejor, o habértelo dicho antes, hubiera sido mejor si no te enterabas así, así que toma esto también como una carta de disculpas.

El problema llegó una semana después, cuando el rumor de que había un asesino suelto empezó a correr, y aquí me tienes, escribiendo esta carta mientras veo las noticias. Ahí mencionan que encontraron nueva evidencia del caso, con algunos artículos hallados junto al lago, junto a ellos una corbata y colillas de cigarro.

Pero lo peor es esto, pues creo que me quieren volver loco, porque hallaron el cuerpo en el lago, desintegrado. Encontraron la dentadura, identificando el cuerpo. Aunque no tiene lógica. Algo anda muy mal. Quieren que crea que estoy loco porque en las noticias dicen que el cuerpo le pertenecía a un joven que vivía en

el segundo piso de ese edificio. Mostraron una foto, era un chico delgado, rubio y alto, con ojos verdes. Totalmente opuesto al hombre alto, pálido, de ojos y cabello negros que conocí en el avión. El hombre que debería estar en su lugar.



UNIVERSIDAD
CATÓLICA
BOLIVIANA

ERIGIDA CANÓNICAMENTE
POR LA SANTA SEDE DESDE 2023

DEPARTAMENTO DE

CULTURA &

EDICIÓN Y ESCRITURA

ar
te

Hacia el bicentenario